

ANT

XIX

2397/7

NOCIONES Y COMENTARIOS

DE

HISTORIA GENERAL RELIGIOSA

Dedicados

À LAS CLASES CULTAS ESPAÑOLAS



*«Du gleichst dem Geist,
den du begreifst.»*

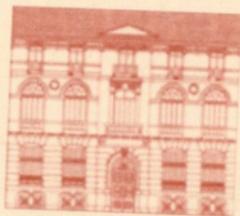
(Tú eres el igual del es-
píritu que comprendes.)

FAUSTO. (*Goethe.*)



1894

MALAGA - AGENCIA TIPO - LITOGRAFICA



FUNDACION
FERNANDO DE CASTRO
1860

EX LIBRIS

MADRID

ANT

XIX.

2397/7

NOCIONES Y COMENTARIOS
DE HISTORIA GENERAL RELIGIOSA



12. 77133

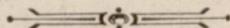
NOCIONES Y COMENTARIOS

DE

HISTORIA GENERAL RELIGIOSA

Dedicados

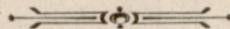
Á LAS CLASES CULTAS ESPAÑOLAS



*«Du gleichst dem Geist,
den du begreifst.»*

(Tú eres el igual del es-
piritu que comprendes.)

FAUSTO. (*Goethe.*)



1894

MÁLAGA. - AGENCIA TIPO-LITOGRAFICA

PRÓLOGO

Cuando los sabios europeos se ocupan desde hace ya muchos años en dar á luz los antiguos archivos de las religiones antiguas, y cuando fuera de España tanto abundan los estudios religiosos concienzudos y profundos, donde puede ilustrarse en esta materia el que desee conocerla á fondo, sería verdaderamente descabellado y presuntuoso el suponer, que un librito tan modesto como el que ofrecemos hoy al público español, iba á colmar el vacío de nuestra literatura en libros de esa índole, y nada más

lejos de nosotros que el acariciar semejante ilusión; pero puesto que la carencia de esa clase de libros es entre nosotros *absoluta*, y como consecuencia de esto, muy bajo nuestro nivel de instrucción religiosa, no consideramos fuera de lugar la publicación de estas NOCIONES Y COMENTARIOS, cuyo objeto se reduce sencillamente á hacer un bosquejo de historia general religiosa, que permita al lector ver el lugar que en ella ocupa el cristianismo, haciéndonos eco, de paso, de las corrientes religiosas de la actualidad, fuera de España.

Aun circunscrita nuestra empresa á dicho objeto y á meras nociones, requiere, sin embargo, para llevarla á cabo con perfección, determinadas condiciones, que reconocemos con harta pena no poseer, y precisa-

mente por esto, hemos sido muy parcos en afirmaciones de nuestra propia cosecha, resignándonos desde un principio al humilde papel que desempeñan en el firmamento los cuerpos opacos, los cuales, careciendo de luz propia, sólo reflejan la que de otros reciben. También hemos procurado despojar la obrita, *en lo posible*, de todo carácter didáctico, puesto que nuestro objeto es *hacer historia*, es *narrar* y no enseñar, ó hacer propaganda en favor de una teoría determinada.

Los que no estuvieren conformes con que examinemos la religión sólo desde el punto de vista puramente histórico, ni con que apliquemos al estudio de la religión propia, las mismas reglas de crítica que se aplican á las demás, deben no olvidar, que, dado

el espíritu positivo y práctico de nuestra época, y dado el estado actual de nuestros conocimientos, no es ya posible sostener la causa de la religión pura, con los mismos argumentos que en épocas anteriores; y deben sobre todo tener presente, que la cuestión que hoy día se ventila, no es ya la de disidencias más ó menos profundas, sino, si ha de imperar el *materialismo* ó el *espiritualismo* en nuestra sociedad. Nos lisonjamos, por lo tanto, de que el lector de buena fé que tenga esto presente, y mire más allá de la superficie de las cosas, no dejará de hacer justicia, sea cual fuere su opinión respecto del librito, al profundo sentimiento de amor á la pureza de la religión y al bien de la patria, que lo ha dictado.

NOCIONES Y COMENTARIOS
DE HISTORIA GENERAL RELIGIOSA

CAPÍTULO PRIMERO

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

I

DECADENCIA DE ESPAÑA

Con el título de *Historia de la civilización en Inglaterra*, ha publicado En. Tom. Buckle una importantísima obra, en la cual, como prueba justificativa de sus doctrinas sobre el progreso, describe también la historia de la civilización en otros países, entre los cuales se halla la de España. Al final del capítulo que á ella dedica, escribe:

«Tuvieron los españoles todo, menos ins-
»trucción; inmensas riquezas, fértiles y bien
»poblados territorios en todas partes del
»mundo, tributarios el Atlántico y el Me-
»diterráneo de su propio país, excelentes
»radas y puertos, condiciones maravillosas
»para el comercio entre Europa y América,
»y para alcanzar en él la supremacía en
»ambos hemisferios. Tuvieron desde épocas
»remotas amplios privilegios municipales,
»parlamentos independientes, derecho de
»elegir sus magistrados y administrar sus
»pueblos; abundaron en ricas y florecien-
»tes ciudades, en diversas manufacturas y
»hábiles artesanos, cuyas privilegiadas pro-
»ducciones les aseguraban una pronta sa-
»lida en cualquier mercado del mundo;
»cultivaron las bellas artes con un éxito
»prodigioso, y sus admirables cuadros y es-
»pléndidas basílicas, ocupan el primer lu-
»gar entre los maravillosos esfuerzos del

»poder del hombre. Su lenguaje es hermoso, sonoro y flexible, y su literatura corre con él parejas. Oculta en su territorio tesoros de todas clases; superabunda en vinos y aceites, y produce los más exquisitos frutos con una casi tropical exuberancia; contiene los más preciosos minerales, etc. etc.

Pasa después á hablar del pueblo español, que considera: «bien dotado intelectualmente, generoso, sincero, veraz, afectuoso en las relaciones de la vida privada; en materia de religión su sinceridad es incuestionable, y sobre todo es frugal y sobrio hasta lo sumo. Sin embargo, de nada le han servido tantas ventajas y tan excelentes cualidades, y de nada le servirán mientras permanezca en la ignorancia,» etc. etc., y, por último, indica como remedio *único* para que España empiece á caminar por la

verdadera senda, el acabar con la superstición del pueblo, para lo cual no hay mejor antídoto que la instrucción, especialmente en las ciencias físicas, las que familiarizando al hombre «con las concepciones» de orden y de regularidad, van ingiriéndose en las rancias nociones de perturbación, prodigio y milagro, y acostumbRANDO el entendimiento á comprender y explicar las vicisitudes de los sucesos por consideraciones naturales, en lugar de hacerlo, como hasta aquí, por las sobrenaturales.»

Creemos justas las observaciones de Buckle; opinamos con él que las causas de la decadencia de España, pueden, en definitiva, resolverse todas en la ignorancia, y por consiguiente, que lo que nuestro estado social reclama con mayor urgencia, son escuelas. Sin embargo, si éstas han de seguir organizadas, como lo están en la

actualidad; si han de limitarse á instruir, es decir, á almacenar conocimientos en la inteligencia, sin cuidarse *al mismo tiempo de educar la voluntad, de robustecer el sentimiento del deber, de elevar simultáneamente el nivel moral del pueblo*, entonces no juzgamos ya suficiente el remedio indicado por Buckle, porque entendemos, que lo que nuestras condiciones sociales reclaman con mayor urgencia, es *educación*, puesto que el nivel moral de nuestro pueblo está más bajo todavía que el intelectual. Y no deja de ser extraño, que siendo esta amarga verdad reconocida, por cuantos aman á España y estudian su manera de ser, que entre tanto verdadero patriota como se ha sacrificado en cuerpo y alma por el bien de su país, no deja de ser extraño, repetimos, que ninguno haya tratado seriamente y con inteligencia, de encaminar en este sentido de

reforma en el sistema educativo, las frecuentes alteraciones en nuestras leyes.

Pretenden algunos justificar esta falta de sentido práctico, atribuyendo el fenómeno, no á desconocimiento del remedio á nuestros males, sino al desaliento que engendra el saber que nuestras circunstancias físicas de sangre y de clima, han de hacer ilusorio todo conato de mejora, porque estas circunstancias físicas son imposibles de modificar; pero los que tal cosa afirman, olvidan que esa teoría no puede aplicarse á pueblos de sangre tan mezclada como la nuestra, ni á climas tan benignos como el de España, que no es afortunadamente de los que condenan al hombre á la inercia, como sucede en los trópicos ó en los polos, y que, por lo tanto, no puede atribuirse á influencias físicas nuestra decadencia, sino á influencias *morales*, tan poderosas, si no más, que las circunstancias físicas externas.

Ahora bien, ¿son las condiciones de salud de la atmósfera moral que nos envuelve, conducentes á la educación y felicidad nacional?

II

ESTERILIDAD DE LA RELIGIÓN EN ESPAÑA

A la pregunta que antecede puede contestar por nosotros el cuadro que España ofrece al espectador que la contemple. Este, si sólo dirige su mirada á la superficie, verá, con raras excepciones, en vez de campos verdes y bien cultivados, grandes extensiones de terreno agostadas y yermas, y ramblas pedregosas, que de cauces de arroyos, se han convertido en caminos de herradura; observará, que aunque nos devore la sequía, ni los particulares, ni el gobierno hacen nada para la replantación de árboles, antes bien, toleran

se talen los pocos que nos quedan; observará explorando las arterias principales de comunicación, que carecemos de carreteras y caminos vecinales, y que el sello característico de la generalidad de nuestras poblaciones es el del abandono y el de la falta de higiene, que en los lugares pequeños se carece de todo, ¡hasta de alumbrado, de escuelas y de boticas! Si de la superficie pasa á observar á sus habitantes, y escucha sus conversaciones, oirá que juzgan á las corporaciones ó al gobierno los ÚNICOS responsables de éstos y de los demás males que afligen á España, sobre los cuales preferimos echar un tupido velo; ¡cómo si nuestros gobernantes no fuesen españoles, amamantados en las tradiciones de su país, en su literatura, y educados con arreglo á sus costumbres y á su religión! Si consultando la estadística, ésta le demuestra que cerca del 75₀/⁰ de

la nación no sabe leer, verá con asombro que el restante 25%, que sabe y está relativamente educado, lejos de trabajar por la emancipación de sus conciudadanos, sumidos en tan triste estado, deja morir de hambre á los maestros de escuela, y espera el remedio de tanta desdicha, de la misericordia divina y de la práctica de la caridad, la cual cuando es privada, es en realidad grande é inagotable, y tiene bien organizados sus establecimientos benéficos, al paso que los que dependen del gobierno, participan del desbarajuste administrativo que reina en todo lo demás. Aquí se mueren de hambre los niños de un asilo, por no haber nodrizas que los alimenten; allá el hospital amenaza ruina, y sobre la cama de los enfermos caen los cascotes y las tejas, ó aquéllos no cuentan con la debida asistencia ni con el debido alimento. Más allá, otro tiene todo su servicio

desatendido, y ni cobran los empleados, ni los médicos, ni nadie, y verá que todo esto sucede en un pueblo reputado el más religioso de Europa.

¿Cómo maravillarnos de que el individuo, que desde pequeño está presenciando y familiarizándose con este espectáculo, lo considere natural, y que en nada lo relacione con la religión? ¿Cómo maravillarnos de que, imitando el ejemplo que le dan los demás, se encoja de hombros y diga: «*al que se mete à redentor, le crucifican?*» ¿Qué influencia educativa pueden ejercer en el individuo semejante espectáculo y semejante ambiente?

Verdad es que estas condiciones sociales se relacionan también con otras influencias morales, como son las de la *escuela*, las de la *literatura*, las de la *familia*; pero también es verdad que el influjo de todos estos elementos perma-

nece entre nosotros, por desgracia, igualmente estéril para el fin educativo.

Decimos la *escuela*, porque ésta solo se concreta á instruir, y no á *educar* la voluntad. La *literatura*, porque no sigue la tendencia de la época, de vulgarizar el saber y la experiencia de nuestro tiempo, difundiendo nociones de lo *útil* y de lo *verdadero*, sino que, con rarísimas excepciones, se reduce á obras de imaginación, que podrán ser modelos acabados de retórica, pero que nada enseñan. La *familia*, porque en ella no puede menos de influir esta atmósfera moral que á grandes rasgos acabamos de describir, y se carece, por lo tanto, en ella de vida intelectual y hasta de intimidad doméstica. Si sus individuos comen y duermen bajo un mismo techo, en cambio la bondad de nuestro clima, los induce á vivir más tiempo fuera que dentro de casa. Y

la *religión*, porque, tal como la vemos practicada, aparece reñida con la ciencia, y se halla reducida, salvo honrosas excepciones, á una religiosidad puramente *externa*, que impide se distingan los principios que forman la conciencia, de las prácticas externas del culto.

No tratamos de discutir dogmas, ni hablaremos con desdén de una cosa tan santa y digna de respeto, como es la religión; pero nadie podrá negar que por regla general, la religión *no se comprende ni se practica bien* en España, ni aun por el exiguo número de las personas educadas, las cuales, respecto á instrucción religiosa, apenas si se elevan sobre el nivel de las clases pobres y populares.

Al tratar de este asunto, la noble escritora D.^a Concepción Arenal dice en sus «Cartas á un Señor»: «No es la plebe »quien cubre de terciopelo y pedrería las

»imágenes; quien lleva á los templos todo
»el lujo mundano, haciendo resonar en
»sus cúpulas la música profana de la ópe-
»ra y brillar en sus paredes, los adornos
»del salón y tal vez de la orgía. No son
»los pobres los que pagan estas *funcio-*
»*nes*, que hasta un nombre que no de-
»bían tener han tomado, en que sustitu-
»ye al arte, el mal gusto,» etc.

Fácil nos sería seguir enumerando la multitud de manifestaciones *exteriores*, y prácticas supersticiosas que usurpan el nombre de religión y que por hallarse desligadas de la vida real, carecen de influencia sobre ella; y fácil nos sería igualmente probar que entre nosotros la religión se halla convertida casi en un partido político; pero no siéndonos esto tarea grata, nos contentaremos con afirmar, que la religión así entendida, resulta completamente estéril, para la sociedad y para el

individuo, y por consiguiente, que tanto el prestigio de la religión, como el mejoramiento social reclaman una reforma, y hablamos de mejoramiento social porque también en el fondo de toda cuestión social se halla en definitiva la religión.

III

CAUSA PRINCIPAL DE ESTA ESTERILIDAD

Causa de esta esterilidad es precisamente la deficiencia de la instrucción religiosa en España, manantial fecundo de toda clase de ideas inexactas ó del todo equivocadas.

Es una de éstas la de suponer que la religión por su carácter sagrado es inmutable y está fuera de todo examen, y que para instruirse en ella, bastan los estrechos límites del catecismo, es decir, de

un compendio árido de preceptos; compendio que no desentraña la bondad y alcance de éstos, respecto del gobierno de nuestra vida, y que nada enseña tampoco respecto de la historia general religiosa; porque, considerando *falsas* las demás religiones, juzga que á nada conduce el conocerlas. Y sin embargo, la única manera de habilitar al creyente para que aprecie conscientemente la bondad de las enseñanzas de Jesús, y su superioridad sobre todas las demás teorías religiosas y filosóficas, es darle nociones de la historia de éstas. Si la religión ha de consistir en *practicar* ceremonias del culto, en credulidad y obediencia ciegas, y si esto ha de llamarse cumplimiento de los deberes religiosos, entonces bastaría limitar la instrucción religiosa á aprender de memoria el catecismo como un papagayo; pero si el creyente ha de poder razonar su fé, y

si ha de profesarla no por *real orden*, sino por convicción, única manera de que penetre toda su vida é influya en todos sus actos, entonces es indispensable traspasar esos límites, elevando ese nivel de instrucción. La religión, como el arte, la ciencia y la civilización, tiene su historia; ha tenido y tiene sus períodos de desarrollo, de los que pueden sacarse grandes enseñanzas; y sería demostrar poco interés por la religión y poca fé en su indestructibilidad, el no tratar de conocer siquiera superficialmente esa historia, ya que no de estudiarla con profundidad.

IV

LA RELIGIÓN CAMBIA Y DE AHÍ LA NECESIDAD DE SU ESTUDIO HISTÓRICO

Todo se transforma y cambia en el trascurso del tiempo: nuestro globo, la at-

mósfera, la vegetación, el hombre y las cuestiones relacionadas con éste. Los cambios que experimentan hasta las industrias, el arte, la ciencia, etc., se verifican en el sentido de progreso, ¿por qué, cuando todo varía con el tiempo, había de ser la religión la *única* cosa inmutable, la única excepción á la regla?

Sería incurrir en contradicción, el alegar que la religión no puede variar porque es revelada, puesto que, prescindiendo de que ese privilegio lo reclaman también otras religiones fuera del judaísmo y del cristianismo, el Nuevo Testamento representa justamente una reforma, un progreso, sobre el Antiguo. La nota dominante en las predicaciones de Jesús fué «*Oisteis que fué dicho á los antiguos, no matarás, etc., mas yo os digo etc.* Mat. V. 21. 24. 27. 28. 43. 48. etc.)

El cristianismo del concilio de Nicea no

es exactamente el mismo que el del sermón de la Montaña; y los reformadores del siglo XVI no juzgaron el mismo que el del concilio de Nicea, el cristianismo de los Papas. Vemos, por lo tanto, que la religión experimenta transformaciones de desarrollo progresivo, y que la marcha del espíritu humano en el dominio religioso, ha sido idéntica á la que ha seguido en otros órdenes de ideas.

Estas transformaciones caben dentro de la Revelación, cuando se toma en cuenta, que el receptor de esa comunicación divina han sido seres humanos, que como tales estaban sujetos á las flaquezas inherentes á su condición, y por lo tanto, á interpretar mal ó de una manera incompleta el sentido de esa revelación. Esta consideración fué, sin duda, la que impulsó á Lessing á juzgar la revelación *continua* y *proporcionada* al

nivel intelectual de cada época. Si el hombre desde el primer momento hubiera logrado reconocer la verdad absoluta y evidente, no la hubiera abandonado nunca, como no podrá desprenderse ya, en otro orden de conocimientos, de las verdades evidentes sobre las que descansa su vida cotidiana; pero no habiéndole sido concedido esto, y correspondiendo cada sistema religioso á los diversos grados de desarrollo intelectual de cada pueblo respectivo, es indispensable que el hombre conozca la marcha seguida por el espíritu humano en pos de la verdad religiosa, si aspira, como debe, á ocupar la grada más alta en esa escala misteriosa de religiones, que, como la de Jacob, sube desde la tierra al cielo. Por otra parte, los peligros inherentes á la observancia de una religión supersticiosa ó inmoral, nos imponen el deber de buscar la ver-

dad religiosa, y para esto necesitamos conocer la experiencia del género humano en este terreno. Sería, además, ridículo y ofensivo para la justicia suprema el pretender que sólo nosotros caminábamos en la verdadera senda, iluminados por la luz divina, mientras que nuestros demás hermanos, como nosotros hijos también de Dios y dotados de la misma aspiración á la verdad, se hallaban condenados á eternas tinieblas.

V

REALIDAD DE LA RELIGIÓN

El hombre es el último producto de la creación terrestre, y aunque pertenece al reino animal, lleva en su seno un germen de desarrollo superior que le eleva y separa del resto de los demás seres vivientes.

Son facultades esencialmente humanas el lenguaje, la compasión, la conciencia moral, la tendencia al perfeccionamiento y la religión. La religión, por lo tanto, responde á una necesidad del corazón y de la inteligencia humana, y puede por este motivo afirmarse, que el hombre es *naturalmente* religioso. La realidad de este sentimiento, implica necesariamente la realidad de su objeto. No hay atracción donde nada atrae, la planta no se dirigiría hacia la luz, si no hubiera sol.

Casi todo lo que evoca en nosotros la idea de nuestra pequeñez y de lo infinito, como el mar, las montañas, el cielo; casi todo lo que es misterioso y nos infunde temor, como el trueno, el huracán, la muerte; casi todo lo que nos llena de admiración y evoca en nosotros la idea de lo bello y de lo perfecto, como el cielo estrellado, las maravillas del alma hu-

mana, etc., despierta en nosotros al mismo tiempo el sentimiento religioso. El fin de ese sentimiento, el objeto, es Dios, es decir, lo absoluto, lo incognoscible; lo que únicamente podemos adivinar por sus obras, el universo y el alma humana. Por esto en el fondo de toda religión se encuentra una teoría del universo.

VI

DIOS

Siendo Dios infinito, no puede ser comprendido ni explicado por nuestra razón finita. Nos guardaremos muy bien, por lo tanto, de penetrar en las altas y oscuras teorías metafísicas ó teológicas que pretenden definirlo. Fieles á nuestro principio de no pretender enseñar, sino de *na-*

rrar sencillamente, (lo que no excluye que hagamos las reflexiones que los mismos hechos sugieran) preferimos á definiciones dogmáticas de Dios, concretarnos á exponer lo que el género humano, desde su aparición en la tierra, ha tenido por Dios.

Al afirmar que Dios no puede ser comprendido por nuestra razón finita, porque eso equivaldría á aniquilarlo, es decir, á rebajar ese concepto al nivel de nuestra inteligencia, nos referimos al conocimiento por los sentidos; y esto no destruye la deducción lógica de que la realidad del sentimiento religioso, implique la realidad de su objeto. Como el objeto de la religión es el conocimiento de Dios y la sujeción á su voluntad, es evidente, que para no someterse á la voluntad de lo desconocido, el hombre ha tenido que formarse una idea más ó menos elevada

de ese ser hasta cierto punto incognoscible; y así como el concepto que el hombre se formó de las cosas, fué en un principio *imperfecto, grosero, y asequible sólo á sus sentidos*, (antes de ascender á otro concepto más racional y puro) de igual manera el concepto de la divinidad en los primeros hombres sólo revistió formas *tangibles*. En aquellos tiempos, para el habitante de los valles, el arroyo que fertilizaba la tierra y cuyo manantial ignoraba, el árbol que le daba sombra y frutos sin conocer él la causa, las montañas cuyas cimas inaccesibles estimulaban su imaginación y le movían á adivinar lo que habría detrás de ellas, el firmamento suspendido encima de sus cabezas, cuya realidad veían sin poderla palpar ni comprender, todos estos fenómenos y cosas naturales que le confundían eran misterios; y nada más natural

que viera en ellos á la divinidad. No menos natural y lógico es que en el curso del tiempo, desarrollándose los conocimientos del hombre, esta conciencia vaga y rudimentaria que tenía de lo *misterioso*, de lo *intangible*, de lo *invisible*, de lo *incognoscible* y de lo *infinito*, tomara gradualmente una forma más concreta que se revela por medio de símbolos, nombres y mitos, y se formasen las mitologías y los sistemas religiosos. Por último, en ese movimiento ascendente del hombre hacia la divinidad, éste comprendió la insuficiencia de todo nombre y de todo símbolo para expresarla, y llegó á sentir ese infinito *dentro de si mismo*, en su conciencia, si bien permaneciendo siempre invisible, inefable é incognoscible, como lo fué para sus antepasados. A falta de otro nombre mejor le llaman ahora lo absoluto, el alma del universo, el Espíritu

Santo, esto es, el espíritu de santidad, manantial de todos los buenos pensamientos y de los sentimientos elevados; y se cree que ese Espíritu no se ha revelado nunca de una manera clara y grandiosa como en Jesús.

VII

DISTINCIÓN ENTRE LA CIENCIA Y LA RELIGIÓN

La ciencia de la religión exige, como todas las ciencias, sincero amor á la verdad y completa independencia de juicio. Exige igualmente que se conozcan en toda su extensión el verdadero significado de determinadas palabras ó nombres; porque la causa más frecuente de error y de discordia por opiniones es precisamente el que cada cual entienda á su manera el

significado de estos nombres. Conviene, por lo tanto, para la mejor inteligencia de este manual, que antes de entrar en materia fijemos claramente lo que entendemos por ciencia y lo que entendemos por religión, única manera de que seamos comprendidos.

La palabra ciencia significa conocimiento. Si decimos, por ejemplo, que la botánica es la ciencia que trata de las plantas, es lo mismo que si dijéramos que la botánica es el conocimiento de las plantas; mas este conocimiento no ha de referirse solamente al de su nomenclatura, sino que ha de ser *intimo, exacto y completo*. Debe tratar de la estructura de las plantas, de su manera de alimentarse y de respirar, del suelo y clima que requieren, etc. etc. Dichos conocimientos deben ser hijos de la observación, comprobada por el experimento, y además deben ser pro-

ducto de un estudio *objetivo* y no de apreciaciones *sujetivas*.

Cuando el objeto de la investigación pertenece al mundo visible y es palpable, el investigador tiene muchos medios de comprobación y relativa facilidad para llegar á conocer con certeza la naturaleza íntima y la realidad del objeto investigado; porque puede pesarlo, medirlo, analizarlo, cotejarlo con otros semejantes, clasificarlo y someterlo, en fin, á multitud de experimentos que con evidencia revelen su realidad; y claro es que el resultado de semejante estudio *objetivo* no deja lugar á dudas, pues no se funda en el criterio individual del investigador, sino en la *observación* de los *hechos*, en *realidades*. Esto, y únicamente esto, es lo que en rigor merece el nombre de ciencia.

Al lado de los fenómenos del mundo

visible existe otro orden de fenómenos llamados del *espíritu*, como son los del pensamiento, los de la voluntad y los del sentimiento, cuyo estudio *científico* no nos es tan asequible como el de los del mundo visible. Aquí no pisamos ya el terreno firme del experimento porque estos fenómenos no son tangibles, ni pueden pesarse, ni medirse, ni analizarse, ni someterse, en fin, á los múltiples medios de comprobación de los objetos visibles. Verdad es que no por eso dejan de ser *positivos* y *reales*; pero lo que de ellos afirmemos, fuera de su realidad ó existencia, no será susceptible de demostración evidente, aunque pueden tener el asentimiento de la razón.

A este orden de fenómenos pertenece el sentimiento religioso, inherente al hombre, y cuya causa consiste en el sentimiento de nuestra dependencia de un

Ser superior á nosotros que nos infunde temor, al mismo tiempo que nos atrae hacia sí y cautiva nuestro espíritu influyendo en nuestra conducta moral. *Esa dependencia, ese vinculo misterioso que une al hombre con el Ser absoluto, es el objeto de la religión y constituye su esencia.* No deben, pues, confundirse con ella sus formas accidentales históricas, ni el carácter especial que le hayan impreso las múltiples influencias de localidad y de época determinadas.

«Cuando decimos que la religión es lo
»que distingue al hombre del animal, dice
»M. Müller, no aludimos á la religión cris-
»tiana ó judía, ni pensamos en ninguna
»otra particular, sino en esa facultad del
»espíritu, que independiente de la razón,
»hace al hombre capaz de sentir y com-
»prender lo infinito, bajo nombres y for-
»mas diferentes. Sin dicha facultad no

»sería posible religión alguna, ni aun la
»idolatría, ni el más grosero fetiquismo.»

La palabra religión designa también otra idea distinta, á saber, la de determinado cuerpo de doctrinas religiosas, y en este último sentido es cuando puede decirse que un hombre cambia de religión, esto es, que adopta un cuerpo de doctrinas distintas de las que antes profesaba.

VIII

CLASIFICACIÓN DE LAS RELIGIONES

La clasificación de las religiones es en extremo difícil. No pueden dividirse en religiones reveladas y naturales, porque las fundadas en la revelación no se separan por completo de la religión natural. A este propósito dice M. Müller: «Estos principios de la re-

»ligión natural, por más que no hayan
»por sí mismo constituido ninguna reli-
»gión histórica real, son lo única base
»sobre que puede fundarse la religión re-
»velada, el único suelo en que pueden
»arraigar y del que pueden sacar su ali-
»mento y savia. Suprimid este suelo, ó
»suponed que ha sido suministrado en cierto
»modo por una revelación, é iréis entonces,
»no sólo contra el espíritu y letra del Anti-
»guo y del Nuevo Testamento, sino que de-
»gradaréis la religión revelada, haciendo de
»ella una simple fórmula para que sea acep-
»tada por el hombre, sin que pueda éste
»examinar ni apreciar su bondad. Tendría-
»mos seguramente la semilla, mas habría-
»mos perdido el suelo en que únicamente
»este germen podía prevalecer y engrande-
»cerse.»

No pueden tampoco dividirse entre las que tienen libros sagrados y las que no

los tienen, porque aquéllos, á causa de los intermediarios, no dan nunca una imagen fiel de las doctrinas verdaderas que quiso proclamar el fundador. La clasificación vulgar de *verdaderas* y *falsas*, deja de ser seria de puro cándida.

Hoy día que conocemos á fondo las religiones antiguas, gracias á los materiales que la dominación de los ingleses en la India ha puesto en manos de los que á esos estudios se dedican, se ha demostrado cuán justa era la opinión que expresaron algunos eminentes Padres de la Iglesia, de que no existía ninguna religión completamente falsa ó completamente exenta de verdad.

En obsequio á la sencillez adoptaremos aquí la división de *politeistas* y *monoteistas*, según reconozcan muchos dioses ó uno solo, como la más práctica; y procederemos á su examen con la independenciam de juicio y con la buena fé, propias de todo

amante sincero de la verdad, que sabe, además, que el corazón y el espíritu del hombre es el mismo en todas partes y en todos tiempos, y que, aunque las religiones no sean iguales respecto de su valor racional y moral, todas son naturales y emanan de esa luz que *alumbra à todo hombre que viene à este mundo.* (Juan. I; 9.)

CAPÍTULO II

LOS HECHOS

GRUPO POLITEÍSTA

I

FETIQUISMO

Las primeras señales del instinto religioso se manifiestan en el hombre salvaje como un presentimiento de la existencia de algo vago é invisible que le domina. Esto mismo puede observarse todavía en los salvajes llamados Bushmen, cuya lengua carece de palabras para expresar las ideas de alma y Dios, y cuyo nivel intelectual no les permite comprender la relación entre causa y efecto. Todo lo que habla á su fantasía lo encuentran mara-

villosos y le atribuyen un poder divino, que conciben como una fuerza temible superior á ellos, que conviene tener en su favor. Esta creencia los impulsa á la adoración, aunque el objeto de ésta sea una cosa inanimada. Un tronco de árbol, una roca de grotesca ó fantástica apariencia basta, á veces, para infundirles miedo y moverlos á la adoración. La tendencia á personificar objetos inanimados, es tan propia de los pueblos que se hallan en la infancia, como lo es en el hombre cuando niño. ¿Quién no ha tomado en esa edad á la luna por una cara grande y blanca que nos miraba desde el cielo?

El culto á objetos que el hombre convierte en divinidades se llama *Fetiquismo*, y el objeto adorado *Fetique*. Este culto subsiste aún entre algunos salvajes de América y de Polinesia, si bien mez-

clado con otra clase de politeísmo, y ocupa el grado más bajo dentro de las religiones politeístas.

El centro común á todos los cultos que no son puramente espirituales, lo constituye el *sacrificio*, mediante el cual el hombre se desprende de algo para ofrecerlo á la divinidad, á fin de tenerla propicia. Los sacrificios están en relación con la idea que el hombre se forma de la divinidad. Fueron groseros y sangrientos en los tiempos antiguos de barbarie, y morales y elevados en tiempos de mayor civilización. El cristianismo puro, por ejemplo, sólo exige el sacrificio de nuestros deseos ilícitos y contrarios al bien general.

En el fondo de todos los politeísmos se encuentra siempre, ya bajo una forma, ya bajo otra, la adoración de la naturaleza; y es que las religiones politeístas co-

rresponden á la infancia de la humanidad, cuando los hombres empezaron á examinar el mundo que les rodeaba, y á experimentar sentimientos y necesidades religiosos. El espectáculo de los fenómenos naturales y de las fuerzas que en ellos se revelan, les indicaba la existencia de un poder desconocido muy superior al de ellos.

II

BRAMANISMO

PRIMERA EVOLUCIÓN ASCENDENTE

Según dijimos, el concepto de la divinidad está en relación con el grado de desarrollo intelectual de un pueblo; pero el carácter y forma que dicho concepto haya de revestir, depende, en gran parte, de agentes físicos, tales como la raza,

el clima, y principalmente la naturaleza que rodea al hombre; porque á éste le sucede lo que á las plantas, en cuya constitución influyen el suelo, la temperatura, la humedad, los vientos, la luz, etc. Ninguna religión nos da un testimonio tan claro de la influencia de estos agentes físicos, como la de la India, región cuyas montañas son las más altas del globo y cuyos ríos son de los más caudalosos. Por otro lado, la India es también en el orden social el país de los contrastes. Ante el aspecto imponente de la naturaleza de su país, el indio ha sentido hondamente la pequeñez humana, y se ha sentido como agobiado por la naturaleza. Este sentimiento se revela en la literatura, en la religión y hasta en la forma de los templos indios. A este país cabe la gloria de haber sido el lugar donde el hombre diera el primer paso ha-

cia un ideal más elevado que el que acabamos de describir en el párrafo anterior. El pueblo indio sacó la religión del estado de naturalismo tosco, para elevarla al de *sistema* religioso, bajo muchos conceptos admirable. La divinidad india no se presenta como una personalidad espiritual, sino como el universo entero; y la religión bramánica deja ya vislumbrar el futuro panteísmo.

Los libros sagrados bramánicos se llaman *Vedas*, y contienen los himnos religiosos de los arias de hace 40 siglos, en cuya época adoraban al dios *Varuna*, representante del cielo que todo lo cubre, á *Indra*, el dueño de los truenos, á los dos *Acwins*, (caballeros) las estrellas matutina y vespertina, á *Savitri*, el sol.

Después de la conquista del país por los arias, la sociedad india se organizó de otra manera. Se formaron las castas,

separadas por barreras infranqueables: la casta de los *Bramanes*, sacerdotes; la de los *Kichatrias*, guerreros; la de los *Vaquias*, mercaderes; la de los *Soudras*, los de raza impura ó mezclada: y por último, los *Parias* que, no teniendo filiación con las otras castas, eran excluidos de la sociedad. *Brama* que en un principio representaba la oración, se convirtió en Dios supremo, asociado á *Vischnu* el conservador y á *Civa* el destructor; y éstas tres fuerzas fundamentales reunidas, forman una trinidad con el nombre de *Trimurti*. Cada uno de estos dioses tiene su esposa; pero todo procede de *Brama*, pasa por *Vishnu* y vuelve por *Civa*. Tienen también los indios animales sagrados, como el elefante blanco y la vaca.

El alma debe volver á *Brama*, mediante una serie de transformaciones (metempsicosis). Los malos é impíos se vuel-

ven, después de la muerte, plantas ó animales, y tienen que empezar de nuevo su ascensión fracasada, hasta llegar á *Brama*.

El rasgo característico de la moral de esta religión es el de la la negación de sí mismo, y consideran los indios como la virtud principal la paciencia. Este concepto de la moral es incapaz de inspirar los actos heroicos del corazón, sino la resignación. De aquí que el carácter general del indio sea la apatía y la dulzura.

No obstante, una de las ideas que aparecen con frecuencia en los libros brahmánicos es *la redención del hombre por sus propias fuerzas*, á diferencia del cristianismo que enseña que la religión es obra de la gracia divina.

Los ídolos indios son por lo general monstruosos, mitad hombres, mitad animales, y algunas de sus prácticas religiosas son completamente absurdas y bár-

baras, aunque están enlazadas con ideas muy elevadas. Este modo de manifestar conceptos, á veces elevados, por medio de símbolos y prácticas groseros, no es únicamente propio del bramanismo, sino que lo encontramos igualmente en otras religiones. ¡Lamentable aberración del humano espíritu! Pues si la religión tiene su asiento en lo más profundo de nuestro corazón y de la inteligencia, y si naturalmente ella debe manifestarse de algún modo al exterior, estas manifestaciones no deberían nunca sustituirla; son indicios y señales de lo que pasa en nuestro interior. Y, sin embargo, ¡cuántas veces vemos la religión asociada á prácticas supersticiosas y mecánicas, y hasta opuestas á los elevados conceptos y sentimientos que simbolizan! ¡Qué monstruoso consorcio!

Apesar de esta monstruosidad que descubrimos en los ídolos indios, no carecía

el bramanismo de conceptos y sentimientos elevados; y el himno á Varuna que aquí transcribimos da buena prueba de ello.

HIMNO Á VARUNA

«Haz, ¡oh Varuna! que yo no entre to-
»davía en la casa de barro. Ten piedad de
»mí, Omnipotente!

»Si yo marchó como una nube arras-
»trada por el huracán, ten piedad de mí,
»Todopoderoso!

»Si yo me he extraviado, ¡oh Dios fuer-
»te y brillante!, es por falta de fuerza.
»Ten piedad de mí.

»La sed ha venido á asaltar al que te
»adora, por más que estuviera en medio
»de las aguas. Ten piedad de mí

»Siempre que hagamos una ofensa á la
»cohorte celestial, ¡oh Varuna! siempre
»que violemos la ley por inadvertencia, no

»nos catigues, ¡oh Dios! por esta ofensa.»

[*Ensayo sobre la Historia de las Religiones, por M. Müller, traducido por A. García Moreno.*)]

III

LA RELIGIÓN DE ZOROASTRO

SEGUNDA EVOLUCIÓN ASCENDENTE

Los Parsis de la India son los que siguen hoy la religión de Zoroastro, que dominó un día en la Persia antigua; y que podemos considerar como la más pura y de mayor valor moral entre las religiones antiguas politeístas. Si la India sacó la religión del naturalismo grosero en que yacía y la elevó al estado de sistema, dando así el primer paso en el progreso religioso, la Persia dió el segundo, al imprimir á la religión un sello más moral.

La personalidad de Zoroastro es un fenómeno notable en la historia. Su teología procede, en parte, de remotas tradiciones, y en parte, de su cerebro. Considerado como poeta teológico, supera, en opinión de J. Scherr, al Dante y á Milton. A Zoroastro impresionó profundamente el espectáculo que ofrece el mundo moral, de lucha entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, y fundó en este dualismo su sistema; es decir, en la lucha de dos principios supremos, bueno el uno, *Ormuzd* (la luz) y malo el otro, *Ahriman* (las tinieblas). Cada una de estas divinidades tiene multitud de dioses y de genios secundarios.

Los parsis no adoran el fuego, como muchos han dicho, sino que éste desempeña un papel importante en el culto, como emblema de la pureza. Estos dos principios supremos, el bueno y el malo, proceden

á su vez de otra divinidad superior, y origen de todo, *Zarwana Akarana*. Esto es ya casi una idea monoteísta; por lo cual algunos eruditos han colocado la religión de Zoroastro entre las monoteístas. Tampoco careció de prácticas supersticiosas ni de un politeísmo grosero que se formó después, y que estaba enlazado con esta hermosa teoría.

Sin embargo, lo que distingue á esta religión de las demás de la antigüedad, es que no solamente separó el mundo material del espiritual, sino que enseñó á no transigir con el principio malo y á combatirlo sin tregua; al paso que todas las otras confundían lo material y lo espiritual, y daban culto lo mismo á las buenas como á las malas divinidades, á fin de tenerlas á todas propicias.

Otra doctrina original y elevada es la del triunfo final del bien; pues según el

Zend Avesta, su libro sagrado, la lucha entre los dos principios debe terminar al fin del mundo con el triunfo de Ormuzd; y entónces hasta el mismo Ahriman vencido, se convertirá y Ormuzd reinará solo y eternamente.

Hé aquí una oración tomada del *Zend-Avesta*, que muestra la espiritualidad á que podía elevarse un discípulo de Zoroastro:

ORACIÓN

«Yo te conjuro á que me digas la ver-
»dad, ¡oh Ahura! ¿Quién fué en un prin-
»cipio el padre de las criaturas puras?
»¿Quién ha abierto el camino por donde
»giran el sol y las estrellas? ¿Quién sino
»tú, hace crecer y menguar la luna? Es-
»to y otras mil cosas, es ¡oh, Mazda! lo
»que yo desearía saber.

»Yo te conjuro á que me digas la ver-

»dad, ¡oh Ahura! ¿quién tiene suspendida
»la tierra y los nublados de modo que
»no caigan? ¿quién sostiene el mar y los
»astros? ¿quién ha dado la velocidad al
»viento y á las nubes? ¿quién es el crea-
»dor del espíritu del bien?

»Yo te conjuro á que me digas la ver-
»dad, ¡oh Ahura! ¿quién ha hecho la luz
»bienhechora y las tinieblas? quién el sue-
»ño reparador y las vigiliass? ¿quién las
»mañanas, las tardes y las noches? ¿quién
»ha hecho á Aquél que pesa las leyes?»

[*La ciencia de la Religión, por M. Müller*].

Es verdaderamente admirable que en libros tan antiguos como el *Zend Avesta*, mucho anterior al tiempo de Ciro, de Darío y de Jerjes, se encuentren oraciones, que tengan como ésta un carácter más íntimo y más universal (en el sentido de que ningún hombre piadoso puede razo-

nablemente rechazarlas) que muchas de las contenidas en nuestros devocionarios españoles. ¿No es esto, además, un indicio de que en toda época ha habido hombres que presintieron al Dios verdadero?

IV

EL BUDISMO

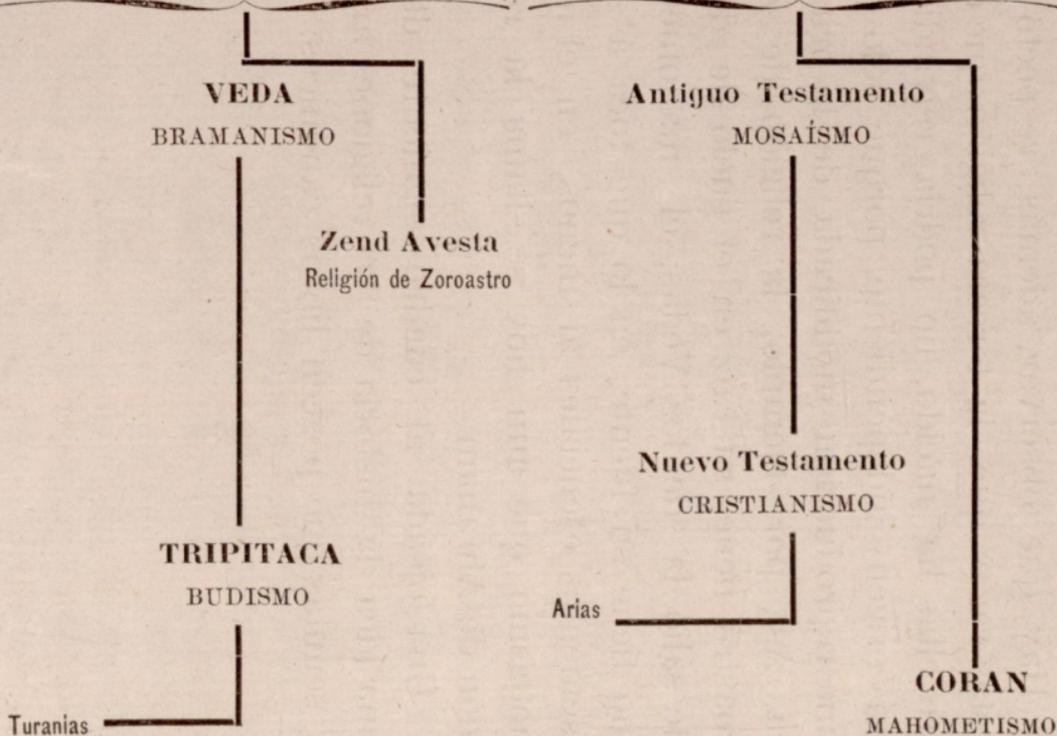
Las dos familias, dice M. Müller, que han desempeñado el papel principal en el drama que llamamos Historia Universal, son la familia aria y la familia semita; y de ellas sólo dos miembros de cada una pueden invocar la autoridad de dogmas religiosos y de libros sagrados ó canónicos: entre los arias, los indios y los persas, y entre los semitas, los hebreos y los árabes. Los indios han producido el brahmanismo y el budismo; los hebreos el mosaísmo y el cristianismo.

Hay que observar, además, respecto de estas razas que, la tercera religión que entre ellas ha nacido, no podría reivindicar un origen independiente, porque sólo es una reproducción modificada de la primera. Así, por ejemplo, la religión de Zoroastro tiene su raíz en el suelo de donde salió la de los Vedas; el mahometismo tiene su fuente, en lo que toca á sus elementos esenciales al menos, en el monoteísmo que aun hoy se llama la religión de Abraham.

Una ojeada al cuadro siguiente, dará una idea la historia de las religiones arias y semitas que poseen libros canónicos:

FAMILIA ARIA

FAMILIA SEMITA



Antes de ocuparnos de otras religiones que en el orden cronológico son anteriores á la de Buda, vamos á ocuparnos de ésta, que es la más importante de las producidas por la familia aria.

A medida que la inteligencia humana iba ensanchándose y la conciencia moral del hombre desenvolviéndose, empezó á rechazar los mitos, que juzgaba opuestos á las nuevas ideas adquiridas, y á perder el respeto á divinidades cuyo carácter no era superior al del hombre, puesto que se les atribuían con frecuencia, las mismas pasiones que á él. La atmósfera social de la India estaba cargada de preludios de una revolución intelectual; y del seno de esta agitación india, surgió, 540 años antes de Jesús, un príncipe reformador, llamado *Siddharta*, el cual, renunciando á su rango y á sus riquezas, empezó á predicar contra la legitimidad de las castas,

contra la autoridad de los braminos ó sacerdotes y contra la existencia real de los dioses. Estas predicaciones caían sobre un suelo que les era muy propicio, y provocaron una revolución intelectual religiosa, bastante intensa para derribar los ídolos que hasta entonces fueron objeto de veneración, y para poner límites al egoísmo sacerdotal, reemplazando la fé antigua por un sistema filosófico de moral, que en rigor apenas puede calificarse de sistema religioso. Hé aquí lo que Barthélemy de Saint Hilaire dice de este príncipe, en su libro titulado *Buda y su religión*:

«No vacilo en añadir que, exceptuan-
»do únicamente á Jesús, no hay entre
»los fundadores de religión figura más
»encantadora ni más pura que la de Bu-
»da. No hay en su vida una mancha. Su
»constante heroísmo iguala á su convic-
»ción; y si la teoría que preconiza es fal-

»sa, los ejemplos personales que da son
»en cambio irreprochables. Es el modelo
»acabado de todas las verdades que pre-
»dica; su abnegación, su caridad, su in-
»alterable dulzura, no se desmienten un
»solo instante: abandona á los 29 años la
»corte del rey su padre, para hacerse re-
»ligioso y mendigo; prepara en silencio su
»doctrina en seis años de retiro y de
»meditación, la propaga con sólo el poder
»de la palabra y de la persuasión, duran-
»te más de medio siglo; y cuando muere
»entre sus discípulos, lo hace con la se-
»renidad de un sabio que ha practicado
»el bien toda su vida y que está seguro
»de haber hallado la verdad.»

Buda, es el nombre sagrado de este príncipe; y lo más característico de su dogmática, es desentenderse por completo de la existencia de los dioses, afirmando que lo único verdadero es la Nirvana.

La Nirvana no significa, según se ha creído, el aniquilamiento personal, la destrucción de la personalidad, la nada absoluta, sino la abnegación de sí mismo llevada hasta su último límite, hasta lo absoluto. Es en realidad un dominio absoluto de todos nuestros deseos egoístas llevado hasta tal punto que en nuestras ideas occidentales lo calificaríamos de destrucción de la individualidad. Tampoco sabemos á punto fijo si Buda rechazaba la idea de un Creador; pero sí que para nada la tomaba en cuenta. Las razones que los budistas dan para explicar esta omisión, no carecen de peso; las fundan en primer lugar en nuestra incompetencia para afirmar lo que está más allá de nuestra inteligencia, y en segundo lugar en la imperfección del mundo, que no puede atribuirse á un Ser perfecto. La cuestión de la existencia de Dios infundía á Buda tal respeto, que no se

atrevía á abordarla, y condenó á aquéllos de sus discípulos que osaran resolverla, ya fuera afirmativa ó ya negativamente. Parece imposible que pueda existir una teoría que lleve el nombre de religión y empiece por abstenerse de hablar de la existencia de Dios; y sin embargo, tal fué, al menos en su origen, la religión de Buda. El sacrificio que sus sectarios hacen, no á la divinidad, que no tienen, sino á su teoría, consiste en no dejarse seducir por los fenómenos de la existencia, y en hacerse indiferentes á todo.

Si el Bramanismo nos mostró al hombre hondamente impresionado por la grandeza de la Naturaleza, el Budismo nos lo muestra cansado y disgustado de la vida, no aspirando más que á la calma completa; de aquí que el budista se condene espontáneamente á la pobreza, á permanecer célibe y al ascetismo. Fué mérito

del Budismo el haber enseñado, si bien enlazada á preceptos de una austeridad absurda, cinco siglos antes del cristianismo, la caridad y el perdón de las ofensas. Sin duda, á esta circunstancia, y á haber predicado la igualdad de los hombres en un país como la India, donde se sufría desde siglos la opresión de las castas, debe atribuirse su prodigiosa propagación. Hasta el presente, es la religión que cuenta en la tierra mayor número de prosélitos; pero la dogmática y culto que hoy tiene, distan ya mucho de lo que fué enseñado por su fundador.

A continuación copiamos algunos trozos de sus sermones, sacándolos del discurso-informe sobre el budismo, que leyó en el Parlamento de las religiones de Chicago, el erudito Sr. Dharmapala, de Ceilán:

«El que busca la verdad, ¡oh Bhiskshus!

»debe evitar estos dos extremos: el uno
»la vida sensual, que es degradante, in-
»noble é inútil, y el otro la vida de asce-
»tismo desmedido y pesimista, que es do-
»lorosa é igualmente indigna é inútil.

»Hay un camino que se aparta de am-
»bos extremos y que ha descubierto *Ta-*
»*thaga* (el Mesías), camino que aclara la
»vista y el entendimiento, camino que con-
»duce á la tranquilidad del espíritu, á la
»alta sabiduría y á la paz eterna.

»Este camino medio (término medio)
»que *Tathaga* ha descubierto, consta de
»ocho sendas, á saber:

»la de la Ciencia verdadera— conocimiento
»de la ley de la causa y el efecto.

»la del Pensar justo,

» Discurso justo,

»la de las Acciones buenas,

» Profesión justa,

» Aplicación justa,

» la de la Atención justa,

» Contemplación justa.

» Aquí tenéis el camino que *Tathaga*
» ha descubierto, el que aclara la vista y
» el entendimiento y conduce á la tran-
» quilidad de espíritu, y á la paz interna.»

Continuando su predicación, dijo más adelante:

« El nacer es doloroso, la vejez es do-
» lorosa, la enfermedad es dolorosa, unir-
» nos á lo que nos desagrade es doloroso,
» separarnos de lo que nos es grato, es
» doloroso, renunciar á nuestros deseos es
» doloroso, la existencia, en una palabra,
» es dolorosa. Aquí tenéis la verdad noble
» del sufrir.

» El apego á la vida es, en verdad, la
» causa de que renovemos la existencia,
» á la que se enlazan algunos placeres, y
» es causa de que busquemos satisfacción,
» ya en una cosa, ya en otra; de que bus-

»quemamos la satisfacción de nuestras pasio-
»nes y prefiramos la continuación de nues-
»tra vida individual á nuestro aniquila-
»miento. Aquí tenéis la verdad noble del
»origen de nuestros males; y la verdad no-
»ble de su remedio consiste: en la des-
»trucción de las pasiones y deseos, en po-
»der librarse ó estirpar esa sed; y la ver-
»dad noble que nos enseña el camino, es
»el *Camino de las ocho sendas.*»

La índole de esta brevísima reseña no nos permite detenernos en consideraciones acerca del budismo en sus relaciones con la moral y con los problemas sociales; pero como muchos ven en las doctrinas de Buda una relación íntima con la ciencia moderna, citamos aquí lo que Sir Ed. Arnold ha dicho sobre este particular:

»He dicho, y no me cansaré de repetir-
»lo, que existe un vínculo estrecho entre
»el budismo y las teorías científicas mo-

»dernas. Cuando *Tyndall* nos habla de
»sonidos que no podemos oír y Normen
»Lockyer de colores que no podemos
»ver; cuando Sir W. Thompson y el ca-
»tedrático Sylvester llevan sus investiga-
»ciones matemáticas á regiones incalcula-
»bles, y otros todavía con mayor audacia
»imaginan é intentan un espacio de cua-
»tro dimensiones, ¿qué otra cosa es todo
»esto más que el *Maya* budista? Cuando
»Darwin nos demuestra cómo la vida se
»desenvuelve constantemente, á través de
»series de formas cada vez más perfec-
»tas, hacia otra superior y mejor, cómo
»cada individualidad lleva á su nueva
»existencia la huella indeleble de la ante-
»rior, ¿qué otra cosa es esta teoría más
»que la doctrina búdica de *Karma* y
»*Dharma*.»

El budismo, como vemos, es una de las religiones antiguas más dignas de es-

tudio, y su mérito principal será siempre, el de haber propagado en medio de pueblos groseros y crueles, máximas humanitarias, 500 años antes que el cristianismo. El mismo Buda, cuya doctrina no tenía en cuenta la existencia de Dios, fué más tarde divinizado por sus secuaces, fenómeno que en la historia de las religiones se repite con frecuencia; acaso porque el común de los hombres no acepta una verdad moral ó científica, como no se le haga creer que procede de origen sobrenatural.

V

EGIPCIO S

Hemos reseñado ya las tres religiones más importantes de la familia aria: el bramianismo, la religión de Zoroastro y el

budismo. Nos falta hablar todavía de las tres grandes religiones monoteístas de la familia semita: el mosaísmo, el cristianismo y el mahometismo. Pero antes de ocuparnos del grupo de religiones monoteístas, diremos algo, aunque poco y á la ligera, del politeísmo de los demás pueblos de la antigüedad; porque estos politeísmos revisten menor importancia en la Historia y son también menos dignos de estudio, exceptuando tal vez el politeísmo griego y romano, á causa de su perfección artística.

Los antiguos *egipcios* veían el poder supremo divino en la naturaleza orgánica, los animales y las plantas; y por lo tanto, el culto á los animales temibles formó el fondo primitivo de su mitología. En estos animales veían los egipcios manifestaciones de un Dios inefable; pero como sucede con todo culto más ó menos

idolátrico, el pueblo olvida pronto el símbolo y concluye por adorar realmente la imagen visible que tiene delante. La civilización egipcia pasa por ser la más antigua de todas aquéllas de que tenemos noticia. Mas la interpretación de sus concepciones religiosas está aún envuelta en tantas tinieblas, que no se sabe si la religión del pueblo era la misma que profesaban los sacerdotes. Las especulaciones religiosas de éstos se hallan contenidas en los libros sagrados de *Hermes*. La mitología egipcia es muy complicada; refléjase en ella también la naturaleza y clima del país, particularmente en el mito de *Isis* y *Osiris*. Este representa al Sol, al que da muerte en el otoño *Set* ó *Typhón*, el viento abrasador del desierto (el simún), y llorado por la tierra, *Isis*, que le busca por todas partes, le halla por fin en la Fenicia. Su hijo *Horus*, el sol joven de

la primavera, venga al padre y reina en su lugar. *Osiris* se transforma luego en *Serapis*, el dios del mundo subterráneo, y le consagran el buey vivo, *Apis*, mientras la vaca la consagran á *Isis*.

Según Herodoto, el pueblo egipcio fué el primero que habló de la inmortalidad del alma. Esta se reúne con los dioses, si hizo buen empleo de su existencia, ó tiene que pasar por metempsícosis dolorosas, si lo hizo malo.

VI

CHINOS

La religión de los chinos viene á ser una variante del budismo.

En los tiempos de Kong-fu-tse (Confucio) la China no se hallaba gobernada por un

solo monarca, sino que estaba dividida en varios estados, en continua guerra los unos contra los otros. La religión de la mayoría de estos pueblos era entonces el budismo, que, á semejanza de lo ocurrido con el cristianismo, no prevaleció en el suelo donde había nacido, sino en el de los pueblos de diferente raza en que fué predicado. El budismo no adquirió verdadera importancia hasta que fué trasplantado fuera de la India, y arraigó en las naciones turanias. Confucio, dotado de gran inteligencia y de verdadero amor patrio, se presentó á sus paisanos no tanto como reformador religioso que como reformador *social*. Pasó la mejor parte de su vida estudiando las tradiciones antiguas de su pueblo, y salvó de la destrucción del tiempo los escritos de los sabios chinos de la más remota antigüedad; pero persiguiendo siempre en todos

estos estudios un fin práctico, el de escoger el mejor medio para el mejoramiento *social* de su patria. El fruto de estos estudios, en los que la moral y la política ocupan la mejor parte (y de aquí que la religión china tenga tanto de política) se halla contenido en los libros llamados *Kings*, que son hoy los libros sagrados de la China. Confucio hace depender el *destino del hombre*, como en el brahmanismo, *exclusivamente de sus obras*. El pecado es una cosa individual y no consecuencia del de Adán; y por lo tanto, no hace falta un redentor. Las dos divinidades principales de los chinos son: el *Cielo*, que es el principio masculino, el principio activo, y la *Tierra*, que es el principio femenino, el pasivo. El hombre se halla entre estas dos divinidades y debe ajustarse á los ritos y leyes del Estado, el cual emana del cielo y es sosteni-

do por el emperador, hijo del cielo y su representante en la tierra.

En las obras de Confucio y de otros reformadores chinos se encuentran algunas máximas, que como otras del budismo, tienen analogía con las del cristianismo. Citaremos como ejemplo un pasaje de Lao-Tseo, fundador de la segunda religión de China. Fué éste contemporáneo de Confucio, su doctrina fundamental es la del *Tao* (camino) ó razón que todo lo penetra. Si las obras de Confucio pueden reputarse una colección de tradiciones nacionales, el libro de *Tao-teh-king*, de Lao-Tseo, es más bien un sistema de metafísica y de moral. Lao-Tseo decía:

«Hay un Ser infinito que existía antes que el cielo y la tierra. ¡Cuán tranquilo está y cuán libre es! Vive solo y es inmutable. Se agita en todos sentidos y por todas partes; pero está

»libre del sufrimiento. Podemos conside-
»rarle como la madre del Universo. Yo,
»por mi parte, ignoro su nombre. Para
»darle uno le llamo *Tao* (el camino); pe-
»ro este nombre no me satisface y en-
»tonces le llamo el *Grande*. Después de
»llamarle el *Grande*, le llamo el *Fugi-*
»*tivo*. Después le llamo *El Distante*; y
»después de haberle llamado *El Distan-*
»*te*, digo que vuelve hacia mí.» (*Capitu-*
lo XXV, del libro ya citado de M. Mü-
ller.)

Confucio, como muchos grandes hom-
bres, murió pobre, en la tristeza y en la
soledad.

VII

FENICIA, BABILONIA, SIRIA,

ARABIA, CARTAGO, GRECIA, ROMA,

CELTAS Y GERMANOS

Vamos, por fin, á concluir con el grupo de religiones politeístas, diciendo algunas palabras respecto del politeísmo de los demás pueblos.

En *Babilonia, Siria, Arabia, Fenicia* y *Cartago*, las principales divinidades eran el sol y la luna, representados simbólicamente. El toro representaba, por lo general, al dios masculino, y la vaca, á la divinidad femenina.

Los sacerdotes fenicios y personas ilustradas, como en otras religiones, eran monoteístas y daban culto al dios Baal; pero el pueblo, las muchedumbres, permanecían politeístas y adoraban principal-

mente dos divinidades, una masculina, bajo los diferentes nombres dados al sol, y la otra femenina, su esposa, que era la luna.

Griegos y Romanos. Siendo tan conocida la religión de estos dos pueblos, nos limitaremos, en obsequio á la brevedad, á llamar la atención únicamente sobre la perfección artística de sus dioses, los cuales no revisten formas monstruosas, como en otros politeísmos, sino la forma más pura é idealizada de la figura humana. Sobre la legión de sus dioses, y como un presentimiento del monoteísmo, los griegos colocaban á la *Parca*, personificación del destino, al cual, ni aun los dioses mismos podían sustraerse.

Si tenemos presente que la imperfección del lenguaje en los antiguos, no les permitía expresar su pensamiento de otra manera mejor que mediante símbolos ó

personificando la idea bajo la figura de un hombre ó de una cosa, descubriremos en sus mitos y pueriles fábulas, un sentido más profundo que el que expresan cuando se toman sólo en su sentido literal. «¿Perdemos algo, dice M. Müller, »con distinguir en el mito de Vulcano »hendiendo la cabeza de Júpiter de un »hachazo, y saliendo de ella Minerva ar- »mada de pies á cabeza, las ideas siguien- »tes: Júpiter representa el cielo, su frente »es el oriente; Vulcano el sol, antes del »alba, y Minerva la aurora, la hija del cie- »lo, saliendo de las fuentes de la luz?

En otro pasage dice:

«Semejante á una antigua y preciosa »medalla, la religión de nuestros antepa- »sados, luego que se la haya limpiado de »esa capa de moho, que en su superficie »han depositado las edades, aparecerá á »nuestra vista en su primitiva pureza y

»su brillo original, y la efigie que enton-
»ces se descubrirá en su grabado, será la
»del Padre celestial, la del Padre de todas
»las naciones de la tierra; y la inscrip-
»ción que en ella descifraremos cuando ya
»pueda leerse, será, que no solamente en
»Judea, sino en todas las lenguas del mun-
»do, la palabra de Dios ha sido revelada
»en el único santuario en que puede ser-
»lo: en el alma humana.»

Celtas y Germanos. Estos pueblos del Norte veneraban, al par que la divinidad *Hertha* (la tierra), el fuego y otros elementos; además, otras divinidades personales, *Wodan* y *Odin*. Ejercían su culto en los bosques y, á semejanza de los Titanes de los griegos, representaban las fuerzas visibles de la naturaleza por medio de Gigantes, y las ocultas por medio de los Enanos, que habitan las entrañas de la tierra.

VIII

AMERICANOS

El descubrimiento de América á fines del siglo XV, y el de Australia á mediados del siglo XVII, nos ha puesto en contacto con otros pueblos salvajes, que, aunque no pertenezcan á la antigüedad, son, sin embargo, los que nos han suministrado testimonios más seguros de la manera de ser religiosa de los pueblos semi-civilizados, á semejanza de lo que ocurre con las ciudades de Herculano y de Pompeya, situadas al pie del Vesubio, las cuales, aunque descubiertas hace apenas dos siglos, ofrecen al viajero que las visita los mejores ejemplos de la manera de vivir del mundo romano, puesto que el tiempo

pasado por ellas, desde que fueron sepultadas bajo las cenizas del volcán, no ha podido marcarlas con su huella destructora. Para terminar con el politeísmo diremos breves palabras acerca de la religión de los *mejicanos* y *peruanos*.

La religión de los *aztecas* tenía prácticas en que se reflejaba la ferocidad de ese pueblo que conquistó el país, cuando lo ocupaban los *toltecos* de costumbres más suaves. El politeísmo de estos pueblos era muy complicado. Creían en un Dios Supremo creador y soberano del universo; debajo de éste se colocaban 13 grandes dioses y más de 200 de menos importancia. Los más venerados eran *Huitzilopotchli*, dios de la guerra, y *Quetzalcoatl*, dios del aire, los cuales habían enseñado á los hombres el cultivo, el trabajo de los metales y el arte de gobernar. Además daban culto á los

astros, y á divinidades infernales y sanguinarias.

No obstante esta imperfección de la religión se encontraba en ellos elementos civilizadores: Los aztecas no consideraban *la mujer, como sucede en los pueblos semi-civilizados, inferior al hombre*. Poseían, además, escuelas, en las que se enseñaba la escritura jeroglífica, la música y preceptos religiosos y morales.

Respecto á los *peruanos*, diremos que el culto preponderante entre ellos, era el que daban al sol, al que adoraban, no como símbolo de la deidad, sino como dios mismo. También hallamos en el Perú, al lado de sacrificios humanos, costumbres muy suaves.

Cuando el conquistador Pizarro mandó dar garrote al último de los Incas, y los sacerdotes españoles se esforzaban por

convertirle al cristianismo, les dijo el Inca: «Vuestro Dios fué asesinado por sus
»propios hijos, mientras que el nuestro,
»señalando al sol, vive todavía y mira ca-
»riñosamente á sus hijos desde el cielo.»

IX

JUICIO SOBRE LAS RELIGIONES ANTIGUAS

En nuestros catecismos se califica de pecado contra la religión, el adorar dioses falsos y se tienen por falsas todas las religiones fuera de la cristiana. Sin embargo, la opinión emitida sobre estas religiones antiguas por cuantos eruditos las han estudiado y conocido á fondo, como ya se conocen actualmente, es diametralmente opuesta á semejante juicio.

Para juzgar con equidad su valor, es

necesario, en primer lugar, conocer en su pureza las doctrinas del fundador respectivo, y no dejarse llevar por las innovaciones que en el trascurso del tiempo se han introducido. Es necesario, además, colocarse en la época en que estas religiones nacieron, y no juzgarlas desde el punto de vista de las ideas de nuestros tiempos modernos; y sobre todo, no debemos suponerlas falsas, porque sean anteriores al cristianismo. Los niños no pueden pensar como los hombres; y cuando la humanidad se hallaba en su infancia, era su estado parecido, poco más ó menos, al que todavía ofrecen los hotentotes ó *bushmen* del Africa meridional, que viven en cuevas ó entre matorrales, y tienen un lenguaje tan poco desarrollado que carece de palabras, no ya para expresar ideas elevadas de religión, sino hasta para distinguir la mujer casada de la soltera; y

ni saben cultivar la tierra, ni acumular riqueza, ni contar más allá de dos.

Es pues necesario tener presente que el nivel intelectual de los pueblos primitivos, no era probablemente superior á semejante estado. Por eso dice M. Müller: (en su *Ensayo sobre las religiones antiguas del oriente*) «Cuando los hombres »al hablar de las religiones antiguas del »oriente, fundándose sencillamente en sus »propias ideas, vienen con tono dogmático á hablarnos de una revelación primitiva, que hizo conocer al mundo pagano la idea de Dios en toda su pureza, olvidan que por sublime y espiritual »que esa revelación pudiera ser, no existía en la tierra un lenguaje capaz de »expresar las concepciones elevadas ó in- »materiales de este don celestial.» Pero cuando se examinan de una manera imparcial y sin prejuicios, no se tarda en-

tonces en descubrir que no hay ninguna que no contenga alguna verdad importante, y que algunas se hallan dotadas de singular belleza, por más que, tanto esas verdades como esa belleza se encuentren en monstruoso consorcio con las prácticas religiosas más absurdas.

Tampoco debemos olvidar que nunca vemos en la práctica las teorías religiosas, tal como las propagó el fundador. Cuando una verdad está próxima á difundirse por la tierra, las inteligencias superiores son las primeras en reconocerla; á semejanza de lo que sucede con los rayos del sol, que hieren primero las cimas de los montes, antes de bajar á las llanuras y á los pueblos. A esas eminencias más ó menos elevadas pertenecieron los fundadores de las religiones; y precisamente por la elevación en que se hallaban respecto de sus contemporáneos, sus teo-

rías mal comprendidas y apreciadas por el pueblo, tuvieron que ser *materializadas* y ajustadas á las exigencias groseras del vulgo; como ha sucedido siempre, sin exceptuar las enseñanzas de Jesús, con toda teoría religiosa, la cual ha sido después desnaturalizada por su contacto con el mundo. Causa pena ver la teoría de Zoroastro, tan noble en el fondo, sucumbir agobiada por el politeísmo más grosero, y que los griegos, que representaron la divinidad con tanta belleza y poesía, hasta el punto de que todavía inspiren y deleiten á nuestros artistas, no elevaran, sin embargo, ese concepto más allá de la perfección física, y tuvieran dioses glotones, borrachos y ladrones. Causa pena ver que el budismo, que enseñó 500 años antes de la aparición de Jesús, la idea del deber no restringida á los estrechos límites de una casa, de una ciudad

ó de un pueblo, sino extendida al género humano entero, se halle actualmente en oposición con las enseñanzas del fundador, transformado en el paganismo más grosero, y sobrecargado de ceremonias y exterioridades absurdas. Hasta el mismo Buda que prescindió de Dios, se halla hoy convertido en Dios; y sus adeptos tienen una especie de papa en el Thibet, que ellos creen su encarnación. El budismo se halla hoy desconocido por la multitud de innovaciones que en el trascurso del tiempo ha sufrido; en él se ven hoy imágenes milagrosas, frailes ascetas, conventos, el rosario y otras mil prácticas absurdas que causan sorpresa y pena.

Pero todas estas manchas no deben hacernos olvidar, lo que en el fondo de esta religión se contiene de verdad y de bondad. Debemos recordar que son los

esfuerzos hechos por el hombre para acercarse á su creador.

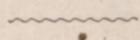
Hacemos nuestras las nobles palabras que sobre esto dice M. Müller:

«Si creemos que hay un Dios que ha
»creado el cielo y la tierra, y que go-
»bierna el mundo con su bondadosa pro-
»videncia, no podemos admitir que milla-
»res de seres humanos, creados como
»nosotros á imagen de Dios, fuesen en
»aquellos tiempos de ignorancia, abando-
»nados hasta el punto que toda su re-
»ligión no fuese más que pura falsedad,
»todo su culto una comedia, y toda su
»vida una serie de desatinos. Un estu-
»dio racional é independiente de las re-
»ligiones del mundo, nos mostrará que
»no ha sido así, y nos enseñará lo mis-
»mo que enseñaba San Agustín, á sa-
»ber, que no hay religión que no con-
»tenga alguna parte de verdad; nos en-

»señará aún más, nos enseñará á reco-
»nocer en la historia de las religiones
»antiguas, más claramente que en ringu-
»na otra parte, la educación divina del
»género humano.»

CAPÍTULO III

GRUPO MONOTEÍSTA



I

HEBREOS

Los documentos nacionales del pueblo hebreo se hallan contenidos en los libros del *Antiguos Testamento*, que unidos á los del *Nuevo Testamento*, componen la Biblia. Esta denominación es cristiana, pues los judíos llamaban á la colección de sus escrituras sagradas, *La ley y los profetas*, comprendiendo la ley los cinco libros de Moisés, y los profetas los demás.

Las leyendas referentes al nacimiento de Moisés y á sus milagros, no las consi-

deramos pertenecientes á la historia, y las pasamos en silencio, y nos fijaremos someramente, porque la índole de este escrito no permite otra cosa, en su legislación.

Esta descansaba en dos principios fundamentales, el uno religioso y el otro religioso y político. El primero de estos principios era adorar á *Jehováh*, como *Dios único y verdadero*; y por lo tanto se excluía y condenaba todo politeísmo é idolatría. Esto último está clara y terminantemente expresado en el segundo mandamiento que dice: «No harás para tí obra »de escultura, ni figura alguna de lo que »hay arriba en el cielo, ni de lo que hay »abajo en la tierra, ni de las cosas que »están en las aguas debajo de la tierra.

»No las adorarás ni las dará culto; por- »que yo soy el señor tu Dios.» (Exodo XX; 4. 5.)

No enseñan, pues, íntegros los mandamientos de la ley de Dios, cuando, como sucede en nuestros catecismos, se reduce el segundo mandamiento á la frase: «*no jurar su santo nombre en vano.*»

El segundo principio fundamental de la ley mosaica va encaminado á que los israelitas se abstengan de toda comunicación con otras naciones, acaso porque Moisés considerase la población israelita suficiente para la extensión de tierra que se le había asignado.

En los primeros capítulos del Génesis encontramos la narración del diluvio y las tradiciones referentes á la vida de los patriarcas, los cuales vivieron de 900 á 600 años.

El monoteísmo de los patriarcas consistía en la adoración de un Dios único llamado el fuerte, *El Shaddai*. No se puede razonablemente negar que la unidad

de Dios se manifestó en el pueblo hebreo con más claridad que en ningún otro; pero no fué patrimonio exclusivo suyo, ni estuvo completamente exenta de politeísmo, como lo prueba el terrible culto á Baal, á Moloch y al Becerro de oro, que, apesar de la vigorosa resistencia que opusieron los profetas, se mantuvo, sin embargo, largo tiempo en el pueblo hebreo. Y esto se explica: la condición social de los hebreos era todavía semi-bárbara, como lo era en general la de los pueblos de aquella época, y esto no les permitía elevarse todavía al concepto de un Dios absoluto. De aquí que necesitaran para el culto, objetos *visibles* que pudieran satisfacer su credulidad.

El gran mérito de Moisés estriba en haber elevado el monoteísmo de los patriarcas de tal modo, que no pudo jamás confundirse con el politeísmo. Antes

de él, el Dios llamado *El Fuerte* (el Shadai) ó el Señor (Adonái) eran susceptibles de ser representados por medio de imágenes; pero desde que él enseñara á adorar á *Jehová*, *El que es*, es decir, *El Eterno*, estas representaciones fueron imposibles; y únicamente volviendo á las ideas más groseras de la divinidad, pudieron los judíos caer en la idolatría.

El mosaísmo no conoció *diablo* alguno: el mal provenía de un acto de la voluntad del hombre, si bien la *tentación* venía á veces de Dios (Jehóva) con el fin de probar al hombre. En el libro de Job es donde por primera vez aparece Satanás; y según Scherr el espíritu todo que informa á este magnífico poema, demuestra su origen posterior al cautiverio de los judíos en Babilonia, acontecimiento que los puso en contacto con los persas y otros pueblos del oriente, de donde ellos

tomaron la doctrina acerca del diablo. Posteriormente se introdujo igualmente en el judaísmo la doctrina de la vida futura que no hallamos en el mosaísmo. Este puede considerarse como la *religión de la vida terrestre, porque nada enseña respecto de la otra vida ni acerca de las penas después de la muerte.*

La figura de Moisés es de las más notables de la historia. La misión que él se creyó llamado á cumplir fué á la vez religiosa y política. Aspiró á reunir las tribus de Israel, agrupaciones bárbaras y desmoralizadas, para hacer de ellas un pueblo, cuyo vínculo común fuera el culto á un solo Dios. Murió antes de ver realizado todo esto: pero dejó trazado el camino que había de conducir á ese fin, y preparó un núcleo de israelitas dispuestos á llevar á cabo ese pensamiento.

Conducidos por Josué se establecieron

los israelitas victoriosamente en la tierra de Canaán, (nombre bíblico de la Palestina) que habitaban tribus de la misma raza las unas, puesto que descendían también de Abraham, y las otras de distinta procedencia, aunque pertenecientes al tronco semítico.

La historia del pueblo hebreo bajo la dirección de Josué, de Samuel y por último, de los reyes David y Salomón hasta su cautividad por los asirios y caldeos, fué una serie no interrumpida de guerras y de crímenes, cuyo relato no pertenece á una reseña tan breve como la presente.

La cautividad de Babilonia, que tuvo lugar aproximadamente unos 600 años antes de Jesús, hizo del resto del pueblo hebreo un pueblo nuevo: el pueblo *judío*. Éste adoptó definitivamente por religión

el monoteísmo de Moisés, pero enlazándolo con otras creencias que habían tomado de los persas y que ya hemos indicado; de aquí nació el llamado propiamente *judaísmo*. Los judíos conservaron el sacerdocio y el culto levítico conforme á la ley de Moisés; pero trajeron del destierro las *sinagogas*, ó sean lugares donde se reunían para orar y meditar. Con el fin de estrechar más el lazo común de la fé, coleccionaron los escritos religiosos históricos del Israel antiguo, que son los que forman hoy el *Antiguo Testamento*; porque si bien existían libros religiosos antes de la cautividad, éstos se hallaban dispersos, y ni tenían autoridad suficiente, ni contenían nada fijo. Esta colección puede dividirse en tres secciones.

1.^a *La Ley*, que contiene los cinco libros atribuidos á Moisés: el *Génesis*,

Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

2.^a *Los profetas* que contiene: *Josué, Jueces, Samuel, los Reyes*, y los escritos de todos los profetas.

3.^a *Los Hagiografos*, (ó libros sagrados) y destinados á la edificación: los *Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Ruth Esther*, etc.

La institución de las sinagogas, la colección de los libros sagrados de Israel y la necesidad de explicarlos al pueblo, dieron por resultado la formación de una clase de hombres, que sin ser precisamente sacerdotes, se ocupaban, sin embargo, de los asuntos religiosos y llegaron á adquirir mucho influjo sobre el pueblo. Esta clase de personas fueron los *Escribas*.

Debido á otras circunstancias se formaron igualmente otras tendencias ó partidos, como por ejemplo, el de los *Fari-*

seos, que se distinguían por la severa observancia de la ley; los *Saduceos* sus adversarios y los *Esenios*. Éstos, aunque apartados de la sociedad, no dejaban por eso de influir en ella.

La vida del pueblo judío, como la del hebreo, fué siempre muy agitada y desgraciada; siguió la suerte del imperio persa, cuando las conquistas del gran Alejandro; fué más tarde sometido por los Tolomeos de Egipto y por los Seleucidas de Siria, y vino, por último, á depender de Roma. Estas continuas desgracias nacionales hicieron que el pueblo se entregara con tanta más voluntad á los ensueños de un porvenir feliz, y enardecieran las *esperanzas mesiánicas*, en las que entraba por algo también el orgullo nacional. Creían los judíos que en el momento que Dios juzgase oportuno, aparecería el *Mesias*, descendiente de David,

y echaría por tierra los poderes opresores y conduciría al pueblo elegido al dominio del mundo entero.

En este estado y dependiendo de Roma, se hallaba el pueblo judío, cuando Jesús vino al mundo.

II

CONSIDERACIONES

SOBRE EL ANTIGUO TESTAMENTO

El prurito de considerar verdad todo el contenido de la Biblia, única y exclusivamente por hallarse en la Biblia, hace á la religión grave daño: muchas inteligencias se apartan del cristianismo cuando se ven obligadas á creer lo que la razón y la ciencia han demostrado erróneo; y esas inteligencias cooperarían sin

esa intolerancia á la propagación y prestigio del cristianismo.

Los que no ven, por ejemplo, en las leyes de Moisés nada más que bondad y sabiduría suprema, por el hecho de estar en la Biblia, deben admitir que en materia de moral y de ciencia no hay nada superior á ellas; y así lo creen, en efecto, los que de ortodoxos se precian.

Mas entonces ¿cómo se explica que Moisés, reformador y educador del pueblo, permitiera la poligamia? (Véase Exodo capit. XXI; 9, 10. Leví. XVIII; 18. Deuter. XXI; 15, 17.) ¿Cómo comprender que permaneciera indiferente ante la posición social que ocupara la mujer y ante la monstruosidad de la esclavitud?

Citemos otro ejemplo. El libro del *Genesis* contiene las tradiciones hebreas que se remontan hasta la creación del mundo y del hombre. La cosmogonía de este

libro es la que sirve de base á la adoptada por la iglesia cristiana.

Respecto del universo dice el libro que fué creado hace unos 6000 años, (según el P. Petavio) en seis días por la voluntad de Dios, y da á entender que la tierra es la parte principal y se halla fija en el centro, que la tierra es una llanura inmensa, que cubre una bóveda celeste donde flotan girando en torno de ella, el sol, la luna y las demás estrellas para darle luz. Respecto del origen del hombre dice que Dios lo formó de barro, introduciéndole por las narices el aliento de la vida; que para darle una compañera, le sumergió en un profundo sueño, y formó la mujer de una de sus costillas, colocando á ambos en un jardín delicioso llamado Edén (paraiso) y que ambos fueron creados puros de pecado, hasta que la serpiente los tentó, etc.

No hemos de juzgar con menos benevolencia estas respetables tradiciones hebreas, que hemos juzgado la religión de Brama, de Zoroastro ó de Buda; léjos de esto, nos maravilla el ingenio con que explican el universo, y aunque no concuerden con el estado actual de nuestros conocimientos, no dejan de ser por eso para nosotros menos venerables. Pero ¿por qué aferrarse en considerar esto como historia *real y verdadera*, cuando se ha demostrado ya hasta la evidencia que no lo es?

La ciencia enseña sobre estos dos puntos lo siguiente: Respecto del universo afirma, que vivimos bajo el imperio de la ley, y que desde el más pequeño átomo hasta la multitud de mundos que pueblan v forman el universo, se componen de materias que obedecen á leyes necesarias é inmutables; que entre esos millones de soles y de constelaciones que flotan en

los abismos del espacio infinito, el pequeñísimo grupo de astros que mejor podemos observar, por hallarse relativamente cerca de nosotros, forma un sistema planetario, del cual la tierra, patria del hombre, es uno de ellos, y no el mayor y principal, que ésta no se halla fija en el centro de ese sistema, sino que gira con sus demás compañeros en torno del sol, y que la tierra no es plana, sino redonda.

Los geólogos han leído en las rocas y capas superficiales de la tierra, la historia de su formación; y tanto aquéllas como los restos fósiles de seres orgánicos, muestran con evidencia los vestigios de los grandes cataclismos por los que la tierra ha tenido que pasar antes de llegar á su estado actual; y demuestran igualmente que nuestro planeta, como la aparición del hombre, son infinitamente más antiguos que los 6.000 años de que nos habla nuestra teoría

religiosa, y se estampa todavía en todos nuestros almanaques.

Respecto del origen del hombre, concuerda la ciencia con el Génesis, en que esta aparición fué posterior á las transformaciones verificadas en la tierra, tales como la formación de mares y continentes, vegetación y animales; pero difiere de la cosmogonía mosaica en que parece sostener, apoyando esta afirmación en los hechos, que en todas partes la vida del hombre empezó por el estado animal, y gradualmente entró aquél en posesión de sus facultades humanas. En todas las regiones del globo donde existen todavía restos de esa vida primitiva, descubrimos hordas asquerosas y groseras, en lucha con la intemperie, el hambre y las fieras. La vida del individuo, que es en miniatura la vida de la humanidad, empieza también por una vida animal ó puramente instintiva.

Supérfluo nos parece recordemos aquí, que la teoría de Darwin sobre el origen simio del hombre, no significa en manera alguna que el hombre no sea obra de Dios, como supone tanta persona culta que debiera estar mejor informada. Esta teoría trata únicamente de explicar, cómo mediante una serie evolucionaria de transformaciones, se une lo que parecía completamente separado y distante. Confesamos ingénuamente que no comprendemos que estas divergencias entre las teorías científicas respecto del universo y del hombre, y las contenidas en la Biblia, puedan perjudicar la religión, si se tienen ideas exactas de lo que expresan las palabras *ciencia* y *religión*, y de la esfera de acción de cada una de ellas. Por eso empezamos estas NOCIONES Y COMENTARIOS DE HISTORIA GENERAL RELIGIOSA, por fijar el significado de estas palabras. Sin em-

bargo de esto, vamos á transcribir aquí la definición que de la ciencia hace Herbert Spencer en su libro titulado los *Primeros Principios*:

«¿Qué es, pues, la ciencia? Para mostrar
»hasta qué punto es absurda toda pre-
»ocupación contra ella, nos bastará notar
»que la ciencia no es sino un desarrollo
»metódico y de un grado superior del co-
»nocimiento vulgar, y por tanto, quien la
»rechace debe rechazar también todo co-
»nocimiento.

»El hombre más timorato nada malo
»verá en observar que el sol sale más tem-
»prano y se pone más tarde en verano
»que en invierno, antes bien, juzgará muy
»útil esa observación para las tareas cuo-
»tidianas. Pues bien, la astronomía no es
»sino un sistema de observaciones seme-
»jantes, hechas con mayor profundidad y
»sobre mayor número de objetos, y ana-

»lizadas hasta haber deducido de ellas la
»disposición real del cielo y rectificado las
»falsas ideas que de él teníamos. El hie-
»rro se oxida, el fuego quema, la carne
»muerta se pudre; hé aquí nociones que
»el más fanático sectario oirá sin alar-
»marse y juzgará bueno saber, pues és-
»tas no son sino verdades químicas. La
»química es un caudal coordinado de co-
»nocimientos de hechos semejantes, com-
»probados con precisión y clasificados y
»generalizados de manera que pueda pre-
»decirse qué cambios sufrirá tal ó cual
»cuerpo simple ó compuesto, en condicio-
»nes dadas.»

Tampoco se nos alcanza que estas di-
vergencias de teorías sobre el universo in-
fluyan en poco ni en mucho en nuestra
conducta moral, que es lo que principal-
mente caracteriza á la religión; porque sin
esa influencia en nuestra conducta, la re-

ligión no sería religión sino una simple teoría filosófica que podrá hallar prosélitos en determinados hombres, pero no revestir el carácter universal de una doctrina que interesa el corazón y la conciencia de todos los seres humanos. ¿Dejará el hombre de sentir compasión por el que sufre ó es desgraciado y de sentir deseos de aliviar su desgracia, si en vez de creer que está en el universo según el Génesis, cree que la tierra gira al rededor del sol? ¿En qué perjudica al sentimiento religioso la creencia en la evolución, y en qué lo beneficia negándola? ¿Están opuestas esas teorías al mandato «Amaos los unos á los otros, y sed perfectos como nuestro padre celestial es perfecto»?

Explicamos también al comenzar este manual el sentido de la palabra religión, y vimos que la religión es la expresión

de un fenómeno interno y de una necesidad innata en el corazón del hombre, y designa el vínculo que une á éste con lo absoluto é influye en su naturaleza moral; pero lo que se olvida siempre que se habla de antagonismo entre estos órdenes de conocimientos, son sus esferas respectivas. El dominio de la ciencia no alcanza más allá de los límites de lo visible, de lo *cognoscible*; y no sólo no puede satisfacer cumplidamente nuestra facultad de pensar, sino que es *estéril* como consuelo para las asperezas y amarguras de la vida. Más allá de estos límites de lo cognoscible, empieza el de la religión, cuya misión no es instruir, sino educar y consolar; y ni una ni otra deben invadir el terreno fuera de su dominio. Como ambas tienen fundamento *real* y *positivo*, debe haber entre ellas armonía, pues no puede haber dos órdenes

de verdades en oposición perpetua y absoluta; y por eso ni la ciencia *verdadera*, ni la religión *verdadera*, tienen nada que temer de la verdad.

¿Sería justo calificar de ateo al botánico que nos explicase cómo de una simple semilla depositada en el seno de la tierra nace el tallo, las hojas y la flor? ¿El explicar el mecanismo de un reloj, significa que la máquina se ha hecho sola, sin intervención de artífice?

Nosotros no vacilamos en afirmar que aquél que, llevado de su deseo de hallar la verdad, se engolfa en el estudio de la naturaleza, que es la obra de Dios, aunque considere fábula mucho de lo que contiene la Biblia, demuestra más fé en Dios, adquiere de él una idea más alta, y le tributa mayor veneración, que el ortodoxo, que en medio de tanta maravilla como le rodea, las contempla sin cu-

riosidad é indiferente, y basta á satisfacer su necesidad religiosa la observancia escrupulosa de prácticas exteriores ó la fé ciega en un dogmatismo, que en nada se relaciona con el gobierno de nuestra vida.

Por lo demás, los judíos más ortodoxos consideraban los libros de Moisés, no como los libros escritos *por* Moisés, sino como los que hablaban *de* Moisés; como el libro de Job no significa el libro escrito por Job, sino el que contiene la historia de Job. (*M. Müller*).

III

ESTADO SOCIAL É INTELECTUAL DEL MUNDO EN TIEMPO DE JESÚS

Para poder apreciar debidamente la obra de Jesús, es necesario conocer no sólo el

estado del pueblo judío y el carácter de las religiones antiguas, sino también el estado social é intelectual del mundo conocido en aquel tiempo. Veamos cual era éste.

Roma había extendido su dominación é influencia sobre todos los países de Europa, norte de Africa y la parte occidental de Asia. Esta circunstancia en alto grado favorable á la comunicación de los diferentes pueblos del imperio, al fomento del comercio y á la circulación de las ideas, fué perjudicial á las antiguas creencias y á la fé en los dioses. El pagano exigía de sus dioses á cambio del culto que les tributaba, salud, prosperidad y felicidad para él y su familia; pero cuando vió que la protección de sus dioses era impotente para librarlo de la invasión de pueblos enemigos é impedir que gimiese bajo el férreo yugo de sus

conquistadores, su fé en la superioridad de sus dioses debió forzosamente debilitarse. A esta causa de descreimiento en el pueblo debemos señalar la que nacía del culto que por orden superior debían dar á los emperadores romanos. Estos, que no eran ciertamente modelos de virtud, ordenaron que se les considerase como dioses, y que como á tales se les diera culto. Los edictos de Domiciano empezaban así: «Como Señor y Dios ordeno.» (Scherr, *Historia de las Religiones*).

Cicerón dijo en una ocasión, al referirse á este descreimiento popular, «*que no se encontraba ya ni siquiera una vieja que creyera en el Eliseo y en el Tártaro.*» Por otra parte, en las clases altas ilustradas los atractivos de la poesía y de las obras filosóficas iban reemplazando hasta cierto punto esa aspiración humana hacia el ideal, que no alcanzaba

á satisfacer ya un sentimiento religioso tan debilitado, ni concepciones religiosas tan groseras, y algunas inteligencias superiores se sintieron atraídas por las ideas monoteístas. Además, algunas obras que, como las de Luciano de Somosata, combatían el antropomorfismo y las contradicciones de las religiones del pueblo, ó como la de Euhemeros, que tradujo Ennius, y en la que trataba de demostrar que los dioses no habían sido sino hombres elevados al rango de dioses por las leyendas ó tradiciones, no dejaban de fomentar y de favorecer esta tendencia al monoteísmo, ó cuando menos á una reforma religiosa. Favorecía igualmente dicha tendencia la relajación de las costumbres, que á tal punto había llegado, que las inteligencias superiores palpaban la necesidad urgente de un cambio profundo en la sociedad, si ésta no había de marchar á su ruina.

La fé religiosa, aun siendo grosera, sirve siempre de freno á las masas; pero en la época de Augusto los pueblos no sólo no creían en la religión, sino tampoco en la virtud. El dominio del mundo que coronó de gloria militar á los romanos, fué funesto para ellos y para los pueblos conquistados, desde el punto de vista de la moralidad. El rico botín de las guerras los movía á excesos desenfrenados, aumentaba la desigualdad en la distribución de una riqueza que no era producto del trabajo; el lujo y el afán por disfrutar no conocía límites, y no era ciertamente la esclavitud la más apropiada para atenuar esta depravación.

En la misma patria de Jesús, *en Palestina*, el estado de las costumbres no era mejor. Multitud de aventureros vagaban por los campos viviendo del robo y del asesinato, y aunque se disfrazaban con

el nombre de facciosos, no eran sino bandidos. Las autoridades, impotentes para extirparlos, los toleraban mediante el pago de una contribución, y hasta solicitaban en tiempos de guerra su concurso, dándoles el nombre de *Zelotes*.

Parecería natural que semejante estado social fuese incompatible con toda clase de vida intelectual, y así sucedía, en efecto; pues si consideramos la ciencia *positiva*, es decir, los conocimientos *positivos* y *exactos*, vemos que se reducían, respecto de la *astronomía*, á la indicación de Thales acerca de los solsticios y equinoccios; á la de Pitágoras de que la tierra se movía, y á la de Aristóteles de que era redonda; en *Mecánica*, al descubrimiento de la palanca por Arquímedes, y en *Biología* á la fundación de la *Zoología* por el ya citado Aristóteles, y á la afirmación de Hipócrates de que la

enfermedad no era un castigo de los dioses, sino consecuencia de otras causas, y que por lo tanto, valía más estudiar la causa de la enfermedad que mandar ofrendas al templo de Esculapio. Si eran escasos los conocimientos de la naturaleza, en cambio no sucedía lo mismo respecto del arte y de la especulación, que pueden prevalecer y hasta suelen ser compañeros inseparables de la riqueza y de la vida contemplativa. Así se explica que en medio de una ignorancia general y de un estado de semi-barbarie, (pues la guerra era casi el estado normal) florecieran artistas como Fidias, poetas como Esquilo, Sófocles, Eurípides, Virgilio y Horacio, y filósofos como Sócrates, Platón y Aristóteles, y los fundadores de las grandes religiones antiguas, que acabamos de reseñar. Aunque tratándose de conocimientos *reales* y *positivos* no sea la especulación

una base firme y sólida, no merece el descrédito en que se la tiene en nuestros tiempos; puesto que hay que reconocer que la filosofía antigua cooperó al progreso moral é intelectual del género humano preparando, hasta cierto punto, los espíritus para recibir las enseñanzas de Jesús, y viniendo á ser como los albores del monoteísmo religioso, tal como lo predicó Jesús. Xenofanes afirmaba, por ejemplo, que la *divinidad era una y todo* y se oponía enérgicamente al antropomorfismo de la religión de su patria. Sócrates, que combatía las argucias de los sofistas y escépticos, concebía la divinidad como «*la razón eterna y omnisciente, que habia formado el mundo visible, armónico y lógico, á fin de que el alma humana pudiera hallar la felicidad.*» De Sócrates dice un escritor, que no aspiró á explicar la existencia del uni-

verso, sino á hallar la luz que había de alumbrar su senda á través de éste. Plátón consideraba la divinidad como «*la suprema perfección del bien, la causa consciente de cuanto existe.*» Aristóteles la consideraba como «*el espíritu absoluto que todo lo anima, mientras él permanece tranquilo y eterno*»; y la escuela estóica fundada por Zenón, «*un conjunto de materia y fuerza inseparable la una de la otra, como lo es el alma del cuerpo.*»

Según se vé, las teorías de estos grandes pensadores iban acercando la humanidad al ideal verdadero de perfección religiosa y moral, que había de completar y de personificar pronto Jesús.

La escuela estóica se fijó principalmente en la moral. Hé aquí lo que acerca de dicha escuela dice G. H. Lewes, en su *Historia de la filosofía*:

«Alarmado Zenón tanto como Epicuro,
»ante el creciente escepticismo que pare-
»ce ser el fruto inevitable de las especu-
»laciones puramente metafísicas, fijaron
»la atención con preferencia en la moral,
»imaginando que de esta suerte su filo-
»sofía sería eminentemente práctica, por
»la estrecha relación de ésta con la vida
»diaria. El filósofo que aspire á conseguir
»esto, no debe hacer del placer el objeto
»de su estudio, sino de la virtud, la cual
»no consiste en una vida puramente con-
»templativa, sino en la actividad. ¿Qué
»otra cosa significa la palabra virtud sino
»virilidad? ¿No son los atributos humanos
»los de un ser activo y reflexivo á la
»vez? ¿Cómo entonces habría de llamarse
»virtud lo que excluyera la actividad? El
»hombre ¡oh Platón, oh Aristóteles! no
»fué creado para la especulación única-
»mente, ni es la sabiduría su único fin,

»ni tampoco lo es el placer ¡oh Epicuro!
»El fin único que debe perseguir, su des-
»tino, es la *actividad*, el elevarse. Aun-
»que la filosofía sea de gran valor, no lo
»puede ser todo; aunque el placer no sea
»despreciable, no puede nunca constituir
»el objeto exclusivo de la autoridad del
»hombre; y por lo tanto, el fin de nues-
»tra existencia no lo constituye la ciencia
»ni los goces, sino la *virtud*. Ser virtuoso
»es realizar los fines de la virilidad. No
»negamos que la filosofía pueda acercar-
»nos á esos fines y acaso también el pla-
»cer; pero estos medios serán siempre se-
»cundarios.»

Antes del cristianismo podía observarse con frecuencia que la moral y la religión eran dos conceptos, no sólo independientes uno del otro, sino hasta sin relación alguna entre sí. Es evidente, por ejemplo, que no hay medio de enlazar con el cul-

to á los fetiques, los deberes más elementales de la moralidad, como el de decir la verdad, el amar al prójimo, etc. Es igualmente claro que no son compatibles con el concepto de la moral los sangrientos sacrificios de muchas religiones, ni preceptos como el de matar á sus padres cuando fueren viejos. Los dioses de la Grecia no conocían la moral, y hasta los mismos hebreos y judíos, tan celosos del monoteísmo, no debían preocuparse mucho de ella; pues vemos que Jefe creyó ser agradable á Dios sacrificando brutalmente á su propia hija; que Samuel ordenó á Saul que sacrificara á los amalecitas con todo cuanto tenían, mujeres, niños, ganados; que David se entregaba á todo género de atrocidades. Y es que el destino del hombre es no adelantar en nada sin penosos trabajos y dolores; y el progreso moral é intelectual, como el de

la civilización entera en sus demás aspectos, tuvo que ascender por evoluciones difíciles y graduales, del concepto *grosero* á otro más racional y puro. Tal era, aproximadamente y á grandes rasgos, el estado del espíritu humano en el movimiento ascendente cuando apareció Jesús.

IV

JESÚS

Las noticias que tenemos de los primeros años de la vida de Jesús son muy oscuras. No se sabe más sino que vivió en Nazareth ejerciendo, como su padre, el oficio de carpintero. (Marc. VI. 3.) Según el evangelio de San Juan, VII, 5 tuvo varios hermanos y hermanas, que no creían en la misión á la que Jesús se sentía llamado.

La vida de Jesús pasó ignorada hasta la edad de los 30 años, cuando empezó su predicación. No era fácil que Jesús hubiera podido recibir en su juventud otra cultura que la que se daba en las sinagogas; pero su conocimiento del Antiguo Testamento indica que conocía el hebreo antiguo, idioma que á la sazón conocían únicamente los rabinos y profetas, porque el hebreo había dejado de ser el idioma del pueblo judío, que hablaba entonces el dialecto llamado *arameo*, que fué también el empleado por Jesús en su predicación. Convienen en el nacimiento milagroso de Jesús, los evangelistas Mateo y Lucas. Juan interpreta el suceso de una manera filosófica y Marcos empieza sencillamente su evangelio con la aparición de Juan Bautista. Seguiremos su ejemplo.

Sobre el año 30 de nuestra era, aproximadamente, Juan Bautista predicaba en

el desierto del Jordán la necesidad de arrepentirse de sus culpas y de prepararse á la venida del Mesías (el ungido de Dios.) Ya vimos que los contemporáneos de Jesús no sabían interpretar esta esperanza mesiánica más que de un modo material, representándose al Mesías como un rey poderoso del linage de David, que vendría á librarlos del insoportable yugo romano, bajo el cual gemían. Juan Bautista anunciaba que la llegada del Mesías no podía ya tardar, que debían estar preparados para ella, y el bautismo que practicaba era el símbolo de la regeneración. Jesús lo recibió también de manos de Juan Bautista, y después de un retiro breve en el desierto, comenzó la predicación del Evangelio del *Reino de Dios ó de los cielos*, que tal fué el nombre que dió á la obra que aspiraba á fundar, designación que castraba en el círculo de las esperanzas

mesiánicas de su pueblo, puesto que el Mesías no sólo debía librarlos del yugo extranjero, sino que había de fundar también el reino de Dios y reinar en su nombre; había de destruir igualmente los poderes opresores, y purificar el culto y la doctrina, y conducir al pueblo elegido á la conquista del resto del mundo. En el juicio universal se recompensaría luego á los buenos y se castigaría á los malos, y la justicia y la verdad reinarían entonces universalmente.

Si no hemos de igualarnos á los judíos, que no sabían interpretar las esperanzas mesiánicas más que en un sentido *material*, debemos suponer que por el *Reino de Dios* ó *de los cielos* entendía Jesús el estado de perfección moral á que debe elevarse la humanidad en general, y cada uno de nosotros individualmente, mediante el móvil del amor á Dios,

nuestro Padre celestial, y á nuestros hermanos, los demás hombres; y que por lo tanto, Jesús hacía del amor, es decir, de la *caridad*, la base de su doctrina. En vez de reseñar aquí cual fué su doctrina, preferimos citar las mismas palabras de Jesús, á fin de que el lector juzgue por sí mismo, sin perjuicio de hacer luego algunas reflexiones sobre ella.

V

DOCTRINA DE JESÚS

Evangelio según Mateo. Cap. V. 3 á 11.

«Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos.

«Bienaventurados los que lloran; porque ellos serán consolados.

»Bienaventurados los mansos; porque
»ellos recibirán la tierra por heredad.

»Bienaventurados los que tienen ham-
»bre y sed de justicia; porque ellos serán
»hartos.

»Bienaventurados los misericordiosos;
»porque ellos alcanzarán misericordia.

»Bienaventurados los limpios de cora-
»zón; porque ellos verán á Dios.

»Bienaventurados los que padecen per-
»secuciones por causa de la justicia; por-
»que de ellos es el reino de los cielos.»

Mateo V; 17. No penséis que he venido
»para abrogar la ley y los Profetas: no
»he venido para abrogar, sino á cum-
»plir, etc.

Mat. V; 21 á 24. Oisteis que fué dicho á
»los antiguos: No matarás; más cualquie-
»ra que matare será culpado de juicio.
»Mas yo os digo, que cualquiera se eno-
»jare locamente con su hermano será cul-

»pado de juicio: y cualquiera que dijere
»á su hermano: *Raca*, será culpado del
»concejo; y cualquiera que dijese: *fatuó*,
»será culpado del infierno del fuego. Por
»tanto, si trajeses tu ofrenda al altar y
»allí te acordases que tu hermano tiene
»algo contra tí, deja allí tu presente y ve-
»te; vuelve en amistad con tu hermano
»y entonces ofrece tu presente.»

Mat. V. 27, 28. Oisteis que fué dicho: No
»adulterarás: Mas yo os digo que cual-
»quiera que mira la mujer para codiciar-
»la, ya adulteró con ella, en su corazón.»

Mat. V. 43 á 48. Oisteis que fué dicho: Ama-
»rás á tu prójimo y aborrecerás á tu ene-
»migo: Mas yo os digo: Amad á vuestros
»enemigos, bendecid á los que os maldi-
»cen, haced bien á los que os aborrecen,
»y orad por los que os ultrajan y os per-
»siguen; para que seáis hijos de vuestro
»Padre que está en los cielos, que hace

»que su sol salga sobre malos y buenos
»y llueva sobre justos é injustos. Porque
»si amáis á los que os aman, ¿qué re-
»compensa tendréis? ¿no hacen también
»lo mismo los publicanos? Y si abraza-
»reis á vuestros hermanos solamente, ¿qué
»hacéis de más? ¿No hacen así también
»los Gentiles? Sed, pues, vosotros perfec-
»tos como vuestro Padre que está en los
»cielos.

Mat. VI. 1 á 13. Mirad, no hagáis vuestra
»justicia delante de los hombres para ser
»vistos de ellos; de otra manera no ten-
»dréis merced de vuestro Padre que está
»en los cielos. Cuando, pues, hagas limos-
»na, no hagas tocar la trompeta delante
»de tí, como hacen los hipócritas en las
»sinagogas y en las plazas, para ser esti-
»mados de los hombres: de cierto os di-
»go, que ya tienen su recompensa.

»Mas cuando tú hagas limosna, no se-

»pa tu izquierda lo que hace tu derecha,
»para que sea tu limosna en secreto, y
»tu Padre que vé en lo secreto, él te re-
»compensará en público.

»Y cuando orares, no seas como los
»hipócritas que aman el orar en las si-
»nagogas y en los cantones de las calles
»en pié para ser vistos de los hombres:
»de cierto os digo que ya tienen su pa-
»go. Mas tú cuando orares, éntrate en tu
»apósito y cerrada la puerta, ora á tu
»Padre en secreto, y tu Padre que vé en
lo secreto te recompensará.

»Vosotros pues oraréis así: Padre nues-
»tro que estás en los cielos. etc. etc.

Mat. VI. 24 á 27. Ninguno puede servir á
»dos señores; porque ó aborrecerá al uno
»y amará al otro; ó se llegará al uno y
»menospreciará al otro. No podéis servir á
»Dios y á Mammón. Por tanto os digo:
»no os congojéis por vuestra vida, qué

»habéis de comer ó qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir: ¿no es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfolíes y nuestro Padre celestial las alimenta: ¿no sois vosotros mucho mejores que ellas?»

Séanos lícito llamar aquí la atención del lector hacia el peligro de interpretar equivocadamente las exhortaciones de Jesús cuando se las toma al pié de la letra. Al recomendar Jesús á sus oyentes que no se preocuparan de las necesidades del cuerpo, ni de los bienes terrestres, no cabe pensar que fuese su intención condenar que el hombre mire por su salud y trabaje por su subsistencia, puesto que ambas cosas constituyen un deber y son condiciones humanas; sino el inculcar la necesidad de vivir una vida más ele-

vada que la vegetativa diaria que el hombre tiene en común con el animal y con la planta; la necesidad de vivir una vida tal como corresponde á un ser racional y libre.

Permitásemos igualmente llamar la atención sobre las palabras de Jesús (Mat. V. 17): «*No penséis que he venido para abrogar la ley y los profetas, sino á cumplirla*». No lograríamos comprender bien el lugar del cristianismo en la historia, sin tener presente que su fundador nació, vivió y murió como judío: muchas de sus parábolas proceden, según algunos críticos, no sólo del *Antiguo Testamento*, sino también del *Talmud*.

Mat. VII. 7 á 12. Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; »porque cualquiera que pide, recibe; y el »que busca halla; y al que llama, se abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros á quien

»si su hijo pidiere pan, le dará una pie-
»dra? y ¿si le pidiere un pez, le dará
»una serpiente? Pues si vosotros, siendo
»malos, sabéis dar buenas dádivas á vues-
»tros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre
»que está en los cielos, dará buenas co-
»sas á los que le piden? Así que todas
»las cosas que quisierais que los hombres
»hicieran con vosotros, así también haced
»vosotros con ellos; porque esta es la ley
»y los profetas.

Mat. VII. 21. No todo el que me dice:
»Señor, Señor, entrará en el reino de los
»cielos, mas el que hiciere la voluntad de
»mi padre, que está en los cielos.

Mat. X. 16. Hé aquí yo os envío como
»ovejas en medio de lobos: sed prudentes
»como serpientes y sencillos como palo-
»mas.

Mat. X. 38. El que no toma su cruz y
»sigue en pos de mí, no es digno de mí.

Mat. XI. 28 á 30. Venid á mí todos los que
»estéis trabajados y cargados que yo os
»haré descansar. Llevad mi yugo sobre
»vosotros, y aprended de mí, que soy
»manso y humilde de corazón, y hallaréis
»descanso para vuestras almas. Porque
»mi yugo es fácil y mi carga ligera.

Mat. XII. 33. Ó haced el árbol bueno y
»su fruto será bueno; ó hacedlo malo y su
«fruto será malo; porque por el fruto es
»conocido el árbol.

Mat. XIII. 45. También el reino de los
»cielos es semejante al hombre tratante
»que busca buenas perlas, y que hallando
»una preciosa fué y vendió cuanto tenía
»y la compró.

Mat. XVIII. 1 á 4. En aquel tiempo se
»llegaron los discípulos á Jesús diciendo:
»¿Quién es el mayor en el reino de los
»cielos? Y llamando Jesús á un niño, le
»puso en medio de ellos y dijo: De cierto

»os digo, que si no os volviereis y fue-
»reis como niños, no entraréis en el rei-
»no de los cielos. Así que cualquiera que
»se humillare como este niño; ése es el
»mayor en el reino de los cielos.

Mat. XXV. 34 á 36. Entonces el Rey dirá á
»los que están á su derecha: Venid, ben-
»ditos de mi padre, heredad el reino pre-
»parado para vosotros desde la fundación
»del mundo. Porque tuve hambre y me
»disteis de comer; tuve sed y me disteis
»de beber; fui huesped y me recogisteis;
»desnudo y me vestisteis; enfermo y me
»visitasteis; estuve en la cárcel y venisteis
»á mí.

Mat. XXV. 41 á 44. Entonces dirá también
»á los que están á su izquierda: Apartaos
»de mí, malditos, al fuego eterno prepa-
»rado para el diablo y para sus ángeles;
»porque tuve hambre y no me disteis de
»comer; tuve sed, y no me disteis de be-

»ber; fuí huesped y no me recogisteis; desnudo y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.

Lucas XVII. 20, 21. Y preguntándole los fariseos, cuándo vendría el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con muestra exterior, ni dirán hélo aquí, porque el reino de Dios está dentro de vosotros.

Marcos XII. 30, 31. Amarás á Dios con todo tu corazón y á tu prójimo como á tí mismo. No hay otros mandamientos mayores que éstos.

Estas son las enseñanzas principales de Jesús, tal como salieron de sus labios; no todas á la verdad, pero sí las más culminantes y las que mejor caracterizan su doctrina, la que, como él ha dicho más de una vez, se halla resumida en este pensamiento: «*Amarás á Dios con todo tu corazón y á tu prójimo como á ti*

«*mismo*. El resto de los evangelios apenas contiene otra cosa que parábolas y exhortaciones. En toda su doctrina, como acabamos de ver, resplandece la compasión hacia el pobre ó hacia el que sufre y el más sincero amor al prójimo.

Para entrar en el reino de los cielos no exige sino condiciones puramente *piadosas* y *morales*; como *únicas* puertas para entrar en dicho reino, indica el hambre y la sed de justicia; el espíritu de misericordia, que da de beber al sediento y cubre al desnudo, que consuela al triste, se declara opuesto á toda exterioridad, quiere que cuando se da limosna, ignore la mano izquierda lo que hace la derecha, que cuando oremos entremos en nuestro aposento, y cerrada la puerta, pidamos á Dios en secreto lo que anhele nuestro corazón; en una palabra, es una religión *espiritual é interna*, separándose en esto

del espíritu *materialista* y *formalista* del judaísmo, y este carácter eminentemente humano es el que convierte el cristianismo de Jesús (no el posterior á él) en religión *universal*, es decir, que conviene á *todos* los hombres y á *todos* los tiempos y países.

VI

CONSIDERACIONES

SOBRE LA DOCTRINA DE JESÚS

Aunque Jesús apoya su doctrina sobre el terreno ya conquistado por el judaísmo, (unidad de Dios, vida futura y esperanza de un porvenir de justicia y de felicidad) se eleva sobre el horizonte estrecho de aquél, que exigía haber nacido judío para entrar en el reino.

Es lástima grande que las enseñanzas de Jesús hayan sido orales, y para colmo recogidas muchos años después de su muerte, porque dadas estas circunstancias, no es posible hayan dejado de sufrir alteraciones. ¡Nada menos que dos siglos! habían trascurrido desde la muerte de Jesús, y todavía no existía recopilada más que la parte principal del *Nuevo Testamento*; y sólo en el siglo IV se logró su constitución definitiva!. Pero sea cual fuere la opinión de los críticos y eruditos respecto del valor de estos libros, es lo cierto que no tenemos otros documentos mejores del cristianismo primitivo, y que ningún otro refleja mejor y más fielmente la doctrina de Jesús, y á ellos tiene que atenerse el que quiera conocerla.

No menos cierto es, que la doctrina de Jesús no contiene determinados *dogmas*, á los que dieron vida luego San Pablo,

San Juan y su desenvolvimiento posterior. Baste pensar en que las enseñanzas de Jesús fueron orales y no escritas, y que para exponerlas se sirvió de metáforas y parábolas, para comprender que cada cual había de interpretar éstas según sus condiciones intelectuales de instrucción, carácter, etc, etc. y que esto había de suceder, y sucedió hasta entre sus *mismos discipulos*; por ejemplo, Pablo enseña la doctrina de la predestinación, y Juan la doctrina del Verbo. Por otra parte, las circunstancias en las que se han recogido y redactado los libros del *Nuevo Testamento* hace difícil distinguir lo que haya sido exigencia de las ideas mesiánicas judías, de lo que *verdadera* y *realmente* sea doctrina de Jesús; pero desde luego sus palabras: «No penséis que he venido para abrogar la Ley y los Profetas, no he venido para abrogar, sino para cumplir»

y otros muchos pasages del *Nuevo Testamento* indican, que la intención de Jesús no fué nunca el abolir la Ley judía, sino cumplirla, reformándola; él no aspiró sino á enseñar el judaísmo más puro, declarando que el cumplimiento de las promesas nacionales estaba próximo, interpretando estas promesas de una manera *espiritual*, y presentándose como el Mesías. Su apoteósis ha nacido después en la Iglesia, y no hay datos suficientes para sostener que él mismo se creyera un Dios. Él se llamó *Hijo del hombre*, expresando así su comunidad de origen, y hasta rechazó con indignación el epíteto de bueno, (Mat. XIX. 17) en el sentido de hallarse libre de pecado; pero ¿puede subordinarse la sublimidad y verdad de su doctrina á la personalidad del fundador? ¿No es el valor de una obra científica ó artística independiente de los méritos de la

personalidad del autor? ¿Por qué no había entonces de ser la doctrina de Jesús inspiración, revelación divina, permaneciendo hombre Jesús? No solamente el valor del cristianismo es independiente de la divinidad de Jesús, sino que hasta elevamos la grandeza moral de éste considerándole como hombre. «Ver en Jesús un hombre y un »Dios á un tiempo, dice Alb. Reville, equi- »vale á pretender que es posible ser á un »tiempo creador y criatura, infinito y fi- »nito, omnisciente é ignorante, etc. y nin- »guna sutileza teológica logrará nunca »réconciliar tamañas contradicciones. Si la »grandeza de Jesús la constituye su per- »fección moral, es á condición que haya »triunfado de las flaquezas inherentes á la »condición humana; pero si fué concebido »milagrosamente ¿cómo mirar entonces una »virtud que nada le cuesta?»

Bien pueden aplicarse á esta cuestión

aquellas palabras de Strauss referentes á la redención, á saber: «Jesús no nos re-
»dimió con su muerte, sino con su doc-
»trina y su ejemplo, los que haciéndonos
»mejores, salvan del pecado y obran so-
»bre todos; el hombre fué perdonado, no
»por creer en el mérito de otro, sino por
»la firme voluntad de obrar siempre como
»manda el deber.»

Jesús vivió y murió en el círculo de las ideas de su tiempo y de su pueblo, aunque adelantándose á éstos infinitamente en el terreno moral y religioso; Jesús, empero, no lo sabía todo. (Marc. XIII 32.) La grandeza moral no implica esa instrucción, producto de vastos conocimientos científicos. Su misión no fué la de explicarnos los misterios de la existencia humana, ni la de explicarnos el universo y la sociedad; su misión fué la de fundar la religión *universal*, la de hacernos *mo-*

ralmente más perfectos, la de *consolar-nos de nuestras penas*, al persuadirnos que todos eramos hijos de un padre celestial; y este espíritu moral y de misericordia que informa su doctrina, ese concepto de la divinidad que no vé en esta sino al *Padre celestial* común á todas las criaturas, ese concepto tan profundo y sin embargo, asequible á todas las inteligencias cultas ó no cultivadas, es lo que convierte su doctrina (tal como salió de sus puros labios y no lo que de ésta han hecho los teólogos) en la religión del *corazón* y del *espíritu humano*, en religión *universal*, y eso es lo que interpone un abismo entre las religiones anteriores y la doctrina de Jesús.

Ya hemos visto que antes de Jesús predicaron otros fundadores de religiones una moral bastante elevada, que hicieron extensiva á todo el género humano; hemos

visto también que la filosofía griega aumentó el valor de esa moral, enalteciéndola á la importancia de principios morales, relacionados ya con el sentimiento del deber; pero toda esta sabiduría anterior á Jesús nada hizo porque desapareciera la esclavitud, nada porque la mujer recuperara socialmente el puesto que le corresponde; mientras que la doctrina de Jesús, concibiendo al hombre como hijo de Dios y á éste como Padre común de todas las criaturas, de Dios y no del Estado recibe su calidad de hombre, y ante un padre todos los hijos son iguales, todos son hermanos.

Pero ¿cuál fué la acogida que halló tan sublime doctrina? Por la descripción que del estado intelectual del mundo hicimos, al aparecer Jesús, vimos que la disposición de aquél, salvo determinadas *individualidades extraordinarias*, no estaba

todavía en sazón para que tan elevada doctrina pudiera prevalecer, y no lo estaba principalmente en Palestina. Los unos, incapaces de apreciar su valor, la acogieron con indiferencia, y otros más en aptitud para comprenderla, con hostilidad, porque perjudicaba sus personales intereses. Los fariseos y los escribas no podían simpatizar con una reforma que negaba el valor de las obras *exteriores* y quitaba la máscara á los hipócritas. Tampoco podía ser del agrado del elemento sacerdotal una doctrina que poniendo al hombre en comunicación directa con su creador, hacía inútil el sacerdocio; y el pueblo atraído en un principio por el espíritu misericordioso de esta doctrina, trabajado luego por esas influencias hostiles, concluyó por declararse en contra de Jesús, con ese fanatismo y falta de independencia intelectual propios de las masas ignorantes y vehementes.

En el trascurso de este bosquejo histórico hemos visto ya repetidas veces, que no basta que una verdad sea proclamada en la humanidad, para que sea aceptada generalmente. El éxito de toda opinión, aún el de la verdad, depende menos de la fuerza de sus argumentos, menos de su belleza y hasta de su evidencia, que de la disposición de la sociedad á aceptarla. En la época de Jesús el pueblo no se hallaba en aptitud para apreciar su doctrina, y éste formaba la inmensa mayoría, y la clase alta, los fariseos y escribas, etc. tenían interés en combatirla. En varios pasajes del evangelio, (por ejemplo, Marc. IX. 32) se dice de las palabras de Jesús, que sus mismos discípulos no siempre las comprendían; y esto se explica; distaban ellas tanto por su elevación y divina sencillez de los errores inveterados y tradicionales, que sin una larga y pe-

nosa preparación no pudieron comprenderlas, y no podía en el curso natural de las cosas suceder de otro modo. Haciendo alusión á esto dice Lamennais: «Este es el obstáculo mayor con que ha »tropezado el cristianismo, obstáculo que »no han logrado vencer todavía veinte »siglos; antes por el contrario, parecen haberlo hecho más insuperable. Porque si »por una parte no comprendemos mejor »que sus discípulos las palabras de Jesús, »por otra, la especie de fascinación que »el tiempo trascurrido ejerce en los hombres, presta al error una fuerza formidable. Jesús no ha dogmatizado, no ha »formado la sociedad que aspiraba á fundar sobre un cuerpo de doctrina teológico y filosófico definido y cerrado, sino »sino sobre la base inmutable del derecho y del deber, ley y vínculo común »de los pueblos.»

Entonces, como ahora, la ignorancia, el rebajamiento del carácter y el egoísmo se sobrepusieron á todo, y como resultado natural de este conjunto de influencias, acarrearón la muerte de Jesús, que fué autorizada por el gobierno romano. La historia registra multitud de ejemplos conmovedores de hombres que dieron su vida por amor al ideal que tuvieron por verdad: Sócrates, Juan Huss, etc.; pero en ninguno de estos casos, la injusticia de pagar con la muerte la aspiración á hacer el bien á sus semejantes, aparece con caracteres tan altamente trágicos; y ninguno nos penetra de tanta veneración y de tanto amor hacia la víctima, como este de la muerte de Jesús. Y no es únicamente el hecho de ver la sublimidad de su doctrina desconocida, ni el ver la ingratitud á sus beneficios que nos conmueve hasta el fondo del alma, sino

también la contemplación de la grandeza de su personalidad, su dulzura inalterable, su inefable amor al hombre, su concepto sublime de la divinidad, y su tristeza de no ser comprendido. Despoje en buena hora la severidad de la crítica cuanto de sobrenatural encuentre en la figura de Jesús; ni el crítico, ni el escéptico, ni el mismo incrédulo podrán negar que Jesús es la encarnación viva del más alto grado de virtud asequible al ser humano, y que si logramos en nuestra vida nada más que acercarnos á su ejemplo, será siempre el grado más alto de perfección moral á que el hombre puede llegar.

CAPÍTULO IV

El Cristianismo

I

LA IGLESIA CRISTIANA PRIMITIVA

Los diferentes relatos de los evangelios que se refieren á la resurrección de Jesús, no se prestan á una exposición completamente concordante, lo que se explica por tratarse de una escena tan misteriosa. No alterando la resurrección el valor de su doctrina, como no lo altera el de su nacimiento natural ó milagroso, nos abstenemos de hacer sobre ella comentario de ningún género, dejando que el lector que desee conocer los argumentos en pró y en contra de esta escena, los busque en los

autores modernos que de ella se han ocupado en ambos sentidos.

A la muerte de Jesús el número de sus partidarios reconocidos, incluso el de sus once apóstoles, no se elevaba á más de unos 120; pero este número creció rápidamente, viniendo ellos á ser los árbitros del destino futuro de las enseñanzas de Jesús. Los apóstoles cifraron entonces todo su empeño en cuidar de que no se perdiera el recuerdo de su querido maestro y de sus consoladoras enseñanzas, y se reunían en secreto para fortificar su fé, leer las Escrituras, discutir entre sí sobre su doctrina y escogitar los medios de propagarla.

En un principio, el culto cristiano se redujo á prácticas sencillas adecuadas á las circunstancias en que se hallaban los primeros fieles; mas no tardaron en introducirse, tanto en el culto como en la doc-

trina, innovaciones, hijas seguramente del ferviente entusiasmo por el maestro crucificado é inspiradas igualmente en el más sincero amor á la causa que defendían; pero innovaciones, al fin, que no tenían la sanción de Jesús y que, sin embargo, fueron consideradas indispensables para la salvación. Basta pensar en que las enseñanzas de Jesús fueron orales y no escritas, y en la naturaleza oriental de sus primeros partidarios, dotados de un carácter religioso fantástico y propenso al éxtasis y á las ilusiones, para hallar muy natural que cada cual interpretara la doctrina de Jesús según sus condiciones de espíritu y de temperamento, para que todos se creyeran inspirados por el Espíritu Santo y considerasen sus interpretaciones como sancionadas por el mismo Jesús, según más tarde sucedió, por estos y por otros motivos de dominio sobre las mu-

chedumbres, á los concilios, y más en adelante todavía, á la autoridad de los obispos de Roma, los Papas. Agréguese á esto la fé en la *tradición* y se comprenderá fácilmente, cómo los mismos partidarios de Jesús desfiguraron en el transcurso del tiempo su doctrina. Así por ejemplo, entre los partidarios de Jesús ninguno comprendió con mayor profundidad el alcance de las enseñanzas de Jesús, ni ninguno contribuyó tan poderosamente á su propagación como *Saulo*, llamado luego Pablo. Mientras la mayoría de aquéllos no veían en la nueva doctrina una condenación formal de la Ley judía, toda vez que las condiciones de salvación eran independientes de toda forma legal y de toda cuestión nacional; Pablo, por el contrario, comprendió desde luego que esta contradicción latente de principios concluiría por abolir la Ley judía; y esta

opinión, causa acaso de su conversión, hizo de él el propagador más celoso del Evangelio, el «*apóstol de los gentiles*»; pero al contribuir con su infatigable actividad y extraordinario celo á la fundación de la Iglesia cristiana en los pueblos no judíos, imprimió voluntaria ó involuntariamente al desenvolvimiento cristiano formas *nuevas*, que se ajustaban más á sus propias ideas, que á las de Jesús. Esto es propio de la naturaleza humana.

II

LUCHAS EN EL SENO DE LA IGLESIA

Desde los tiempos apostólicos la Iglesia tuvo que combatir diferentes disidencias, de las que no podemos ocuparnos aquí, exceptuando la cuestión que dió lugar á mayores disputas, que fué la relativa al

Hijo y á su unión con el Padre. Los partidarios de la unidad divina, en rigor los monoteístas verdaderos, no veían en Jesús más que un hombre inspirado por el Espíritu Santo, un ser superior al hombre, pero inferior á Dios (Teodoto de Bisancio, Pablo de Somosata); y éstos eran bastante numerosos; en cambio otros numerosos también, no admitían diferencia alguna entre el Padre y el Hijo, sino dos maneras distintas de ser de un mismo Dios. (Sabelius). Por último, en el siglo IV estalló la gran disidencia llamada *arrianismo*, en la que el presbítero alejandrino *Arrio* sostenía el punto de vista de la inferioridad del Hijo, mientras que su rival *Atanasio* sostenía la que aún hoy continúa siendo doctrina de la Iglesia, desde que el concilio de Nicea, convocado por Constantino así lo dispuso, al fallar la cuestión á favor de Atanasio.

Dice M. Müller en su libro sobre *religión natural*, que determinadas ideas cristianas eran irreligiosas á los ojos de los judíos. La idea de una filiación divina era no sólo una idea nueva para los judíos, sino una idea blasfematoria y merecedora de la muerte; y sin embargo, esa idea se ha convertido en piedra angular de una religión nueva que declara, apesar de esto, que no quiere destruir, sino cumplir la antigua. Por lo tanto, el siglo IV marca un cambio profundo en la manera de ser del cristianismo; y no únicamente por esta innovación, sino también porque la creciente influencia de esta religión determinó á Constantino á convertirla en religión del Estado, lo que resultó funesto para su pureza; y además por la importancia de otras innovaciones que á esta siguieron. De esta época data la doctrina *trinitaria*, que ya había sido formulada en los con-

cilios de Nicea, Constantinopla, Efeso y Calcedonia, y el dogma del *pecado original*, según el cual el hombre fué creado puro por Dios, y por su falta en el Paraíso trasmitió á toda su posteridad su culpa y su castigo, doctrina que fué combatida por Pelagio. Simultáneamente con estas disputas, los escritos de los llamados *Padres de la Iglesia* desarrollaban nuevos dogmas.

No corresponde á estas ligeras nociones que nos detengamos en la exposición de estas discusiones y sutilezas metafísicas, por interesantes que sean; pero sí invitaremos al lector á que fije su atención en observar lo pronto que el contacto del mundo vicia las teorías en su principio más puras: el cristianismo como el budismo, *había colocado la santidad en la pureza del corazón*, y como el budismo, era opuesto á las ceremonias y ex-

terioridades; en ambos casos trató el reformador de llevar á sus discípulos de lo *exterior* á lo *interior*, enseñando una doctrina más práctica que teórica; y sin embargo, en ambos casos, los hombres no tardaron en desfigurar estas doctrinas, introduciendo en ellas un espíritu diametralmente opuesto al de los fundadores.

La doctrina de la *Trinidad* despoja á Jesús de su grandeza moral y religiosa para hacerle Dios, y la del *pecado original*, (á menos de tomar este adjetivo en el sentido de *inherente á nuestra naturaleza*) incurre, en primer lugar, en una contradicción; porque si Adam y Eva eran moralmente perfectos ¿cómo pudieron sucumbir á las tentaciones de la serpiente?; y en segundo lugar incurre en una ofensa á Dios: porque es contrario á todo sentimiento de justicia, el castigar á un ser cualquiera por faltas que *no* ha cometido.

La Iglesia, no satisfecha todavía con estas innovaciones, siguió la pendiente en que se había colocado, aceptando la implantación de otros errores. El culto perdió cada día más su sencillez primitiva; la Santa Cena se transformó en sacrificio *real*, y la veneración á la memoria de los mártires, en adoración; se contendió la absolución del sacerdote con la de Dios; consideróse el matrimonio, inferior al celibato; y consideróse igualmente como obras meritorias, el ayuno y las prácticas exteriores del culto; el monaquismo tomó un incremento desmedido, quitando á la agricultura y á la industria gran número de brazos; y en medio de tanto celo religioso y de este aumento de fé, las costumbres iban siendo cada día más depravadas! ¡Ah! ¡cuán grande era ya la distancia que separaba todo ese dogmatismo y religiosidad *externos*, de las enseñanzas de

Jesús, las cuales no persiguieron otro fin que el de nuestra perfección moral, ni conocieron otros medios de salvación que el de los pensamientos puros y el de las acciones buenas, ni más santidad que la de la pureza del corazón.

III

LA IGLESIA EN LA EDAD MEDIA

Y EL ISLAMISMO

La destrucción del imperio romano, lejos de acarrear la del poder de la Iglesia cristiana, abrió á su influencia un nuevo y ancho campo de acción, poniéndola en contacto con los pueblos nuevos que inundaron la Europa. Los esfuerzos del obispo *Ulfilas* lograron convertir á los godos al cristianismo, y también aceptaron el

cristianismo arriano los vándalos y lombardos. Igual éxito obtuvo en Irlanda *San Patricio*, en Inglaterra *San Agustín*, y *San Bonifacio* en Alemania; de modo que gradual y pacíficamente toda la Europa llegó á ser cristiana, y á estar bajo la influencia y bajo el poder espiritual de la Iglesia, cuyo clero entonces llegó á ser dueño de todas las conciencias.

Una sola contrariedad tuvo la Iglesia en su creciente y larga serie de triunfos durante toda la Edad Media, contrariedad inesperada y extraordinaria, tal fué la aparición, á fines del siglo VI, de otra religión nueva: el *islamismo* ó *mahometismo*.

Mahoma, fundador de esta religión, nació 571 años después de Jesús, en Meca, y empezó á ganar su vida ejerciendo el comercio, acompañando las caravanas de un tío suyo, en sus viajes por Siria y la Europa meridional. En estos viajes adquirió algu-

nos conocimientos de las religiones judía y cristiana, las cuales le impresionaron hondamente, y cuyo origen consideró divino. Sería desconocer la grandeza histórica de Mahoma, no viendo en él más que un impostor. Él consideraba á Moisés y á Jesús como sus precursores, y él mismo se consideraba el mayor de los profetas, llamado por Dios para destruir en su pueblo el politeísmo, y fundar una religión monoteísta.

El espíritu guerrero de los árabes y, acaso, la degeneración lamentable del cristianismo contribuyeron eficazmente á la rapidez conque logró propagar su doctrina. La base fundamental de ésta es que «*Dios solo es Dios, y Mahoma su profeta*»; y su rasgo más característico la predestinación fatalista y la autorización de la poligamia.

La rapidez con que los árabes exten-

dieron sus conquistas por Asia y Europa, pues llegaron hasta Francia, empezó á alarmar á la cristiandad. Ésta no podía ver con indiferencia que la Tierra Santa estuviera en poder de infieles. Entonces decidieron los cristianos de concentrar sus fuerzas, y organizar *cruzadas* para contrarrestar el poder musulmán y para conquistar la Tierra Santa, objeto que se logró al fin, tras largas y sangrientas luchas.

IV

CATOLICISMO ROMANO

Aunque la Iglesia cristiana se hallaba ya, como hemos visto, muy distante de la doctrina primitiva de Jesús; aunque desde un principio estuvo combatida por disidencias, había logrado, sin embargo,

hasta aquí, mantenerse unida y compacta; pero multitud de circunstancias políticas y sociales concurrieron para favorecer el predominio de la iglesia de Roma sobre las demás iglesias.

Cuando el edificio político de los Césares vino al suelo en Occidente, la autoridad moral de la sede episcopal romana constituía el único punto de apoyo que tenía la sociedad para salir de aquella anarquía general. Coincidió con esta circunstancia, la de que la iglesia de Roma tuviera en dicha época una serie de Papas hábiles y conoedores de las ventajas de su situación. (León I y Gregorio VII). Por otra parte, el Oriente cristiano, que conservó siempre su independendencia respecto de la sede romana, se hallaba entonces muy debilitado por la invasión musulmana, y por las discordias relativas á la *Trinidad*; y por lo tanto, únicamente de Roma era de donde

partían las misiones al Norte de Europa, y el nombre de Roma era el que sonaba en el mundo. Debido, pues, á las circunstancias políticas y morales que dejamos apuntadas, el catolicismo (*católico* significa universal) de los primeros siglos fué gradualmente transformándose en un catolicismo *romano*, que consistió en considerar á la iglesia de Roma como la *Iglesia Reina*, que domina sobre las demás, y á su obispo (el Papa) superior á todos los demás, y como el vicario de Jesús en la tierra.

Esta pretensión á la soberanía era una infidelidad al espíritu del Evangelio, que busca la unidad cristiana, *no* en que todos se sometan á la celebración de los mismos ritos y profesen los mismos dogmas, sino en que todos los que se llamen cristianos *participen del espíritu de las enseñanzas de Jesús*. Éste prohibió de una

manera clara á sus apóstoles, establecer esta clase de soberanía, cuando les dijo: «Sabéis que los príncipes de las gentes »avasallan á sus pueblos, y que los que »son mayores ejercen potestad sobre ellos. »No será así entre vosotros: más entre »vosotros el que quiera ser mayor, será »vuestro criado. Y el que entre vosotros »quiera ser primero, será vuestro siervo.» (Mat. XX 25, 27.)

Semejantes pretensiones tuvieron como consecuencia natural la provocación en el siglo IX del *cisma llamado de Oriente*; cisma que mantiene todavía en actitud hóstil la Iglesia griega y la de Roma. El arzobispo de Zante, el erudito Dión. Latas al hablar en el reciente congreso religioso de Chicago, sobre la historia y doctrina de la Iglesia griega, hizo, entre otras observaciones, la siguiente:

«Ante estos hechos históricos, creo que

»nadie podrá negar que la primitiva Igle-
»cristiana fué la griega, por cuya razón
»bien podría llamarse la madre de las de-
»más iglesias cristianas. Éstas fueron ins-
»tituidas en Oriente, lo mismo que en
»Egipto y la Siria, por los apóstoles de
»Jesús y en comunidades griegas en su
»mayoría, como sucedió igualmente res-
»pecto de las fundadas en el Asia menor.
»Otro tanto puede decirse de Macedonia,
»Atenas y Corinto, cuyas iglesias juntas
»constituyen los fundamentos sobre los que
»descansa la Iglesia griega; así como los
»constituyen de su doctrina los textos de
»los doctores y predicadores de dichas
»iglesias, los cuales, como los apóstoles y
»los escritores religiosos contemporáneos de
»ellos y sucesores de los evangelistas, *todos*
»pensaron, enseñaron y escribieron en el
»idioma griego etc.»

Pero si estas pretensiones de Roma ca-

recían de justicia, hay sin embargo, que reconocer que no hubieran podido realizarse, apesar del concurso de las circunstancias que apuntamos, si Roma no hubiera tenido *realmente* el apoyo y simpatías del público; simpatías que la Iglesia supo cultivar y sostener, mediante una tolerancia excesiva respecto de las supersticiones de los pueblos reciénconvertidos, y si además, el estado social en estos tiempos no hubiera hecho fácil y hasta natural su realización. ¿Cómo hemos de maravillarnos del poder supremo que el clero ejerció en las conciencias durante toda la Edad Media, desde el siglo IV hasta fines del XV, época del Renacimiento, cuando fijamos nuestra atención en el estado social?: La guerra era todavía el estado normal de los pueblos, y como aún no había imprenta tampoco, ni muchos medios de instrucción, eran generales la ignorancia y la

barbarie; los más fuertes oprimían á los débiles. Este estado de guerra perpetua empobrecía á las poblaciones paralizando sus faenas, destruyendo campos y ciudades, y causando la muerte á millares de criaturas. ¿Qué otra clase de sentimientos había de despertar semejante estado de cosas, que los del disgusto de la vida y los del abatimiento? ¿Cómo admirarse que cuando todo cuanto nos rodea respira lucha y tristeza, se prefiera la paz monótona del claustro, á la constante y angustiosa lucha en el mundo? ¿Cómo no había de buscar refugio en la fé religiosa el maltratado por las asperezas é inclemencias de una vida semejante? Agréguese á todo esto la superioridad intelectual del clero en dichos tiempos, independiente de la que ya le daba su ministerio, como la única clase que sabía leer y escribir, la única depositaria del saber de la época,

y entonces comprenderemos fácilmente su inmenso influjo sobre las conciencias.

La Iglesia conocía todo esto y explotaba estas circunstancias para consolidar su poder, aumentando las órdenes monacales, que formaban una especie de ejército permanente para la defensa de la religión; así como el celibato impuesto al clero por Gregorio VII lo convertía en otra especie de milicia consagrada á los intereses de su clase y de su jefe.

Aunque semejantes deplorables condiciones religiosas fueron en gran parte creadas por el catolicismo *romano*, sería injusto se le imputasen á él exclusivamente, olvidando esa triste condición humana, que hace degeneren en la práctica las teorías más puras en su principio. En el trascurso de esta reseña histórica hemos tenido de esto varios ejemplos, y aquí, á nuestro juicio, cuadran también las refle-

xiones que M. Müller hace respecto de la revelación, cuando dice:

«En la idea de la revelación no hay nada que excluya el progreso, porque sea
»cual fuere la manera que adoptemos para
»definirla, siempre ha de representar una
»comunicación entre lo divino y lo humano. Concedamos en buena hora el elemento divino en la revelación, es decir, que
»la verdad revelada sea inmutable, siempre tendremos al que recibe esa comunicación, el elemento humano, sujeto á las
»flaquezas inherentes á la condición humana. Pues bien, no puede prescindirse
»de ese elemento humano en ninguna
»religión, ni aún en la nuestra, á menos de considerar infalibles, no sólo al
»fundador y á sus discípulos, sino también á los discípulos de los discípulos,
»sucesores y vicarios de Jesús. No tomar
»en cuenta en las diferentes religiones

»este elemento humano, es como no ha-
»cer caso de los ojos como receptores y
»determinadores de los colores de la luz.
»El mismo sol que alumbró á nuestros
»antepasados, nos ilumina á nosotros, y
»sin embargo, nosotros lo conocemos me-
»jor que ellos; y así como la astronomía
»ha sacado mucho provecho de los teles-
»copios, porque éstos han fortalecido y
»aumentado el alcance de la vista huma-
»na, no debiera la teología desdeñar na-
»da de lo que pueda fortalecer los esfuer-
»zos de la razón humana para ascender
»á un concepto más verdadero y puro de
»la divinidad.» Pues bien, nosotros atribuí-
mos á este elemento humano, es decir,
á las flaquezas inherentes á nuestra con-
dición, tantos errores y tantos abusos co-
mo se han cometido á la sombra de la
palabra religión, y no lo atribuímos á la
maldad como otros hacen.

Justo es reconocer igualmente que el catolicismo romano tuvo por otra parte su utilidad y su gloria, precisamente porque en medio de las condiciones sociales que acabamos de describir, él fué el único elemento civilizador. No olvidemos tampoco el influjo que los sucesos políticos ejercen en las cosas, al parecer, más distintas de ellos. «Es triste pensar, dice Stuart »Mill, cuán distinto hubiera sido en el »mundo el cristianismo, si la fé cristiana »hubiera sido adoptada como religión del »Estado, bajo los auspicios de Marco Au- »relio, en lugar de los de Constantino.» No olvidemos tampoco que la alianza del catolicismo con el arte fué causa de que éste recibiera un gran impulso, y que á él debemos la conservación de multitud de tesoros artísticos y científicos.

Lástima grande fué que la Iglesia de Roma, como sucede generalmente á los

fuertes y poderosos, desatendiera cuantos clamores ó indicaciones se hacían para su reforma, y que segura de su poder é influencia, tolerase que los errores y abusos más escandalosos siguieran su curso creciente; y para colmo de tantos males y como consecuencia natural de su empeño de dar mayor importancia á la fé que á la moral y de satisfacerse con obras *exteriores* etc., la relajación de las costumbres llegó á extenderse hasta el mismo clero, y hasta á los mismos Pontífices. (Benito IX, Juan XXIII, Alejandro VI, Julio II, etc.)

El siglo XIV presenció la lucha poco edificante de tres papas que se disputaban la supremacía. Este cisma, llamado de Occidente, quebrantó mucho la unidad de la Iglesia é hizo subiera de punto el descontento general.

Nada de esto desconocía el papado, por-

que no cesaba de recibir avisos para que se pusiera un correctivo á tan triste estado de cosas; pero la Iglesia, sin embargo, permaneció sorda á estos clamores, y los que mostraron más celo por su reforma, como Juan Huss en Bohemia y Savonarola en Florencia, fueron quemados vivos!

Apesar de estos síntomas generales de tormenta que se notaban en toda la atmósfera moral, el papa León X juzgó, sin embargo, oportuno encargar al arzobispo de Maguncia la publicación de una bula de indulgencias para sufragar los gastos de la edificación de San Pedro, en Roma. La teoría de las indulgencias nació en la Edad Media, y acaso sea entre las innovaciones la que más descrédito ha traído á la Iglesia y de la que más se ha abusado; de ello da testimonio la referida bula, que fué la que impulsó al monje

Lutero á fijar en las puertas de la iglesia de Witemberg las célebres 95 tesis, iniciando de esta manera, acaso sin sospecharlo, la reforma reclamada con tanta urgencia y desde tanto tiempo.

V

LA REFORMA Y LOS TIEMPOS MODERNOS

La Reforma no puede considerarse como un hecho aislado; como todos los acontecimientos importantes históricos, tuvo sus antecedentes en las causas que hemos descrito y en otros de carácter no religioso. El escándalo promovido por la venta de las indulgencias, fué solo la gota de agua que hizo desbordara el vaso. Prepararon en parte y concurrieron al éxito de la Reforma, la serie de maravillosos sucesos ocurridos entre los años 1400

á 1700, que hicieron despertara de su letargo la inteligencia humana.

El descubrimiento de la brújula había facilitado extraordinariamente los viajes por mar y la exploración de nuestro globo; el de la imprenta había esparcido la instrucción, que dejó desde entonces de ser patrimonio exclusivo de una clase; y por último, el descubrimiento de un nuevo mundo, conmovió hondamente la inteligencia de todos los hombres, y hasta cambió la manera de ser de los pueblos europeos. En la *vida práctica* diaria modificó desde la alimentación, (pues los productos ultramarinos azúcar, café, etc., se convirtieron en artículos de primera necesidad), hasta los diferentes medios de subsistencia. El aumento del oro y de la plata alteró el precio de las cosas y de la riqueza pública, y desarrolló rápidamente el espíritu comercial é industrial, tan opues-

to al monástico y al belicoso. Pero si grande fué el cambio operado en la vida práctica, mayor todavía fué el impulso dado á la vida *intelectual*. La ciencia recibió un estímulo poderoso con el estudio de la fauna y flora de aquellos nuevos países, y el Renacimiento literario contribuía por otra parte á hacer todavía más poderoso el fermento introducido en la manera de pensar del viejo mundo; tanto acontecimiento extraordinario y todo este conjunto de influencias, habían preparado á la sociedad para la reforma religiosa, y tenía con ella cierta solidaridad, porque cuando el nivel intelectual de un pueblo se eleva, hay que elevar también el de sus instituciones, las cuales son siempre *producta* y no *causa* de dicho nivel.

Antes del viaje de Colón era creencia general que la tierra concluía en Occidente, en el punto en donde á la vista la

bóveda celeste toca en el mar, y que era peligrosísimo, si no imposible, el acercarse á dicho confín. Los viajes de Colón y Magallanes, no sólo desvanecieron esas quimeras, sino que provocaron otras consecuencias *morales* no menos importantes que las del conocimiento de nuestro globo; porque demostraron entonces de una manera palpable y evidente, que la ortodoxía, que calificaba de doctrina herética la afirmación de la redondez de la tierra, condenaba sin justicia y sin conocimiento, y que por lo tanto, se hallaba muy lejos de ser infalible. Cuando algo más en adelante se agregaron á estos sucesos los descubrimientos astronómicos de Copérnico, Tycho Brahe, Kepler y Galileo, que rectificaron la idea que hasta entonces había prevalecido del universo, y la rectificaron de la manera evidente con que la ciencia demuestra sus enseñanzas, es

decir, apoyándose en hechos y no en apreciaciones individuales, entonces la fé en la infalibilidad de la Iglesia, recibió otro golpe durísimo, y á la verdad merecido, por su prurito de salir de su esfera, que no es la de ilustrar la inteligencia sobre los fenómenos del mundo *visible*, sino la de ennoblecer el corazón del hombre, inculcándole el amor á su Creador y á su prójimo. Facilmente se comprende que si esta serie de circunstancias debía torzosamente desterrar la superstición y la intolerancia, envolvían por otra parte el peligro de dañar la fé religiosa, al menos, respecto del mayor número, la gente sin cultura é irreflexiva. Este riesgo no era tanto de temer respecto de las clases cultas, porque si éstas por una parte no podían ya pensar buenamente en que el Ser Supremo é incognoscible, que sostiene en los abismos del espacio infinito los

millones de soles y de sistemas planetarios de la vía láctea, se había de haber encerrado en una forma humana y concentrándose en este diminuto grano de arena, que llamamos Tierra, (la que no puede tampoco tener el monopolio de la vida en este inmenso universo); si estas clases no podían pensar esto, por otra parte, no podían tampoco dejar de sentir la *verdad*, la *realidad* y la *necesidad* de la religión, aunque concebida é interpretada de distinta manera de como lo había sido hasta lo presente, confirmando así la verdad del aforismo de Bacón: «Poca filosofía aparta de la religión y mucha conduce á ella»; pero lo que después de estos acontecimientos no era ya posible, fué el servilismo moral é intelectual. Empezóse en todas partes la lucha contra él, y una de las manifestaciones más elocuente de esa lucha fué la Reforma, que

proclamó como base de ella, la libertad de examen.

Lutero expuso su profesión de fé en la Dieta de Worms, ante el emperador Carlos V en 1521, basándola en la proclamación de la soberanía de la conciencia. El nombre de *protestante* viene de la protesta que los partidarios de la Reforma opusieron á la decisión de la Dieta de Spira, que trataba de anular la Reforma. Este movimiento reformador no se concretó á Alemania. Simultánea é independientemente de Lutero, se constituyeron otros centros de propaganda protestante: *Ulrico Zwingli* en el cantón suizo de *Glaris*, y *Juan Calvino* en el de Ginebra. En nuestra España, y apesar de los esfuerzos de *Juan Pérez*, de *Cipriano Valera*, de *Juan Valdés* y de otros, no pudo prosperar la Reforma: la Inquisición mató en gérmen toda tendencia hacia ella;

y para combatirla mejor, y con el fin de enfrenar todo espíritu libre é indagador naciente, se fundó en 1540 por Ignacio de Loyola la *Compañía de Jesús*, cuyos miembros, muy cuerdamente para sus fines, se apoderaron de la educación de la juventud, no para abrir el corazón impresionable del joven al amor y espíritu predicado por Jesús, sino para inculcarle el odio al disidente de la Iglesia romana. ¡Llevar el nombre de Jesús, é inculcar la intolerancia, que es diametralmente opuesto á su espíritu! ¡Qué profanación! Pero esta aberración no fué únicamente una desgracia para los fines que la religión está llamada á servir, sino para la prosperidad y mejoramiento social de nuestra España. Ésta, por su situación aislada en Europa y por la peculiaridad de su historia que la mantuvo en perpetua lucha en un principio contra los

arrianos, y después contra los mahometanos, no se hallaba todavía preparada para apreciar en su valor este movimiento reformador; y comprendemos que acostumbrada desde tanto tiempo á unir el amor patrio y el odio al disidente religioso en un mismo sentimiento, no pudiera simpatizar con la Reforma ni comprenderla; pero aunque nos explicamos todo esto, no por eso dejan de constituir estas desgraciadas circunstancias el origen de nuestro empobrecimiento y decadencia. El daño que hace la intolerancia religiosa es, en todos tiempos, grande; pero cuando ésta se erige en sistema, resulta el daño infinitamente mayor, porque no concierne únicamente el progreso general, sino también el *caracter del individuo*. El terror de la persecución obliga entonces á los débiles de carácter á un humillante fingimiento y convierte el engaño y la hi-

pocresía en una necesidad de la vida, es decir, que vicia en sus fundamentos toda atmósfera moral. Si comparamos con estas consecuencias morales de la persecución religiosa las de otros errores, ¿qué mal hay cuyas consecuencias sean más funestas que las de la persecución religiosa? Se explica, por lo tanto, que en España no lograra la Reforma echar raíces, ni tampoco en los demás países latinos, que bajo otros puntos de vista se asemejaban á España; pero en cambio se extendía cada día más por aquéllos que á la sazón disfrutaban de mayor civilización, y que por lo tanto requerían un culto menos pomposo y dogmas menos misteriosos. La influencia de este progreso creciente de la Reforma no se limitó á los países que la abrazaron, sino que alcanzó á la misma Iglesia de Roma, puesto que fué causa de que ésta empezara, al fin, á reconocer

la necesidad de hacer algo para corregir los abusos; y el *concilio de Trento* (1545, 1563) fué el encargado de decretar las reformas que entonces se estimaron más urgentes: Se abolió la venta *pública* de las indulgencias, se hizo igualmente algo para reprimir las malas costumbres del clero, reformando la disciplina eclesiástica, y el catolicismo romano empezó desde esta época á asumir *formas más depuradas de paganismo*, particularmente en los países donde se halla en frente de la Iglesia reformada. Pero si la Reforma sirvió de poderosa palanca al progreso de la cultura intelectual, no fué, sin embargo, consecuente más que hasta cierto punto con el principio que había proclamado de libertad de examen, puesto que al protestar contra todo lo que ponía fuera del hombre las condiciones de salvación, no volvió *del todo ó por completo* al cristia-

nismo *interno* de Jesús. Acaso sea flaqueza del espíritu humano el no poder desprenderse de una vez del hábito contraído, y esta sea la razón por qué los primeros protestantes permanecieron en el fondo católicos y todavía demasiado apegados al dogmatismo. Sirva esto de explicación á la debilidad de Lutero respecto de la Santa Cena, á la intolerancia de Calvino y al odioso suplicio de Servet; sirva de explicación también á que los protestantes hayan sustituido la infalibilidad de la Iglesia, con la infalibilidad de la Biblia, la que obliga todavía á todo protestante ortodoxo á aceptar como buena la explicación que del universo dió Moisés; sirva de explicación á que sus *Confesiones de fé*, aunque informadas en un espíritu más racional, aceptaran, sin embargo, principios de la antigua ortodoxía, tales como el de la Trinidad, el del peca-

do original, etc., principios que el desenvolvimiento actual de la ciencia religiosa no puede aceptar ya como verdaderos.

Respecto de esa fé *ciega* en todo cuanto se halla consignado en los libros sagrados, no podemos resistir la tentación de citar aquí la experiencia que hicieron varios distinguidos orientalistas europeos, en cuyo número figuraba M. Müller, cuando acometieron la empresa de traducir *todos* los libros sagrados del Oriente: «siempre tropezábamos, dice M. Müller, con la dificultad de determinar cuáles libros debíamos considerar como sagrados y cuáles no. Opinaron algunos que no debíamos considerar como tales, más que á aquellos que pasaran por proceder de revelación divina, ó por haber sido dictados por la divinidad directamente á los legisladores religiosos del género humano; pero hallamos que apenas si algu-

»no de esos libros reclamaba semejante
»privilegio. Esta pretensión *fué casi siem-*
»*pre obra de una generación posterior,*
»*y obra principalmente de los teólogos,*
»con el fin de dar á esos libros, en que
»fundaban sus doctrinas, una autoridad in-
»falible. De habernos atendido á aquella
»opinión, hubiera sido necesario excluir los
»libros sagrados del budismo, los de los
»sectarios de Confucio y hasta los del *An-*
»*tiguo Testamento*, tal al menos como
»eran considerados por los judíos en los
»primeros tiempos; nos fué por lo tanto
»preciso convenir entonces en calificar de
»libros sagrados, únicamente aquellos que
»las comunidades religiosas hubieran reco-
»nocido formalmente como la autortdad
»religiosa más alta, que hubiesen obtenido
»una especie de sanción canónica, á la
»que se pudiera acudir en casos de di-

»vergencia sobre puntos de fé, de moral
»ó de ceremonias.»

Era natural que esta ortodoxía protestante provocase, como todas las ortodoxías cerradas, controversias y disidencias, que á su vez dieron vida á diferentes sectas. Los mismos argumentos que los protestantes emplearon para impugnar la ortodoxía católica, se emplean hoy contra la ortodoxía protestante. Sin embargo, la aspiración á dejar el pensamiento religioso desarrollarse libremente sobre la base del cristianismo puro de Jesús, se ha introducido ya en el seno mismo de la Iglesia protestante, y á la verdad, no vemos en qué amengua la grandeza de la religión, ni en qué rebaja la dignidad del hombre, la opinión de que Dios no le haya concedido reconocer desde el primer día la verdad absoluta, sino obligándole á adelantar en ese camino simultáneamente con

el progreso de su desarrollo intelectual y obligándole á sostener con sus propias fuerzas la lucha por la verdad.

Una de las sectas disidentes que se constituyeron aparte, por no querer transigir con esta intolerancia del protestantismo histórico, fué la de los *Socinianos*, así llamados por sus doctores L. y F. Socini (1546-1604,) cuyo sistema pretendía que no debe atribuirse á los Libros Santos otro sentido que aquel que tenga el asentimiento de la razón, y proclamaba la humanidad de Cristo, aunque rindiéndole culto, por su doctrina, como á Dios. Refugiados los socinianos en Hungría y Polonia, tuvieron que sucumbir más en adelante á manos de la reacción jesuítica de 1724, para revivir luego, bajo una forma más *racional* y más *amplia*, en las iglesias *unitarias* de Inglaterra y de la América inglesa.

Ese funesto empeño de las Iglesias, tanto católicas como protestantes, de querer encerrar la ciencia en el dogma ó en la Biblia, tuvo siempre por consecuencia la de apartar gran número de inteligencias cultivadas, ya de una manera ostensible, ya en silencio, de las creencias establecidas.

Hay un proverbio holandés, que como casi todas las expresiones proverbiales, procede de la observación repetida de un fenómeno, que encierra una gran verdad; es aquel que dice, que «*la naturaleza está por encima de las teorías*» (*Natur boven Leer*), y este proverbio nos da la clave para comprender por qué no puede prevalecer ninguna tendencia, ya sea religiosa ó filosófica, que sea contraria á la índole natural del hombre; y el exigir que el hombre del siglo XVII pudiera adherirse con fervor á una religión, sin resul-

tados prácticos, puramente especulativa y *externa* al mismo tiempo, era desconocer la naturaleza humana.

Las personas reflexivas é ilustradas no podían ya menos de considerar que lo importante para la sociedad era tener individuos virtuosos y no únicamente creyentes; no podían menos de juzgar que la verdadera herejía no la puede constituir la disidencia en la interpretación de la Biblia, sino la doctrina que por su intolerancia aparta de la religión á las clases más ilustradas, y que mejor podrían servir su causa; y de estas opiniones que flotaban ya en la atmósfera, dentro y fuera de la Iglesia, nació en Inglaterra, á fines del siglo XVII, una escuela que combatía, como los soci-nianos, todo dogma que no tuviera el asentimiento de la razón. Comenzó con el filósofo *Locke*, que pretendió fundar el *racionalismo religioso* y la tolerancia ecle-

siástica, aunque sin atacar directamente la religión. Discípulo suyo fué *Shaftesbury*, que abrió el camino á los enciclopedistas y á Voltaire. Siguiéronle en ese espíritu otros escritores, tales como Tolland. Tindal, etc. De Inglaterra pasó esta escuela al continente; pero aquí, en los países de raza latina, donde la instrucción estaba menos generalizada, no tardó en revestir un carácter revolucionario é irreligioso, que no podía menos de conducir al ateísmo.

CAPÍTULO V

LAS CORRIENTES RELIGIOSAS ACTUALES Y EL CONGRESO RELIGIOSO DE CHICAGO

I

TENDENCIA POSITIVA DE LA SOCIEDAD MODERNA

Apesar de que el pueblo de hoy día no parece agitarse más que por *reformas sociales* y permanece frío respecto de las religiosas; apesar de que las cuestiones que preocupan en la actualidad á las inteligencias superiores son principalmente *científicas*, sería un error creer por eso que la religión haya perdido su legítimo influjo sobre el alma humana. Esto, fuera de su imposibilidad, puesto que el sentimiento religioso constituye parte integrante de ella, está en oposición con lo

que vemos, pues difícilmente se hallará otra época en la que se hayan agitado más en la literatura las cuestiones religiosas que en la nuestra, y apelamos en confirmación de esto, á cuantos conozcan los innumerables libros modernos sobre estas cuestiones. Lo que hay, es que el espíritu *positivo* y *práctico* de nuestros tiempos ha penetrado ya también en el mismo terreno religioso y, dicho espíritu, no aviéndose ya á seguir contemplando con indiferencia la actual esterilidad de la religión como elemento civilizador del pueblo, aspira ahora á devolver á este importantísimo factor educativo su legítimo influjo, haciendo la dogmática religiosa compatible con el estado actual de nuestros conocimientos, y trabaja por acabar con esa indiferencia, compañera constante de toda adhesión rutinaria á una fé, que se profesa por costumbre y no por convic-

ción. Lo positivo en materias de religión es la moral y no la fé en determinados dogmas; y todos los pensadores más ilustres del siglo anterior y del presente que han hecho este asunto objeto de sus meditaciones, las han informado en ese espíritu *práctico* y *positivo*.

Sin hacer ya aquí mérito de los escritores ingleses de la escuela deísta, cuyos escritos atestiguan la verdad de lo que afirmamos, podemos citar en apoyo de esta opinión, en Alemania, á *Lessing*, que muchos consideran como el crítico más profundo de cuantos han existido, el cual afirma en su *Educación del género humano*, como ya hemos dicho antes, que las revelaciones religiosas han estado proporcionadas á la cultura de la época en que tuvieron lugar. *Lessing* fué el primero también que distinguió claramente la *fé* de Jesús, según lo que él mismo dice

de sí mismo en los evangelios, de la fé en Jesús, divinizado por la Iglesia; y el primero que comprendió que existía un cristianismo del espíritu, tan emancipado de la letra como del clero. En su hermoso drama *Nathán el Sabio*, (traducido al español por N. Uranga) declara que la religión verdadera, únicamente puede conocerse por sus frutos, como dijo ya Jesús.

Los escritos del eminentísimo filósofo alemán *E. Kant*, conciben la religión de una manera tan amplia y grande, que apesar de la libertad con que deja volar su pensamiento, sin hacer caso de los dogmas ni cultos particulares, hace sin embargo de ella el principio dominante de la existencia. Kant considera que «*la religión consiste en reconocer todos nuestros deberes, como mandatos divinos.*» «*Dos espectáculos igualmente sublimes, decía, ofrece el mundo á la contemplación*

»del hombre: el cielo estrellado sobre nues-
»tras cabezas y el sentimiento del deber
»en el fondo de nuestra conciencia.» Otro
de sus aforismos dice: «*La muerte del*
»*dogma es el nacimiento de la moral.*»

Pero ¿qué testimonio más claro del espíritu positivo de nuestra época y de su oposición á la metafísica podríamos citar mejor, que la fundación de la filosofía y de la religión positivista por *Comte*? No prejuzgamos aquí el valor de esa religión; señalamos únicamente su aspiración á inculcar el amor al hombre en general, considerando que su grandeza reside en el corazón. Esta idea de *Comte*, por lo demás, no es nueva; por el contrario, es muy antigua y han trabajado en favor de ella todos los hombres eminentes, sinceramente filantrópicos y religiosos. Nada, sin embargo, ha demostrado con mayor elocuencia, cuán extendidas se hallan en

la actualidad por todas partes estas ideas positivistas, que el hecho del Congreso religioso celebrado en Chicago el año de 1893, cuyos congregados han ostentado la representación de ¡1.200 millones de seres humanos!!; y decimos que nada lo demuestra con mayor elocuencia, porque éste no ha sido el testimonio individual de un filósofo ó teólogo, sino la expresión genuina de la representación de todas las colectividades religiosas del mundo, la representación de 1.200 millones de criaturas!

II

CONGRESO DE CHICAGO

El dato que antecede acerca de la inmensa representación que ostentaban los delegados que acudieron al Congreso de Chicago, bastaría para dar una idea de

la importancia que ha tenido. No obstante, daremos aquí lo que acerca de esta asamblea dice el reverendo M. J. Savage:

«Basta conocer siquiera sea superficialmente la historia universal para comprender que el Congreso religioso de Chicago ha marcado, por decirlo así, la marca alta de la civilización actual; y todo el que ame á Dios y tenga fé en el progreso del hombre, debe regocijarse de este acontecimiento.

«Vemos á la humanidad, en la senda que recorre, desde un principio dividida en razas y tribus, adorando dioses diferentes y suponiendo á éstos envidiándose el uno al otro, enemigos entre ellos y dispuestos á castigar al que los abandone, como castigaría un monarca al vasallo que le hiciera traición.

«El hebreo nada de común quería tener en su culto con el del filisteo, ni

»pensaba siquiera remotamente, que *Jah-*
»*veh* y *Dagón* acaso fueran nombres dis-
»tintos de una misma divinidad; y el si-
»guiente pasaje de uno de los Salmos nos
»ilustra respecto de los sentimientos con
»que los adoradores se miraban entre
»ellos. »*¿No aborrezco á los que te abo-*
»*rrecen? Los aborrezco de todo cora-*
»*zón.*»

»Desde niño me enseñaron que la re-
»ligión cristiana era la *única* revelada y
»verdadera y todas las demás falsas; que
»no debíamos considerar éstas como gér-
»menes religiosos no desenvueltos todavía
»suficientemente, ó como religiones menos
»perfectas que la cristiana, sino sencilla-
»mente como *falsas*, y Milton atribuye en
»su «*Paraiso perdido*» el origen de las
»religiones paganas, á los ángeles caídos,
»los que imaginaban por ese medio, no
»sólo obtener para sí el culto que los hom-

»bres rendían á Dios, sino también lograr
»perder de esta manera el mayor número
»de ellos.

»Las consecuencias naturales de estas
»enseñanzas han sido, el hacer las guerras
»de religión, las más sangrientas y crue-
»les de cuantas registra la historia. Basta
»recordar las hechas entre cristianos y sa-
»rracenos, las cruzadas, la noche de San
»Bartolomé, la guerra de 30 años, & para
»que acudan á nuestra memoria las escenas
»más horribles y sangrientas; y por si al-
»guno supone esta pintura de las condi-
»ciones sociales ya pasadas, hija de la
»parcialidad ó del prejuicio, citaremos las
»palabras que en este Congreso ha pro-
»nunciado el revr.^o Dr. G. T. Candlin, mi-
»sionero en China:

«En todas partes donde hay cristianos,
»vemos aceptada como verdad incontro-
»vertible la idea de que la única religión

»verdadera es la cristiana, y falsas todas
»las demás; que el cristianismo procede de
»Dios y las demás del Diablo, ó para ex-
»presar esto de un modo menos crudo: que
»la religión cristiana es la única revelada
»y las demás son invenciones humanas;
»pero vosotros (los oyentes) no pensáis
»así, y atestiguáis de una manera evidente
»que la amistad puede existir entre reli-
»giones distintas, en vez del antagonismo,
»y que es tan cierto como que Dios es
»nuestro Padre común, que en todo tiem-
»po y lugar, el corazón del hombre le ha
»buscado con anhelo, y que en todo tiem-
»po y lugar, el alma humana piadosa, ha
»percibido algo del hálito divino.»

»Pues bien, el actual Parlamento de las
»Religiones evidencia un cambio de di-
»rección en esta corriente de opiniones
»humanas, puesto que no únicamente los
»representantes de las diferentes sectas

»cristianas, sino también los de las de-
»más religiones importantes del globo, se
»han reunido voluntariamente para confe-
»renciar en amistad. Si antes llamaron
»ecuménicos (universales) á las asambleas
»que la Iglesia convocaba entre sus adep-
»tos, ¿con cuánta mayor justicia merece
»ese nombre el presente Congreso?

»En cinco puntos principales puede con-
»densarse el sentido y tendencia de este
»acontecimiento:

»1.º Ha implicado el reconocimiento de
»que todas las religiones son en su esen-
»cia igualmente naturales y divinas, lo
»cual no significa que una valga tanto
»como otra. Si afirmamos que todos los
»árboles forman parte de la flora natural
»de la tierra, no decimos con esto que
»todos tengan el mismo tamaño ni valgan
»lo mismo; pero los delegados de todas
»las religiones importantes del mundo,

»que la ciudad de Chicago ha reunido en
»su recinto, no se han congregado como
»súbditos con su rey, sino como compa-
»ñeros y amigos; y la superioridad que
»pueda existir del uno al otro, está en
»proporción únicamente de la verdad que
»representen y del bien que ésta sea ca-
»paz de promover.

»2.º Ha implicado igualmente el reco-
»nocimiento de que sean cuales fueren
»los ritos y los nombres que lleven sus
»doctrinas, todos se reconocen como in-
»vestigadores sinceros del Dios único, y
»como servidores leales de la especie hu-
»mana.

»3.º Ha implicado la confesión de que
»en toda la redondez de la tierra, el hom-
»bre que aspira á elevar su espíritu y
»busca á Dios con toda sinceridad de co-
»razón, le encuentra y su adoración en-
»tonces es legítima.

»4.º Ha implicado la renuncia á toda
»pretensión de infalibilidad; pretensión que
»sin fundamento alguno ha podido, sin em-
»bargo, servir hasta lo presente de rémora
»al progreso; ha mirado con desdén á los
»que no se doblegaban á ella, y ha per-
»seguido á los que lograron adelantar algo
»en el camino del descubrimiento de la
»verdad.

»5.º Y por último, este acontecimiento
»ha significado un convenio tácito de co-
»operación, que ha de reemplazar al odio
»mútuo; ha significado que de hoy en
»adelante, los hombres mejores, sean cua-
»les fueren sus creencias religiosas, no
»trabajarán por desunirse mutuamente, sino
»por destruir los males que afligen y nu-
»blan el mundo.

»No podemos comprender que nadie
»que estudie el progreso humano, pueda
»realmente desear que una religión des-

»truya las demás; pero sí encontramos
»muy natural el deseo de verlas á todas
»despojarse de sus errores, ensanchar sus
»miras y concentrarse cada vez más en
»torno de esas verdades fundamentales de
»Dios y del hombre, que son comunes á
»todas ellas. La verdad de que tenemos
»en los cielos un Padre común, y que
»todos somos hermanos, se abrirá paso
»cada día más, y esto es lo que expresa
»el aforismo «*Faz en la tierra y buena*
»*voluntad á los hombres.*»

Las reflexiones que preceden, del reverendo M. J. Savage, demuestran el alcance extraordinario que envuelve el hecho del Congreso de Chicago. Allí no se ha discutido; los delegados se concretaron á exponer con sencillez la doctrina de sus religiones respectivas y á señalar los beneficios *prácticos y positivos* que de ellas

se derivaban para la humanidad, bajo el punto de vista material y moral.

Como testimonio de cuán grande fué el espíritu de benevolencia y de aproximación que animaba á todos los allí congregados, podemos citar que los congresistas *todos*, previamente consultados, aceptaron como oración adecuada para la inauguración de las sesiones del Congreso, el Padre nuestro.

No podemos citar aquí, ni siquiera en extracto, todos los discursos pronunciados en dicho Congreso, (el libro donde se han publicado tiene 1.600 páginas de impresión apretada) pero sí extractaremos aquellos pasajes de algunos de ellos, empezando por los de las representaciones de la Iglesia católica romana, que más claramente reflejan el espíritu de fraternidad cristiana.

El cardenal Gibbon, que apesar del es-

tado delicado de su salud, no quiso faltar á esta importante reunión, dijo:

«Aunque en puntos de fé no quepa acuerdo entre nosotros; debemos dar gracias á Dios de que haya al menos un terreno donde todos nos encontramos y confundimos; este terreno es el de la caridad, el de los sentimientos humanitarios y benévolos, y como ministros de Jesucristo, le damos gracias por el modelo sublime que de ellos nos ha dejado con su vida. Jesús vino á este mundo para derribar la muralla que separaba las razas una de otra, un pueblo de otro, una tribu de otra, é hizo de todos un solo pueblo, una sola familia, que reconocía á Dios como al Padre común y á Jesús como nuestro hermano.»

Y monseñor Redwood, que vino desde los antípodas expresamente para no faltar á este Congreso, dijo:

«Yo no pretendo poseer como católico toda la verdad, ni me considero en estado de resolver todos los problemas; sé apreciar en toda su extensión la caridad y los elementos de verdad que se encuentran también fuera de mi Iglesia. Cristo solo pudo decir: *Yo soy la verdad*, y donde quiera que haya algo de verdad, hay algo digno de respeto, no sólo para el hombre sino para Jesucristo. El hombre no es únicamente un ser moral, sino también un ser social. La condición de su desarrollo y de su prosperidad es que sea libre, no sólo bajo el punto de vista político, sino también bajo el religioso. Por eso, yo anhelo que llegue el día en que se halle extirpada por completo esa idea falsa, según la cual debe oprimirse al hombre por causa de religión; sólo la caridad es la que puede conducir al hombre á la luz.» &

Llamará á muchos la atención estas ideas de tolerancia, en ministros de la Iglesia católica romana; pero esto, entre otras muchas razones, se explica por la diferencia de régimen á que se somete la religión en los pueblos de raza anglo-sajona. En éstos, la religión no es un asunto social y de Estado, sino puramente *individual*; y esto tiene por consecuencia, no sólo la de robustecer el vínculo religioso entre los hombres que profesan unas mismas opiniones, sino que al abdicar la religión de esta manera de sus pretensiones de dominio político y social, provoca naturalmente, en todo país civilizado, el respeto á la conciencia del individuo.

Pero la nota saliente del Congreso de Chicago no ha sido únicamente la de la tolerancia, lo ha sido, igualmente, la de reconocer que la *buena conducta es lo que constituye la esencia de la religión*;

ha sido la del alejamiento y la del menosprecio del *espíritu dogmático* y la del enaltecimiento y aproximación al *espíritu moral*. Sobre este punto ningún orador se expresó con tanta claridad como el doctor en teología, el reverendo Alfr. W. Momerie; á continuación damos íntegra la traducción de su discurso:

«Existe unidad en el fondo de todas las religiones, apesar de su variedad; y la misión que hoy nos hemos impuesto no es la de persuadir á los hombres, que respeten determinada religión entre las muchas que existen en el mundo, sino sencillamente la de inducirles á que acepten la religión en un sentido amplio y universal. Deseamos contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, á que esta enseñanza que nos dá con el ejemplo el Congreso de Chicago, se propague á todas partes, á semejanza del foco de luz, que

irradia sus rayos luminosos en todas direcciones.»

¿Cuál es el pueblo de Dios? ¿Qué entendemos por religión? Tal vez nos sea más fácil contestar á estas preguntas de una manera definitiva, si antes investigamos en qué estriban las disidencias entre las religiones principales del mundo, y vamos á empezar por los antiguos profetas hebreos. Aquí tenéis algunas citas:

«¿A qué conduce, dijo el Señor, que me hagáis tantos sacrificios? No me agrada la sangre de las reses y de las cabras. No me hagáis ofrendas vanas, abomino el incienso y tampoco me agradan vuestras lunas nuevas y vuestros (sabbats) días de descanso.

»No hagáis daño, aprended á predicar el bien, buscad lo justo, aliviad al oprimido, amparad al huérfano, defended á la viuda.»

«*Zoroastro* predicaba que la única cosa necesaria era hacer el bien. Los pensamientos, las palabras y obras buenas, nos conducen al Paraíso y las malas al Infierno.

»*Confucio* se hallaba tan preocupado en inculcar á los hombres el sentimiento del deber, que rehuía el entrar en meditaciones metafísicas acerca del problema de la inmortalidad, é interrogado un día acerca de este problema, contestó: «*Si ignoro lo que es la vida, ¿cómo he de comprender la muerte?* Son tuyas igualmente, las palabras siguientes:

»Los deberes todos del hombre pueden condensarse en una sola palabra: reciprocidad. *Así como no queremos que nadie nos haga daño, no debemos nosotros hacerlo á otros.*

»Una de las enseñanzas de *Gautama* (Buda) es que el hombre debe procurar

por sus propias fuerzas su salvación, y sin intervención de sacerdotes. Al encontrarse una vez con una procesión de sacrificadores, los arengó haciéndoles ver la inutilidad de derramar la sangre de reses y cabras, cuando lo que hacía falta era sencillamente, que ellos cambiaran su corazón. En igual sentido habló respecto de los ayunos, penitencias y demás formas del ritual, diciendo:

»Ni el ir desnudo, ni el afeitarse la cabeza, ni las vestiduras de piel de cabra, ni la lectura de los Vedas, pueden purificar al hombre. La cólera, la embriaguez, la envidia, el hablar mal de otros, ahí tenéis lo que hace impuro al hombre y no el comer carne.

»Buda mismo condensó sus enseñanzas en una cuarteta, cuya traducción es

»Huir del vicio,
Buscar la virtud

Y purificar el corazón,
Es la religión de Buda.

»En el sermón de despedida de sus discípulos, llamó él mismo su doctrina la *religión de la pureza*, al exhortarlos á que aprendieran y propagaran sus enseñanzas para el bien y la felicidad de las muchedumbres; y en el mismo espíritu se hallan informadas las palabras de Jesús;

»*No todos los que claman Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino el que cumpla la voluntad de mi Padre.*

»*Mahoma* también enseñó la doctrina de la justificación por las obras, en estas palabras: *No es la carne y la sangre de los sacrificios lo que agrada á Dios, sino la piedad. ¡Ay del que haga ostentación de piedad y no socorra al indigente!...* »*La virtud no consiste en orar*

con la cara vuelta hacia el Oriente ó hacia Occidente, sino en guardar los pactos hechos.

»Aquí tenéis las enseñanzas de los directores religiosos más eminentes del género humano, por más que apenas puedan reconocerse hoy día. Cuan grande es la distancia que separa el budismo y mahometismo antiguos de los de la actualidad, puede verse en la obra de Davies sobre el budismo; y lo mismo podemos decir respecto al cristianismo. Jesús no enseñó dogmas, ni estableció ceremonial alguno, y sin embargo, ¿cuál es el espectáculo que nos ofrece el cristianismo?

»Pues es el de controversias seculares acerca de si la sustancia del Hijo (y confesamos ingénuamente que no entendemos el sentido de estas palabras) es igual ó sólo parecida á la del Padre, es el de pelear como fieras respecto de la

definición del mismo Príncipe de Paz! Más adelante, vemos la cristiandad, dividirse por la cuestión de si el Espíritu Santo procede del Padre ó del Hijo; (cuyo sentido confesamos ignorar igualmente) y hasta nuestra Iglesia anglicana, en la que comulgamos, ¡la vemos hoy amenazada de un cisma por la trivial cuestión de vestiduras!

»Pues bien, todas estas sutilezas metafísicas y la pueril de las vestiduras fueron iniciadas exclusivamente por teólogos. No prejuzgamos ahora la utilidad de semejantes disputas, lo que es cuestión de apreciación individual lo que afirmamos es que todas ellas en nada se relacionan, ni nada tienen absolutamente que ver con la religión tal al, menos como la comprendían esos grandes directores religiosos del género humano, los cuales unánimemente consideraron la con-

ducta moral, como la *única cosa necesaria*.

»Pero se nos dirá, tal vez, que interpretar la religión de esta manera es reducirla á mera moralidad, lo que muchos estiman inferior á la religión.

»Si por moralidad se entiende únicamente no matar, ó el saber eludir en la vida conyugal el divorcio, no nos maravilla entonces esa objeción, y también nosotros miraríamos con desdén la moralidad que á esto se redujera; pero afortunadamente esto no es así; lo que constituye *realmente* la moralidad, es la conducta ejemplar, *buena en todos sentidos*; la que se inspira en el sincero amor al prójimo, y la moralidad considerada de esta manera, envuelve religiosidad.

»No deseamos que estas palabras sean mal interpretadas; lejos de nosotros el desconocer la importancia inmensa del re-

conocimiento explícito de Dios, único que puede darnos una explicación de los misterios de la existencia; pero este reconocimiento no es el principio de la religión, ó el primer impulso espiritual, sino el primer impulso natural al que sigue luego el espiritual. Si el hombre no ama á su prójimo, al que puede ver y palpar, ¿cómo ha de amar á Dios, á quien no puede ver? Tampoco constituye dicho reconocimiento la esencia de la religión. ¿Quién puede definir la esencia de ésta? El hombre que afirme que ama á Dios y aborrece á su prójimo, se contradice, porque la religión únicamente se manifiesta por el amor al prójimo, *éste* es el que constituye la esencia verdadera de la religión. Podrá tal vez resultar la religión deficiente bajo el punto de vista de la metafísica, ó de la originalidad, ó del desenvolvimiento estético, ó bajo otro punto

de vista cualquiera, menos bajo el del amor fraternal al hombre; porque de faltarle éste, ya no tendría razón de ser, se convertiría en mofa é impostura. La conducta *realmente* moral es por consiguiente la esencia de la religión, y esta conducta implica el reconocimiento de Dios.

»No lo dudéis, amigos míos, muchas sorpresas nos están reservadas en la otra vida. Allí veremos que muchos que en esta vida terrestre eran tildados de ateos, resultarán ser más religiosos en realidad que nosotros. Respetad el pensamiento del que profesa de buena fé un culto, sea el que fuere, porque este mero hecho le santifica, aunque él no se dé cuenta de ello, y esta verdad la ha puesto en acción Leigh Hunt, en su bello cuento titulado «*Abou-Ben Aden.*»

El Congreso de Chicago ha presentado otros aspectos interesantes. Dejando á un

lado la exposición de los diferentes sistemas religiosos en el estado en que actualmente se hallan en el mundo no cristiano, y concretándonos al cristianismo, ha examinado también lo que la religión en general ha hecho por la familia, sus relaciones con la ciencia, con la moral y con los problemas sociales. Como estos últimos problemas son los que privan en la actualidad, y no faltan filósofos ni agitadores populares que presentan el cristianismo en oposición abierta con el espíritu industrial y la riqueza, citando todos los pasajes del Evangelio donde Jesús ha condenado la riqueza, y presentándonos su figura sublime en traje de *socialista moderno*, vamos á citar aquí todavía algo de lo que sobre este último punto se ha dicho en el Congreso de Chicago, encaminado á demostrar la injusticia de dichos cargos.

Jesús no se ocupó para nada de economía política; el que decía: *mi reino no es de este mundo*, no podía preocuparse de la distribución de la riqueza; el que solicitado una vez para que ordenase á uno que partiera su herencia con su hermano, contestó: *¿quién me ha dado la misión de hacer vuestras particiones? Guardáos de la avaricia, la vida no está en las riquezas*, es evidente que no pensó nunca en resolver la cuestión social.

Los que hoy día predicán la guerra contra los ricos, apoyándose en aforismos de Jesús, olvidan que éste no se ocupó nunca más que del hombre *moral*; y que si consideró la riqueza un mal, fué porque veía en ella un instrumento de egoísmo, que rara vez deja de endurecer el corazón, y no porque ella sea por sí sola un mal. El Rev.^{do} Whashington

Gladden, doctor en teología, dijo á este propósito en el Congreso, lo siguiente:

«La riqueza no es más que el desarrollo, por la mano del hombre, de los recursos materiales. Los que trabajan en el mejoramiento de los productos naturales, en el desarrollo de los recursos de la tierra, con la utilización de las fuerzas naturales, todos son colaboradores de Dios; por eso lejos de ser malo el acumular riquezas, es, en cierta manera, hasta religioso. La riqueza es condición indispensable para que pueda el hombre llegar al grado de perfección á que está llamado, porque sólo la abundancia es la que le proporciona el ocio suficiente para cultivar su espíritu, para meditar, viajar; & y los agentes más potentes de la elevación del género humano, se hallan representados por la riqueza, como son el inmenso conjunto de maquinaria que mul-

tiplica y hace accesible hasta lo infinito las comodidades de la vida que suprime las distancias, & & y como son las escuelas, los colegios, las librerías, los museos, los parques públicos; & &.» Otro de los congresistas, profesor de la Universidad de Harvard, J. G. Peabody, dijo:

«La riqueza es un don de Dios, como otro cualquiera, como la salud, el talento, la firmeza de voluntad, &, y muchas veces la consecuencia de estos dones; pero todos ellos envuelven responsabilidad, por que pueden trocarse en dones funestos en no haciendo de ellos un empleo bueno. La robustez física puede convertirse en pasión destructiva; la fuerza intelectual puede aplicarse á fines malos, y la riqueza puede engendrar la dureza del corazón; pero si consideramos estos dones como otorgados sólo en usufructo, y como un estímulo adicional para hacer de

ellos un empleo noble, mientras más santo sea el uso que de ellos hagamos, tanto más ennoblecerán al que los posea.»

Nuestros socialistas modernos no piensan así; el único mal que ven en las riquezas, es el de estar concentradas en pocas manos, y por eso el fin que persiguen es arrancarlas de esas manos para repartirlas entre ellos. ¿Qué pueden tener de común con las doctrinas socialistas de hoy, los aforismos evangélicos que condenan la riqueza, cuando á los ojos de Jesús la pobreza era un bien tan grande, como la riqueza un mal?

Estas son las corrientes religiosas de nuestros tiempos; si ellas representan ó no el desenvolvimiento natural y lógico de la idea cristiana, es cuestión que dejamos íntegra á las disputas de los filósofos y críticos; nosotros señalamos el hecho únicamente. Ni nos entrometemos en juz-

gar, si para la felicidad es un bien ó un mal, el que todo se someta hoy día al crisol del examen; el que todo se ponga en tela de juicio. El hecho existe independiente de nuestras opiniones; y no nos alarma respecto de la verdad, la que nada tiene que temer del espíritu crítico de nuestros tiempos. *Únicamente lo que no sea oro puro puede temer el crisol del examen*, y hasta el presente el cristianismo *moderno* ha salido ganando en elevación y grandeza, de todos los exámenes é investigaciones modernas, tanto en el campo del pensamiento filosófico, como en el del científico y religioso.

III

SUPERIORIDAD DEL CRISTIANISMO
SOBRE LAS DEMÁS TEORÍAS FILOSÓFICAS
Y RELIGIOSAS

Respecto de este punto dice M. Savage, en su libro «*El Cristianismo, la ciencia del hombre,*» aludiendo á que los tesoros de verdad contenidos en las religiones antiguas en nada han perjudicado á la idea cristiana:

«La India fué el lugar donde el hombre aspiró por primera vez á comunicarse con el Espíritu divino que llena, según el *bramanismo*, toda la creación y le sirve de morada; y sin embargo, la idea capital de esta religión es que no existe nada más que el Espíritu; el mundo, el

ser humano, el tiempo y el espacio, todo es sombra é ilusión.

»Considerando la existencia un mal, funda la virtud en anularla, y el bien mayor en volverse á confundir con lo infinito.

»También el *budismo* considera la vida un mal y presenta al hombre la *Nirvana* como el fin á que debe aspirar, fin que puede alcanzar sin auxilio de fuera, sino por fuerzas propias. No se ocupa de Dios para nada, resultando en la práctica una religión atea. El mayor bien es no haber nacido; y claramente puede verse que semejante sistema no puede promover el mejoramiento social.

»La idea central de la *religión de Confucio* es la veneración de lo pasado, una moral práctica; pero que obra sobre el hombre desde fuera, mediante reglas de conducta, y cuyo fin principal es la esta-

bilidad del orden social. Resulta, por tanto, una moral estacionaria, que no estimula al hombre sino á la prudencia y á conservar lo que posee; pero que no le impulsa á elevarse á la grandeza moral, sino á mirar al pasado y á no alterar lo existente.

»El pensamiento capital de la doctrina de *Zoroastro* es el de la lucha entre las tinieblas y la luz, entre el mal y el bien; pero su error consiste no sólo en establecer ese dúalismo de dioses y en considerar al bueno tan poderoso como al malo, sino en considerar malas muchas cosas, que esencialmente no lo son, sino en el exceso. Los motivos impulsivos son el deber y el temor, pero no el amor al hombre y á nuestro Padre celestial.

»En el fondo de las religiones de *Grecia y de Roma* hallamos la divinización de la belleza, tanto física como intelectual;

pero éstas nada hicieron por la grandeza moral del hombre, sus deidades conservaron los vicios y pasiones humanos.

»¿A qué hacer mención del *mahometismo*? Basta pensar en como representa el cielo. Su mérito principal consiste en ser monoteísta.

»El cristianismo, como vemos, resulta superior á todas las demás religiones. ¿Sucederá lo mismo, si lo comparamos con las teorías filosóficas y científicas? Inten-témoslo.

»El *Panteísmo* moderno fué fundado por B. Spinoza, que nació en Amsterdam en 1632, y fué de vida irreprochable. Spinoza creía que una religión de Estado debía formar parte de todo orden gubernamental; pero negaba al Estado el derecho de intervenir en nada que no fuera puramente externo. Las cuestiones de

sentimiento y de fé habían de ser completamente libres.

»Pretende el sistema panteísta que todo cuanto existe es manifestación de un Ser único. Las estrellas, los planetas, los árboles, las aguas, los animales y el hombre, cada cual individualmente y todos juntos, no son sino manifestaciones distintas de ese Ser único, que todo lo comprende, que de él surgen y en él se sepultan. Pero si Dios lo es todo y todo es Dios, no puede entonces haber libertad individual, y venimos á ser meros eslabones de una cadena que mueve el Único que es superior á nosotros; y siendo la libertad condición esencial del bien, ó del mal; resulta que el panteísmo viene de esa suerte á negar la virtud y el vicio, y á no reconocer distinción moral en éstos, como no la reconoce entre la luz y las tinieblas; y si concede al Go-

bierno humano el poder de castigar y de premiar, lo hace por la protección propia, para asegurar el orden social. Si castiga al criminal, no lo hace por indignación moral, sino por las mismas razones que secamos una charca de agua corrompida que amenaza infestarnos de fiebres palúdicas.

»Del *Positivismo* nos hemos ocupado ya; pero resulta inferior al cristianismo porque no habla de Dios, ni del alma, ni de la esperanza de otra vida. No deja al hombre más libertad que la de contemplar los hechos que ocurren á su alrededor, y morirse. No piensa, ni siente más que con relación á esta vida terrestre, sin hacer caso de las afecciones más altas de la espiritualidad.

»¿Y qué hemos de decir de la *ciencia moderna* que representan Darwin, Spencer, Huxley y Tyndall? Pues decimos que

los temores teológicos de estos hombres y de sus doctrinas, ni nos parecen sinceros ni sabios. La verdad ha de triunfar siempre en definitiva, y lo falso ha de sucumbir. En sus enseñanzas *positivas* no vemos nada incompatible con el cristianismo; pero cuando esos sabios pretenden examinar la esencia de la religión, y nos ofrecen sus sistemas en sustitución de ésta, entendemos que entonces se salen de su esfera, porque intervienen en cosas que están más altas que el alcance de sus métodos científicos. Dentro del campo científico podrán ellos reinar en absoluto, y tienen derecho á rectificar los errores que la Iglesia ha cometido, cuando á su vez ha pretendido penetrar en el campo de las ciencias naturales; pero porque el escalpelo no les sirva para hallar donde se esconde el alma, ni el telescopio para ver donde comienza el cie-

lo, ni el crisol del químico para descubrir al Dios espiritual, no es esto una razón para deducir que nada de esto existe. La intuición humana de Dios y de las cosas del espíritu es, en su esfera, tanta autoridad, como pueden serlo en la suya, los experimentos.

»Pero aún hay más; sus ataques á la religión son anticientíficos, porque ésta, bien entendida, no puede cerrar los ojos ante ningún hecho *positivo*; pero ellos desconocen el instinto religioso del hombre, su sed de Dios, su impulso á orar, su anhelo por la inmortalidad, todo lo cual son *hechos, realidades*, tan positivas como pueden serlo las rocas, los gases, los cuerpos, y son hechos absolutamente universales. Puesto que esto es cierto, nada puede haber tan anticientífico como el ignorarlo. Estos hechos hay que tomarlos en cuenta, hay que reconocer que son atri-

butos humanos que deben ocupar un lugar y ejercer una función en todo sistema que pretenda constituir la ciencia de la humanidad.

»Precisamente porque las ciencias físicas declaran no ocuparse más que de lo tangible, de las realidades ponderables del mundo, no pueden nunca reemplazar á la religión, ni igualarla tampoco.

»No desconocemos por esto lo bueno que todos estos sistemas encierran, y lejos de tenerlos por invenciones del diablo para perder al hombre, entendemos que constituyen los esfuerzos del género humano en busca de la verdad y del bien; y en lo que estas tentativas encierren de verdad, fueron inspiradas por Dios.

»La religión de *Confucio* en su moralidad y aprecio de lo bueno en la antigüedad, el *bramanismo* en haber comprendido claramente la realidad espiritual,

el *budismo*, en su aspiración á la virtud, la religión de *Zoroastro* en su lucha contra las tinieblas y el mal, *Grecia y Roma* en la divinización de lo bello y de la ley, el *mahometismo* en su fidelidad al monoteísmo, el *panteísmo* en el reconocimiento de la presencia de Dios en cuanto existe, el *positivismo* en su exaltación del ideal del hombre, y la *ciencia moderna* en la perseverante y profunda investigación de las realidades del Universo, todo esto es *bueno*, es *verdad* y es *divino*; apesar de que todos estos sistemas adolecen de defectos positivos y de que son deficientes respecto del bien; porque olvidan factores importantes del individuo y nada esperan del destino de la humanidad. Sus principios no abarcan ni todo el individuo, ni toda la sociedad.

»El cristianismo, por el contrario, en el mero hecho de contener todo lo bueno,

lo verdadero y lo bello que en ellos se encuentra, y de completarlos, es superior á todos ellos, y los comprende á todos, como el hombre comprende, en su individualidad, las demás formas de la vida inferiores á él.»

Después de las elocuentes reflexiones del Sr. Savage, deberíamos dar aquí por terminadas estas *Nociones de Historia general religiosa*, y ese es también nuestro ánimo; pero séanos lícito todavía hacer algunas breves consideraciones antes de separarnos de este grato trabajo, para señalar otra ventaja de la religión sobre todas las demás teorías, acerca de la cual, no ha insistido bastante el citado autor, al comparar la religión con la ciencia.

El alma humana no puede reducirse exclusivamente á la razón; forman partes integrales de ella, el sentimiento y la

imaginación; esto es un hecho tan positivo, tan universal y evidente como pueden serlo las realidades de que se ocupa la ciencia. Esta condición humana es causa de que el hombre no pueda vivir sin un ídolo, ni pueda rechazar en sus aflicciones los consuelos que imagine hallar, aunque sea fuera de su razón. ¿Qué consuelos puede ofrecer la ciencia, al que come el pan amasado con lágrimas, al herido por la enfermedad, al oprimido por el remordimiento, al descontento de la vida, al aterrado por el espectáculo de tanta miseria física y moral como vemos á nuestro alrededor.

La ciencia sólo puede mostrarnos la vida en su desnudez y en su nulidad; podrá en determinadas ocasiones alumbrar la senda que recorreremos; pero no *comunicarnos fuerzas para recorrerla* y aceptarla tal como se nos presente; y si esta

deficiencia del saber humano puede palparla el rico y educado, que vive en la opulencia, que puede recrear su imaginación con los puros goces del arte y fortalecer su carácter con elevadas máximas filosóficas, y enaltecer su vida por los infinitos medios de la cultura, ¿qué consuelos quedan al pobre en bienes y en instrucción, que arrastra, en presencia de los que viven dichosos, una existencia de sufrimientos y de penas, si le quitamos las esperanzas de compensaciones celestiales? Por nada de este mundo incurriríamos nosotros voluntariamente en tan funesto error; y si acaso algún lector, suponiendo tengamos la *fortuna de encontrar* alguno, nos tachara, sin embargo, de imprudentes por haber dado á luz este librito, le rogaríamos considerase que su objeto es precisamente contribuir á elevar nuestro nivel de instrucción religiosa; que no cono-

ce la religión propia aquél que no tiene noción de Historia general; y por último, que ni aún en nuestro país es ya posible encerrarse dentro de una muralla como la de China, para vivir una vida propia y desligada por completo de la del resto de todos los demás pueblos civilizados.

Por otra parte, lejos de juzgar peligrosa la lectura de nuestro libro, abrigamos la esperanza (ó la ilusión, si se quiere), que ésta ha de ejercer en determinados individuos un benéfico influjo, en el sentido de hacerlos más piadosos; nos referimos á aquellos de los que dice el señor de Azcárate: (pág. 180 del libro «*Minuta de un testamento.*»)

«Es evidente que en nuestro país han caído muchos individuos en materias religiosas en la fría indiferencia, más mortal que la hostilidad manifiesta; unos por

causas que nacen de las mismas condiciones de nuestra vida social y religiosa; otros bajo el influjo de las corrientes determinadas por el novísimo movimiento filosófico, que no es, en verdad, favorable para la religión. Ahora bien, si alguno de éstos es llevado á reflexionar seriamente sobre este punto y al cabo de sus meditaciones halla el Dios, en que antes no creyera, y el fundamento real de la vida piadosa que de aquella creencia se deriva, y en vez de mirar las manifestaciones históricas á ella correspondientes, como obra interesada de teocracias egoístas, las considera como desarrollos sucesivos de las aspiraciones infinitas de la conciencia humana y como resultado de todo, siente veneración y respeto por el cristianismo, aunque lo entienda de un modo universal, amplio y humano, ¿habrá quién desconozca que en suma de todo

se habría producido un bien real, manifiesto y efectivo? Sólo los que hacen suyo con imprudencia temeraria aquel dicho de Proudhon: ateísmo ó catolicismo, dejarían de confesarlo.»

También dice el Sr. Azcárate, más adelante, al declarar que abriga la íntima convicción de que si ha de haber salvación para España no queda otro camino que el de la renovación de la vida cristiana en los que son católicos, y la aceptación por parte de los que no lo son, del cristianismo entendido del modo que lo entienden los *unitarios*.

«Pensar que en España va á propagarse el protestantismo *sectario* y *tradicional*, que después de haber cumplido su misión histórica, tiende hoy á disolverse, volviéndose unas sectas desde la mitad de la pendiente que habían recorrido, hacia su origen, para confun-

dirse de nuevo con el catolicismo, y continuando otras por aquélla para unirse en la llanura con el teísmo racional, es en nuestro juicio un sueño y una quimera.

»Y de otro lado, esperar que de la filosofía va á surgir una religión nueva, producto de un racionalismo puramente intelectual, que haya de satisfacer las exigencias de la conciencia religiosa de la humanidad, es olvidar, que como han dicho distinguidos escritores contemporáneos, en este orden, más que en otro alguno, es necesario reformar y no destruir, y que es imposible eludir la ley de sucesión y continuidad de la historia, prescindiendo del hecho manifiesto de ser hoy el cristianismo uno de los elementos más esenciales que informan la vida de los pueblos, el cual, lejos de estar agotado, no ha dado todavía los más preciados

frutos que lleva encerrados en sus puros y divinos principios.»

Creemos en nuestro humilde juicio que el Sr. Azcárate tiene razón, y que si ha de haber salvación para nuestro pueblo, no queda otro camino que el de la depuración y renovación de la vida cristiana.

También nos parece problemático que el protestantismo *sectario* y *tradicional* logre echar raíces en nuestro país; pero con el debido respeto á tan ilustre autor debemos confesar que no juzgamos tan quimérica la esperanza de que en nuestro pueblo logre hallar eco la propaganda de ese *teísmo cristiano*, que se extiende cada día más en las clases altas del resto del mundo civilizado; teísmo que considera de infinita menor importancia los ritos, ceremonias y artículos de fé, que la obediencia á las leyes físicas, morales é

intelectuales que nos gobiernan, y por lo cual cuenta con el decidido apoyo de los hombres científicos, y con las simpatías de todos los pensadores realmente religiosos. Fúndase esta opinión no sólo en observar que nuestro pueblo está ya harto de dogmatismo, sino en el hecho singular é histórico de que la oposición á la Trinidad ha sido siempre mayor en los países latinos refractarios á la reforma, como Italia y España, que en los protestantes de raza anglo-sajona. A este propósito dice Alb. Reville:

»En dichos países (Italia y España) el movimiento reformador fué intelectual, y por lo tanto, se limitó á las clases instruídas. La emigración protestante de estos dos países se refugió en Francia y Suiza, huyendo de la Inquisición, é imbuída en ideas heterodoxas respecto de la persona de Jesús.

»De ese núcleo notable por su saber y por la profundidad de sus miras, es de donde surgieron los *Gribaldi*, *Blandrata*, *Alciati*, *Gentili*, *Ochino*, *Stankaro*, y otros muchos, los que concuerdan todos en la unidad rigurosa de Dios y en rechazar la Trinidad enseñada por la Iglesia. *Miguel Servet*, natural de Aragón, fué uno de esos espíritus audaces, &.» «*Historia del dogma de la Divinidad de J. C; pág. 139.*]

Fúndase igualmente nuestra opinión en que, si vemos en el fondo del arrianismo los albores ó comienzos de la lucha entre el racionalismo y el dogmatismo, si la doctrina de Arrio contenía ya en germen la actual doctrina *unitaria*, entonces sabemos ya por *experiencia*, que España puede ser centro de doctrinas religiosas de índole racionalista, puesto que antes de concluir el

Siglo V fué arriana, y durante 150 años.

Al disentir del Sr. Azcárate respecto de las esperanzas para el porvenir religioso de nuestro pueblo, y citar el largo período durante el cual profesaron los españoles una religión distinta de la que actualmente profesan, está lejos de nosotros la idea de hacer propaganda en sentido alguno, fuera del de una interpretación más pura y efectiva de la idea cristiana y de los medios para hacer posible esa interpretación, que no son otros que los de una reforma en nuestro sistema de educar. Pero aún lograda esa anhelada reforma, no podrá desaparecer nunca la variedad de interpretaciones de una misma doctrina, puesto que tan distintas son las condiciones de espíritu, de sentimientos y de cultura de cada individuo. En España, como en todas partes, habrá eter-

namente quien prefiera un cromo ó una Virgen de Murillo, una rondeña á una sonata de Beethoven; quien prefiera Sancho Panza á D. Quijote, habrá quién satisfaga mejor su conciencia con una religión *externa y absurda*, que con otra *interna y racional*, porque el hombre creará siempre su Dios á su imagen y semejanza, confirmando de esta manera la verdad del aforismo de Goethe, que lleva por lema este trabajo: *Tu eres el igual del espíritu que comprendes.*

IV

CONCLUSIÓN

LA VIDA CRISTIANA MODERNA

Hemos terminado nuestro bosquejo de historia religiosa. Si del estudio de ella

hemos de sacar algún fruto más que el de almacenar conocimientos en nuestra inteligencia, entendemos que la enseñanza que de ella se desprende es la de hacernos reconocer que todas las religiones son *naturales* y *divinas*, aunque difieran respecto de su valor moral y racional, y que este reconocimiento demuestra al mismo tiempo la insensatez de la intolerancia religiosa. Entendemos igualmente que la diferencia capital que esta moderna manera de considerar la religión establece en el concepto de la vida cristiana, consiste en borrar el dualismo que estableció la Edad Media entre la vida religiosa y la social, haciéndolas aparecer antagónicas; y como si para vivir santamente fuera indispensable huir del mundo. Lejos de ser así, el cristiano de nuestros tiempos cree que precisamente en el mundo es donde puede hacer su existencia más

útil al bien general, dando ejemplo de cumplir con sus deberes, sea cual fuere su condición social, alta ó baja. Para vivir santamente no es necesario castigar su cuerpo con ayunos ú otras penitencias; el campesino, el industrial, el hombre público, el escritor, ó el erudito, el sencillamente cabeza de familia, todos pueden hacer un empleo noble y santo de su existencia, sin mortificar su cuerpo ni encerrarse en la soledad de un claustro, con sólo procurar *seriamente* cumplir con los deberes que la dignidad de ser humano le impone.

El hombre, á diferencia de lo que sucede en los demás animales, está llamado á cumplir el deber de elevar su alma. No puede, como el animal, estimarse feliz, cuando ha podido satisfacer sus necesidades físicas de comer, beber, dormir y gozar; ni puede como éste abandonar los

hijos cuando éstos no le necesitan, ni permanecer indiferente ante el dolor ajeno. En todos los dominios de su vida, tanto física como espiritual y moral, aspira al progreso, propende, tanto en la industria como en la estética, en la ciencia como en la moral, á subir cada vez más alto, á acercarse cada vez más á lo infinito, á su Dios; y por eso no pueden calmar ese anhelo, ni la riqueza, ni la perfecta salud, ni los goces materiales.

La tranquilidad de su conciencia nace únicamente de los pensamientos puros y de las acciones nobles y santas que le acercan á Dios. El primer deber religioso de todo hombre es no desatender esa aspiración de su alma, que le eleva y acerca á Dios; y por lo tanto, no merece el nombre de vida religiosa aquella que no aspire, ante todo, á desarrollar el sentimiento de este deber y á satisfacer ese anhe-

lo de perfección. El pecado no lo constituye la inobservancia de determinadas prácticas, sino todo aquello que sirva de obstáculo á dicha aspiración, todo lo que nos haga sordos á ese llamamiento y esté con él en oposición. Sólo desde este punto de vista es el pecado original, es decir la flaqueza, inherente á nuestra naturaleza animal. Pero como medios de defensa contra esas flaquezas de nuestra naturaleza animal puso Dios en nuestro corazón los impulsos buenos, la conciencia, y nos dotó de razón y de voluntad, y de amor á la verdad.

¡Cuán superior es el influjo de la religión como medio de reformar nuestra conducta, á toda otra influencia!

¡Cuán inferior aparecen las leyes civiles respecto de ella como medio de mantener al hombre en el cumplimiento del deber! Las leyes hacen al hombre bueno única-

mente por el *temor*; se limitan á castigar los atentados contra los derechos de los demás que también viven bajo su amparo; pero su influjo no alcanza á prevenir, ni á castigar las delincuencias del individuo para *con su conciencia*, apesar de que aquéllas tienen á menudo consecuencias sociales que afectan no ya á un solo individuo, sino á centenares de familias. Por lo contrario, cuando el individuo profesa sus opiniones religiosas por convicción y no por rutina, la religión lo impulsa al bien, no por el temor, como la ley, sino por la atracción. ¡Cuántas personas habrá que ante la ley *civil*, ó ante una religión puramente *externa*, no aparecerían culpables porque ostensiblemente no se les vea infringir sus preceptos y que, sin embargo, lo serían, y en alto grado, ante el tribunal de su conciencia, ante la ley de Dios!

Esa religión de la conciencia que está en el fondo de nuestro corazón, es la que debe penetrar todas nuestras acciones y acompañarnos á todas partes como una especie de perfume que haya impregnado todo nuestro ser. Esa religión que carece de dogmas oscuros y de imposiciones, no pretende que la mejor manera de conocer á Dios sea renunciar á la razón con que plugo dotarnos; no percibe el hálito divino únicamente ante el altar del templo sino en todo cuanto nos rodea: en el río, en la montaña, en los cielos, y sobre todo, en el corazón del hombre, en su amor al bien y á la verdad. Esa religión no busca en el hombre la fé en determinados dogmas, sino la *virtud*, la perfección moral, como única manera de cooperar al advenimiento en la tierra del *Reino de los cielos*; y esa religión tan propia de la naturaleza humana, tan sencilla en su doc-

trina y tan pura en sus fines, es la que predicó Jesús; es *interna* y *positiva* para el mejoramiento moral del individuo y de la sociedad, y no *externa* y estéril para la reforma de nuestras costumbres.

La vida cristiana, según la interpretación actual del cristianismo, es la que se ajusta á esa religión de la conciencia; es *única-mente* la que se halla penetrada y determinada por el *espíritu* de Jesús, cuyas enseñanzas fueron puramente morales; y no exigió él para la salvación más que pensamientos puros y acciones buenas. A este carácter *espiritual* é *interior* corresponde, como es lógico un culto igualmente *espiritual* y *verdad*, en conformidad con lo que dice el apóstol Juan (IV. 24): *Dios es espíritu, y es menester que los que le adoren, le adoren en espíritu y en verdad*; es decir, que Dios exige obras y no *confesiones* de artículos de fé, ó *prácti-*

cas de ceremonias; y por eso también dijo el mismo Jesús, que *el reino de los cielos estaba dentro de nosotros*. (Lucas XVII 21). Hay por lo tanto religión en todo lo que nos eleva, en el trabajo que realizamos, en la cultura que adquirimos, en el deber cívico que cumplimos, en el error que rectificamos, en el dolor que aliviamos; como hay *impiedad* en todo lo que nos degrada, en la holganza, en toda injusticia, en todo mal que hacemos con nuestro ejemplo ó con nuestros escritos, en la indiferencia hacia el bien público; y el hombre que al examinar su conciencia encuentre que no ha evitado *todo* el mal que estaba en su mano evitar; ni hecho *todo* el bien que pudo hacer, no podrá decir que ha cumplido con sus deberes religiosos, aunque se haya pasado la mayor parte de su vida en el templo, porque *hoy día* ésta y no otra es la manera de cum-

plir con nuestros deberes religiosos; y por eso afirmaba el gran filósofo Kant que la religión *consiste en reconocer todos nuestros deberes como mandatos divinos.*

FIN

ÍNDICE

Páginas

CAPÍTULO I.

I. Decadencia de España.—II. Esterilidad de la religión en España.—III. Causa principal de esta esterilidad.—IV. La religión cambia y de ahí la necesidad de su estudio histórico.—V. Realidad de la religión.—VI. Dios.—VII. Distinción entre la ciencia y la religión.—VIII. Clasificación de las religiones 35

CAPÍTULO II

LOS HECHOS

I. Fetiquismo.—II. Bramanismo, primera evolución ascendente.—III. Religión de Zoroastro, segunda evolución ascendente.—IV. El budhismo.—V. Egipcios.—VI. Chinos.—VII. Fenicia, Babilonia, Siria, Arabia, Cartago, Grecia, Roma, Celtas y Germanos.—VIII. Americanos.—IX. Juicio sobre las religiones antiguas 85

CAPÍTULO III

GRUPO MONOTEÍSTA

I. Hebreos.—Consideración sobre el Antiguo Testamento.—III, Estado social é intelectual del mundo en tiempo de Jesús.—Jesús.—V. Doctrina de Jesús.—VI. Consideraciones sobre la doctrina de Jesús	149
---	-----

CAPÍTULO IV

EL CRISTIANISMO

I. La Iglesia cristiana primitiva.—II. Luchas en el seno de la Iglesia.—III. La Iglesia en la Edad Media y el islamismo.—IV. Catolicismo romano.—V. La Reforma y los tiempos modernos	195
---	-----

CAPÍTULO V

LAS CORRIENTES RELIGIOSAS ACTUALES Y EL CONGRESO RELIGIOSO DE CHICAGO

I. Tendencia positiva de la sociedad moderna.—II. Congreso de Chicago.—III. Superioridad del cristianismo sobre las demás teorías filosóficas y religiosas.—IV. Conclusión, la vida cristiana moderna.	252
--	-----



